
TRAITOR
nightmare
MC
DE LA AUTORA INTERNACIONAL DE ÉXITO
AMELIA GATES


TRAITOR

# ÍNDICE


1. Knox
2. Victoria
3. Victoria
4. Mina
5. Victoria
6. Victoria
7. Victoria
8. Shadow
9. Victoria
10. Knox
11. Victoria
12. Victoria
13. Knox
14. Mina
15. Victoria
16. Victoria
17. Victoria
18. Mina
19. Victoria
20. Victoria
21. Victoria
22. Mina

# UNO
# KNOX

Clic.

Directo al puto buzón de voz.

Otra vez.

Y otra.

Y otra.

El mismo puñetero clic que me pone de los nervios. Aprieto los puños, deseoso y necesitado de golpear algo, pero no estoy dispuesto a descargar mi ira sobre los hombres que han estado a mi lado durante toda esta terrible experiencia.

—Knox, déjalo. No va a contestar. Te ha dado toda la información que necesitabas.

Runner intenta ponerme la mano en el hombro, pero lo aparto, sin el menor interés en que me tranquilice en este momento. Quizá cambie de opinión sobre lo de «no descargar mi ira con quienes no me han hecho mal».

Le clavo una mirada asesina con una sonrisa burlona que le invita a presionarme. No lo hace, si no que levanta las manos en señal de rendición.

—Hijo de puta... Aaahhh.... —Apuñalo con el dedo a la pantalla del teléfono y le doy una patada a la camioneta. Siento mucha

frustración y mucha rabia recorriéndome el cuerpo, y no tengo una forma lo suficientemente buena para liberarla.

Vuelvo a llevarme el móvil a la oreja. No solo quiero suficiente información. La quiero toda.

Cada tono suena como una explosión en mi tímpano.

—Si tuviera que adivinar, diría que ha bloqueado tu número. Sabes dónde trabaja. Yo digo que vayamos allí y le saquemos la información a la fuerza. —La última parte de lo que ha dicho Runner me sabe a azúcar en la lengua. Sí, nada me gustaría más que ensangrentarme los puños y encontrar a mi chica.

Runner se aleja para dar la vuelta al camión, abre la puerta con ímpetu y se sube.

—Ya sabes lo que dicen de la gente que intenta lo mismo una y otra vez esperando un resultado diferente —dice en voz baja.

El tío tiene cojones, hay que reconocérselo.

Aprieto los dientes. Lo miro con ira. Saco mi navaja y la giro como si fuera un trompo, apuntando la hoja ligeramente en su dirección.

Runner no es mi enemigo y yo no mato a mis amigos, así que ¿por qué cojones se empeña en sacarme de quicio?

—¿Me estás llamando estúpido? —arqueo una ceja, desafiándolo a que me responda.

Runner ojea la navaja, pero pese a insinuar que me estoy comportando como un imbécil, no debe de creer que lo sea.

—Solo digo que...

Respuesta equivocada. Muevo la muñeca y, en un abrir y cerrar de ojos, la navaja vuela por los aires y el cuerpo de Runner se desplaza hacia atrás, con las piernas en el aire, cuando se cae de la camioneta.

La navaja encuentra un punto de apoyo, no en el cuello de Runner, sino en el pilar A. Sin embargo, por la forma en que Runner vuelve a entrar arrastrándose, se diría que se ha hecho algo más que rasparse los codos en la gravilla.

—¡Has perdido la puta cabeza! —sisea con los ojos muy abiertos y una incredulidad tan fuerte en su rostro que podría dejarle marca durante siglos.

Me encojo de hombros. No estoy seguro de que no sea cierto.

—Y, aun así, sigues pensando que es buena idea vacilarme.

Cojo el teléfono y hago la misma estupidez que he estado haciendo durante los últimos quince minutos.

El teléfono da tono.

Y sigue sonando. Y sigue sonando y sonando y sonando.

Supongo que la persistencia es la clave del éxito. Lo siguiente que sé es que una voz suena al otro lado del aparato, asustada y débil como un ratón bajo la bota de un feligrés.

—¿Qué es lo que quieres? Te he dado toda la información que tengo. —Cuanto más habla, menos miedo queda y más prevalece la molestia.

De una forma u otra, he decidido que iré a su tienda. Si cuando llegue allí estoy de mal humor, sentirá algo mucho peor que molestia.

—Me colgaste —le recuerdo.

—No hablo con desconocidos —me responde con tono cortante.

Se produce una pausa cuando su voz es sustituida por un altavoz que anuncia algo sobre el pasillo 3.

Le concedo ese poco de mi paciencia. Es muy probable que esté trabajando. Quizás, por cualquier motivo, necesite escuchar lo que se dice por el intercomunicador. Mientras no corte nuestra llamada, me la suda. Además, necesito que escuche lo que le voy a decir alto y claro.

Cuando considero que ha pasado suficiente tiempo, vuelvo al meollo del asunto.

—Necesito que me cuentes *con pelos y señales* lo que pasó ayer.

Suspira.

—Tío, no tengo tiempo para esto.

Me rasco la cabeza. Oh, cómo me gustaría en este momento que mi mala hostia fuera el fuego que escapa de un dragón, pero no puedo quemar al chico por teléfono.

—¿Has oído hablar del Nightmare MC? —le pregunto, pero no espero a que responda—. Si no, búscanos en Google. Si me cuelgas una puta vez más y decides buscarlo después, más vale que le

preguntes al buscador a qué profundidad tienes que cavar tu tumba, porque eso es justo lo que harás cuando te encuentre.

No exagero cuando digo que oigo el sonido de su garganta al tragar saliva. O ha oído hablar de nosotros o sabe cuándo las amenazas de un hombre no son en vano.

—Vino tu novia. —Ahora su voz es más tranquila. Con razón—. Estaba enfadada. Diría que tú estabas con ella, pero soy lo bastante inteligente como para darme cuenta de que no has olvidado qué aspecto tienes. De todos modos, ella y ese tío estaban peleando. Supongo que la chica estaba tardando demasiado en la tienda para su gusto y ella estaba cabreada porque aún no había terminado de hacer la compra. Debía de tener la regla o algo así. Dijo que necesitaba ropa interior nueva. El tío se fue de la tienda y yo la ayudé a encontrar unas bragas. Fin de la historia, lo prometo.

¿Necesitaba ropa interior nueva? ¿Thomas...? No. No. Por supuesto que no. Es muchas cosas. Un traidor. Un asesino. Pero ¿un violador? Siento que el teléfono se aplasta bajo mi mano y aflojo un poco la fuerza.

—Ropa interior nueva —repito. No estoy seguro de si es una pregunta, una afirmación o algo entre medias, pero el chico responde de todos modos.

—Sí. Tío, te lo acabo de decir. Tenía la regla o algo así. No sé qué quieres que te diga. Solo soy un chaval que resultó estar trabajando en la tienda anoche. Yo no...

—¿Estaba herida?

—No sé si estaba herida

—¿*Parecía* herida?

—Yo... Eh... No. La verdad es que no. Solo estaba cabreada. Si lo que me preguntas es si creo que la secuestraron, no. No era de ese tipo de chicas. Además, uno no insulta a su secuestrador como lo hizo ella, y los secuestradores no parecen tan arrepentidos como él. No es que sepa cómo reaccionan los secuestradores. Solo digo que...

¿Eso es algo bueno? Sé que Mina es testaruda. No se doblegará ante Thomas. Se defenderá. Quizás su rebeldía es lo que la mantiene con vida. O tal vez hasta anoche había estado bailando al son que le tocaba Thomas y esta es la primera vez que se ha

rebelado. Si es así, está a punto de descubrir lo mal carácter que puede tener Thomas. Lo que significaría que tengo que llegar hasta ella lo antes posible, que es lo que he planeado desde el primer día. Al parecer, no se me da tan bien ejecutar planes como debería.

Me paso los dedos por el pelo.

—¿Dijo algo más?

—No. Cogió la ropa interior, pagó y se fue.

—¿Con el tipo con el que la viste?

—¿Supongo*?* No lo sé, tío. Ya te lo he dicho, él salió de la tienda y... Supongo que se quedó esperando fuera y ella se reunió con él al salir.

—¿Parecía asustada? —Una parte de mí sabe que solo le estoy haciendo preguntas para mantenerlo al teléfono. Él es el único vínculo que tengo con Mina y necesito aferrarme a él tanto como sea posible.

El chico duda.

—Como te he dicho... parecía *cabreada.* En plan, «estás muerto para mí». Como si fuera a mandarlo a dormir en el sofá esa noche. Pero no diría que parecía asustada.

Las voces de Rodex y Tanker retumban de regreso a la camioneta. Levanto la vista un segundo y los veo quejarse y protestar sobre lo inservible que era el cajero y «quién tiene una cámara apuntando al puto suelo en lugar de al aparcamiento».

Axe niega con la cabeza mirando a los dos hombres.

Rodex da una última calada a su cigarrillo antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar el humo. Arroja la colilla unos centímetros delante de él y la aplasta con la bota.

Los ojos de Axe son los únicos que se cruzan con los míos, lo que significa que él es el primero en dejar de hablar. Al principio, los otros dos no reparan en que ya no camina con ellos y empiezan a subirse a la camioneta, moviendo aún los labios y gesticulando exageradamente.

Axe mantiene la mirada clavada en mí antes de señalar el móvil que tengo pegado a la oreja.

Levanta una ceja, notando la diferencia de mi expresión actual con respecto a todas las otras veces que me he dedicado a gritar a

la persona al otro lado del altavoz.

Levanto un dedo para indicarle que me dé un minuto.

—¿Cómo era el tío con el que estaba?

El chico exhala bruscamente.

—Ya te lo he dicho. Era grande, tenía un montón de tatuajes. Parecía que quisiera matar a alguien. Pero iba bien vestido. Como un abogado con tatuajes.

¿Como un abogado? Eso encajaría con las personas que vieron a Thomas y aseguraron que llevaba traje. Se lo pregunto al chico.

—Nada de traje —dice él—. Camisa de botones y unos pantalones. No estoy seguro. Solo sé que no pegaban mucho juntos.

—¿Cómo es eso?

—Ella parecía un poco... no sé, friki con ese vestido barato de verano y él parecía... bueno, como un abogado. De esos que trabajan para la mafia o algo así. No es el tipo de tío con el que te gustaría meterte.

—¿Pelo largo? ¿Pelo corto? ¿Barba?

—Mira, tengo que colgar. Necesito este trabajo y cuanto más tiempo paso al teléfono, más cerca estoy de perderlo.

—*Espera*. —Mi voz suena como un latigazo, necesito hacerle una pregunta más, como si eso fuera a cambiar algo—. ¿Dijo algo? ¿Lo que sea?.

—Maldita sea, Knox —responde casi de inmediato.

Hago una pausa. Abro mucho los ojos. ¿Qué diablos está pasando aquí? ¿Qué puto juego es este? ¿Thomas contrató a este capullo para vacilarme?

Al ver mi expresión, Axe se tensa y se acerca como si estuviera listo para golpear a alguien a través del puto teléfono. Conozco esa sensación tan bien como sé lo irritante que es no sea posible.

—¿Cómo coño sabes mi nombre?

—No lo sé... —dice el chico.

Estoy a punto de romperme un diente de lo fuerte que aprieto la mandíbula.

—Acabas de decir mi puto nombre —espeto.

—Tú... No quería. Es lo que ella dijo, ¿vale? Tu chica. Cuando llamó a este número y nadie contestó, dijo: «Maldita sea, Knox».

Solo recuerdo el nombre porque mi hermano se llama igual. En aquel momento, pensé que estaba intentando llamar al tío de la camioneta. Tenía que pagar los artículos y supongo que fingió no tener dinero. Me pidió que le prestara el móvil, llamó a tu número un par de veces y nadie contestó. Yo quería recuperar mi teléfono, así que me ofrecí a salir a buscar a su novio. Ella sacó el dinero rápidamente y se rio del asunto para quitarle hierro.

El mundo se tambalea.

Es ella.

Es ella de verdad.

El chico cuelga. O cuelgo yo. No estoy muy seguro.

Me meto el móvil en el bolsillo, con las manos temblándome por las ganas de matar a ese cabrón de Thomas.

Cuando levanto la vista, veo que Axe sigue estudiándome.

—¿Y bien? —pregunta.

Lo miro, luego a Rodex y Tanker, que están detrás.

—Vamos a Rutner's Road.

—De acuerdo. Subid.

—Eso está a tres putas horas —protesta Runner. —¿Estás seguro?.

—¿No eras tú el que gritaba de emoción porque la hubiéramos encontrado...?

—Sí, pero... algo me huele a chamusquina.

—El chico sabía mi nombre —digo.

—A eso me refiero. Parece que se esté burlando de ti.

—Parecía que se iba a cagar por la pata, no que se estuviera burlando de mí.

—Quizá es buen actor y todo esto sea una trampa. Podría ser la forma que tiene Thomas de despistarte. Enviarte tres horas en la dirección equivocada mientras él se aleja tres horas en la otra. No sería la primera vez que contrata a alguien para hacerle el trabajo sucio. —Runner piensa como un rastreador. Y es pesimista, además. Por desgracia, sus habilidades como rastreador no están a la altura del hijo de puta responsable de la muerte de mi hermana. En este caso, voy a seguir mi instinto.

Me subo a la camioneta. Sin esperar a que se cierren las puertas ni a que se activen los cinturones de seguridad, giro la llave en el contacto. El motor ruge y salgo del aparcamiento para incorporarme a la carretera.

No hay tráfico cuando arrancamos. No hay semáforos que me detengan. Mi pie es un ladrillo y el pedal es el insecto que quiere aplastar. Unos edificios tan altos como el cielo pasan a toda velocidad, irreconocibles.

Una anciana se plantea cruzar la calle, pero cambia de opinión justo a tiempo, cuando mi camioneta pasa a toda velocidad. Y luego, nada durante kilómetros y kilómetros. No hay más de uno o dos coches a la vez. Obstáculos fáciles de adelantar. En poco tiempo, salgo de las afueras y entro en la autopista, donde nada puede detenerme. Runner había dicho que eran tres horas de viaje. Apuesto todo a que llegaré a mi destino en dos horas como máximo. Hoy no voy a respetar los límites de velocidad.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Runner girándose en su asiento. Tiene los ojos clavados en mi cabeza, como si intentara perforarme el cerebro con la mirada—. En serio, Shadow —dice ahora con más intensidad—. Podríamos estar cerca. Tendría sentido que recibieras una llamada ahora, ¿no? No sabes cómo es el coche de Thomas, pero seguro que él puede ver tu camioneta a un kilómetro de distancia.

—Cállate, Runner —siseo.

Pero, al igual que no hay quien me detenga, tampoco hay quien lo detenga a él.

—Piénsalo, tío. Thomas no quiere que sigas merodeando por este pueblo. Tiene miedo de que te lo encuentres en la gasolinera. Este podría ser el lugar donde se ha instalado. Tendría sentido que quisiera que te largaras de aquí. Solo se necesitan cincuenta dólares y un perfil en Craigslist para que un chico al azar te venda humo por teléfono.

Le lanzo una mirada que le dice que ahora no es momento para sus pensamientos rampantes. Mientras yo sea quien esté al volante, iremos a donde yo diga.

—Una palabra más y voy a parar el coche y echarte de la puta camioneta.

Runner niega con la cabeza y sé que sabe que hablo en serio.

Se queda callado un rato. Todos se callan. Lo único que se oye, aparte del silbido del viento a través de la ventana trasera, es el clic de los dedos de Runner sobre el portátil que tiene delante. Bien. Mientras esté ocupado con eso, no me dará la lata como una puta mosca cojonera.

Pero joder. Incluso eso me pone de los nervios.

Una parte de mí quiere poner música para ahogar el irritante clic, clic, clic que se mezcla con las imágenes que pasan por mi mente.

Mi mano se mueve unos centímetros hacia delante, justo cuando la voz de Runner nos interrumpe.

—Jake Broman —dice, como si eso significara algo para mí—. Su madre murió cuando él solo tenía tres años. Su padre no da un palo al agua. Entra y sale de la cárcel como si fuera un deporte profesional. Sin embargo, el chico tiene buenas notas. No lo suficiente para que le den una beca, pero sí para no ser un completo burro. No tiene ni una sola multa por exceso de velocidad. —Runner hace una pausa—. Tampoco tiene ninguna relación con bandas.

—Lo has encontrado. —Es más un reconocimiento que una pregunta.

Runner arquea una ceja, como diciendo que ya debería conocerlo mejor.

—¿Creías que iba a dejarlo pasar y permitir que nos llevaras a un lugar remoto sin pruebas sólidas? —La respuesta a esa pregunta es un rotundo «sí» ya que es lo único que hemos hecho desde que nos propusimos encontrar a Mina: conducir como pollos sin cabeza.

Casi esbozo una sonrisa, pero se muere en mis labios antes de que pueda formarse, ya que mis músculos recuerdan que saber dónde pudo estar Mina anoche no garantiza que esté en ese mismo lugar esta noche.

Runner se reacomoda en su asiento.

—No creo en el destino —dice—, pero ¿no te parece extraño de cojones todo esto?

—No veo tu pantalla —le siseo, mosqueado porque no me diga lo que ha encontrado. No es momento para adivinanzas.

Siento un movimiento contra el respaldo de mi asiento cuando Tanker se inclina hacia delante para ver de qué cojones está hablando Thomas.

—El cabrón tiene un hermano llamado Knox —se ríe con ganas.

—Debe de ser una señal —se carcajea Runner.

Pongo los ojos en blanco, giro a la izquierda y piso un poco más el acelerador.

—Eso no es ninguna novedad para mí.

—¿No?

—El chico me lo contó todo por teléfono.

—Entonces sabemos que no es un mentiroso. Eso es bueno.

Se sucede otro silencio antes de que Runner golpee el salpicadero con la mano, lo que casi me hace girar el volante hacia el tráfico que viene en sentido contrario.

Rodex refunfuña algo sobre que Runner es un cabrón y que no deja dormir en paz a un hombre.

Un rápido vistazo por el retrovisor me muestra que Axe está muy lejos, en el país de los sueños.

—Lo siento —dice Runner entre dientes—. Pero no te vas a creer esta mierda. Te lo juro, esto no se puede inventar. —Está eufórico en su asiento, con el portátil rebotando en su regazo mientras aplaude.

—Toda esta movida de crear expectación va a ser tu perdición —le advierto. Y lo digo en serio. Ahora mismo no tengo ni ánimo ni estómago para sus juegos—. Si tienes algo que decir, dilo. Guárdate el teatrillo para la facilona que caiga en tu regazo cuando volvamos a casa.

Me giro y le lanzo una mirada que le hace contener la respiración.

—Nunca he sido muy fan de TikTok, pero tengo que reconocer que ahora estoy empezando a ver lo útil que es esta puta aplicación. Esta gente graba *cualquier* cosa.

Y ahí va otra vez.

Busco mi navaja.

—Tú sigue poniéndome a prueba, Runner.

Rápido como un rayo, Runner ladea el móvil para que pueda ver el vídeo que se reproduce en la pantalla sin perder completamente la concentración en la carretera.

Está a punto de recibir una bronca mía cuando veo a unos críos idiotas dando traspiés por el supermercado, rodeando con los brazos una montaña de artículos, como si se empeñarán en rechazar la invención del carrito de la compra. Pero entonces la veo, una exhalación de pelo rojo y con el ceño fruncido hasta los ojos. Mi Mina.

No parece estar a salvo. Parece aterrorizada. Nerviosa. Echa miraditas por encima del hombro como si estuviera segura de que el hombre del saco puede aparecer de la nada.

¿Qué está haciendo?

¿Qué estás haciendo, Mina?

—Es ella —susurra Runner.

—Es ella —confirmo, con una voz menos alegre que la de Runner.

Debería estar más feliz de verla con vida, lo sé. Pero verla con vida es también ver el trauma escrito en su cara. Es ver lo que le ha hecho conocerme. El corazón se me aprieta tanto en el pecho que es un milagro que pueda respirar.

El vídeo se corta y mi pie vuelve a pisar el acelerador a fondo, mandando a la porra todos los límites de velocidad. Necesito tiempo para desaparecer. Tengo que asegurarme de que Mina no pasa ni un segundo más del necesario cerca de ese monstruo.

# DOS
# VICTORIA

Uno viene al recinto del Nightmare porque tiene unos valores mediocres que la sociedad se niega a apreciar.

Te quedas porque has encontrado a tu pandilla, tu tribu, tu banda de criminales que adoran el olor de la sangre y la música de los gritos de sus víctimas.

Pero cuando *naces* aquí... Cuando naces aquí, tienes dos opciones: adaptarte o cerrar el pico.

Nadie sale de aquí.

Nadie se va a menos que sea a un agujero de dos metros bajo tierra.

No es textualmente el discurso que mi padre pronunció hace solo unos días, pero básicamente es el resumen del mismo.

Pataleo, grito y amenazo con arrancarle la puta oreja si vuelve a ponerle un dedo encima a Thomas. Amenazo con matarlo mientras duerme, con destriparlo, con hacerle un corte tan grande en el cuerpo que no podrá diferenciar entre el culo y su puta boca.

Le digo que dejaré su cuerpo a los cuervos. Que sonreiré cuando esos putos cabrones le arranquen las tripas podridas. Que tal vez me cubra con su sangre y le despida con un baile en honor a Hades.

Y luego no digo nada.

En la pelea entre una adolescente y la mano derecha de su padre, la mano derecha *siempre* gana. Pero no debería ser así, ¿verdad?

¿Qué mejor razón hay para luchar que luchar por amor?

No importa lo aterrador que sea el sabor de la sangre en mi lengua. No importa que la mirada de mi padre me diga que no se va a contener, que ser su hija no significa que pueda escapar de sus castigos.

Me limpio la boca y mi mano queda tan roja como el carmesí. Mis ojos, nublados por las lágrimas, vuelven a encontrar a mi padre y se fijan en cómo estrangula a Thomas.

Thomas también está sangrando. Más que yo, y el moratón que tiene alrededor del ojo ya está empezando a ponérsele azul. Pero eso no es nada comparado con el desastre en que ha convertido este lugar.

La casa de Thomas, con todas las cosas de sus padres. Cosas de las que se enorgullece. Cosas que son los únicos recuerdos que le quedan de sus padres.

El jarrón de su madre con flores azules enredadas en el centro. El reloj de cuco de su padre, que nunca entendió que no debía sonar a intervalos aleatorios. La taza que el padre de Thomas le regaló por su decimotercer cumpleaños, en la que le declaraba el mejor hijo del mundo.

Cosas, sí. Pero cosas que no se pueden reemplazar porque las personas que podrían reemplazarlas ya no están aquí.

Me ahogo con un grito cuando mi padre vuelve a golpear a Thomas, añadiendo más sangre a la alfombra ya manchada. Si va a más, no estoy segura de poder quitar la mancha. ¿Me dejará siquiera intentar limpiarla? ¿Me lo permitirá? ¿Se le despejarán los ojos en un minuto?

¿Podrá ver alguna vez que, de todos los hombres con los que podría haber soñado con hacerme feliz, Thomas es el mejor? No. No lo hará y no puede, porque Thomas nunca formó parte de sus planes.

Me seco los ojos y la boca y ruego a mis manos que se mantengan firmes. Me duele todo por fuera y por dentro.

Es culpa mía.

Deberíamos haber tenido más cuidado. Deberíamos haber prestado atención a la hora, haber puesto una alarma o habernos escondido en un motel en lugar de jugar a las casitas en el recinto. Deberíamos haber huido juntos. Haber salido pitando de este lugar. Pero de aquí uno no se puede ir. No se puede abrir la puerta con las maletas hechas, marcharse y empezar una nueva vida en otro sitio.

La habitación da vueltas y yo intento con todas mis fuerzas plantar los pies en el suelo, preguntándome una y otra vez cómo ha podido pasar esto.

Mi padre *nunca* entra en casa de Thomas sin más. Siempre ha respetado a Thomas. Mucho más de lo que respetaba a Knox en ocasiones. Eso es algo que un padre puede hacerle a su propio hijo, entrar sin más y exigirle cosas.

*Levántate, joder.*

*Limpia tu habitación.*

*La reunión es en quince minutos. Más te vale no oler a coño viejo cuando llegues.*

Sin embargo, había una diferencia notable entre Thomas y mi hermano. Thomas siempre estaba sereno.

Siempre obediente.

Siempre cuidadoso.

Siempre puntual. Excepto hoy, que se ha perdido la reunión porque estaba acurrucado entre las sábanas con la única hija de mi padre. Daba igual que yo estuviera completamente vestida. Que tuviera edad suficiente para decidir a quién entregaba mi cuerpo. O que fuera feliz con Thomas. Que hubiera encontrado a un hombre que era todo lo que un hombre debe ser. Respetuoso, amable y leal. Mi padre sabía todo eso de Thomas. Había comparado a su propio hijo con él miles de veces. Le había dicho que siguiera el ejemplo de Thomas. Llamaba a Thomas «hijo». Lo único que importaba era que yo no debía estar en sus brazos.

—Hermandad, ¡y una mierda! —grito a los otros hombres que montan guardia, relamiéndose los dientes mientras mi padre abusa de su poder. Mi hermano es uno de esos hombres, aunque él no se

relame los dientes. Shadow tiene la mandíbula apretada y el ceño tan fruncido que sus ojos son dos rendijas.

Tiene las manos en los bolsillos y la espalda apoyada en el marco de la puerta. No hace nada. No dice nada. Me mira como si prefiriera que fuera yo a quien arrastraran como a un perro.

Quién sabe, quizá lo haga más tarde, cuando no haya nadie que lo vea. No puede permitir que todo el club lo vea pegarle a una chica.

—Se supone que es tu mejor amigo. ¡Tu *hermano*! —le grito a Shadow mientras el pie de mi padre golpea las costillas de Thomas por enésima vez.

Las lágrimas me caen por las mejillas, calientes y vengativas, más que tristes y desesperadas.

*Lo odio.*

*Lo odio.*

*Lo odio.*

*Los odio a todos.*

Ojalá Thomas se defendiera. Está muerto de todas formas. Lo menos que puede hacer es romperle un par de dientes a mi padre. Hacerle sufrir también un poco.

—Haz algo, Shadow. Sé un hombre. Ten un poco de honor. ¡O luchas contra él o luchas por él!

Nada. Nada más que enseñar los dientes.

Cuando el pie de mi padre se despega del suelo, no espero a que impacte. Me lanzo contra él de nuevo. Puede que mi viejo esté entrando en años, pero sus músculos no se han enterado. Solo necesita una mano para lanzarme al otro lado de la habitación.

Mi espalda se estrella contra la estantería y las figuritas se esparcen por todas partes, dejando fragmentos de cristal allá donde caen. Recojo uno, lo agarro con fuerza y le pido a mis músculos que me den todo lo que tienen mientras lanzo el Popeye de cerámica a la cabeza de mi padre.

El sonido del impacto contra su cráneo resuena en toda la habitación. Cuando se gira esta vez, parece hacerlo a cámara lenta. Diría que la maldad se apodera de sus ojos, pero la verdad es que

siempre ha estado ahí. No solo hoy, sino desde que tengo uso de razón.

Cuando me cogía en brazos de niña.

Cuando besaba a mi madre antes de salir de viaje.

Cuando se sentaba frente a la mesa y elogiaba la comida.

No importaba lo normales o agradables que fueran las cosas que hacía, si lo mirabas, si lo mirabas de verdad, podías ver que el mal había encontrado su hogar dentro de él.

Mi padre se acaricia la barba, a punto de dar un paso hacia mí, pero cambia de opinión, sabiendo muy bien que la forma de hacerme daño no es rodearme el cuello con las manos. Es hacer lo que siempre ha hecho, así que levanta el pie y me provoca mientras lo empuja hacia abajo con un movimiento que sin duda aplastará la cabeza de Thomas. Pero entonces se detiene, justo antes del impacto. Su diente delantero dorado brilla mientras una sonrisa ilumina su rostro y vuelve a repetir el movimiento. Levanta el pie... pausa...

No hay tiempo para esperar a ver si ahora será cuando pise la cara de Thomas, tengo que actuar. Si le lanzo algo más, seguramente se vengará torturando a Thomas. Si no hago nada, también se vengará torturando a Thomas.

Mis manos se mueven hacia arriba y, antes de que pueda pensarlo mejor, me rasgo la camisa, dejando que mis tetas reboten libres al quedar al descubierto.

—Papá —siseo, mostrando los dientes—. Esto es lo que quieres, ¿verdad? Tener a tu pequeña toda para ti. Ese es el problema que tienes con Thomas, ¿no? Con cualquier hombre que se atreva siquiera a mirarme. Me quieres toda para ti. No te atreves a ver a tu inocente Victoria enamorarse y casarse, aunque ya no sea tan joven ni inocente. Así que aquí estoy. Toda tuya para que me folles. Vamos, enséñales lo poderoso que eres. Dales un buen espectáculo, papá. No me resistiré.... —Levanto un dedo y esbozo una sonrisa siniestra. Me limpio la sangre y la saliva de los labios—. Con una condición —le digo—. Que dejes en paz a Thomas.

Mi padre aprieta la mandíbula. Está tan sorprendido que se queda en silencio. Incrédulo. Apuesto a que ahora mismo desearía

que alguien le pellizcara. Que le despertara de esta pesadilla en la que la hija cuyo honor estaba tan empeñado en proteger ahora tiene los pechos al descubierto para que cualquier hombre pueda verlos.

Mi padre resopla por la nariz, moviendo violentamente el bigote con su aliento.

Mi presencia lo pone aún más furioso.

Sé lo que todo esto dice de mí. Créeme, lo sé. Él me está protegiendo y bla, bla, bla. Nunca me ha hecho daño. Nunca me ha tocado. No es el tipo de padre que se follaría a su hijita. Ni siquiera quiere pensar en que alguien se la folle. Y todo lo que digo es para llamar la atención. Elevaré una plegaria al de ahí arriba cuando esto haya terminado. Pero, por ahora, acaparo la atención de mi padre y Thomas parece que vuelve a respirar.

—Cúbrete —me ladra mi padre.

Ay, papá, no deberías haber mordido el anzuelo. Deberías haberme dejado desnuda. Todos estos hombres han visto mogollón de tetas antes. Las mías no tienen nada de especial.

Me mordisqueo el labio inferior mientras los ojos de mi padre se clavan en los míos y luego empiezo a bajarme los vaqueros. Lo hago más por los demás que por mi padre, claro. No se puede fingir el asco que veo en sus ojos al verme más desnuda de lo que jamás hubiera deseado.

Los pantalones empiezan a bajar, y las bragas se arrastran con ellos por accidente. No me importa.

Mi padre no se mueve. Mi cuerpo le asusta. Le repugna. Y aquí estoy yo, intentando que piensen de otra manera. Oh, los rumores que correrán. Y la sangre que lloverá sobre aquellos que se atrevan a llevar la noticia más allá de esta puerta.

Mis ojos escudriñan a los hombres junto a la puerta. Todos tienen una expresión de conmoción, pero no se puede pasar por alto la intriga en sus ojos. Mi padre se da cuenta de que los estoy mirando y también dirige la vista hacia ellos. Esto sería cómico si no fuera una pesadilla.

—Si matas a Thomas —digo lentamente, devolviendo su atención a donde debe estar—, me follaré a todos los hombres de esta sala. Te daré tantos nietos bastardos que no tendrás ni idea del apellido

de qué imbécil gobernará algún día el Nightmares porque... créeme —miro a mi hermano. Hay un ansia asesina en su mirada. Y ese ansia va dirigida a mí. Me da igual. Que me mate. Que todos se turnen para dispararme en el pecho. Si esta es la vida que esperan que viva, una sin amor, a menos que ellos elijan al hombre al que puedo entregárselo, entonces no la quiero. Nunca me casaré con un hombre como mi padre. Nunca permitiré que ese cabrón elija a la persona con la que voy a pasar el resto de mi vida. Y Dios sabe que, si así es como reacciona a que yo, una adulta, elija con quién quiero pasar mi tiempo, es evidente que tiene toda la intención de determinar hasta el más mínimo detalle de mi futuro.

—Shadow —digo, sonriéndole burlonamente a mi hermano— es la última persona en el mundo que te dará un nieto. Así que, ¿qué vas a hacer, papá? ¿Vas a matar a Thomas e intentar ponerme un candado en el coño o...?

Ni siquiera he terminado con mis amenazas —ni de quitarme los pantalones— cuando, de la nada, un cuerpo se lanza contra mí y me envuelve con una manta tan apretada que siento que me están estrangulando.

Empiezo a resistirme, pero entonces percibo su olor. El sudor, la colonia con aroma a bosque que había convertido mi mañana en una felicidad que creía imposible. El chicle que estuve masticando dos horas antes hasta que él me lo robara con la lengua.

—Basta —me susurra—. Corta el rollo, Vick. Tú no eres así.

Me giro entre sus brazos y le acaricio la cara con el corazón roto al ver cada hinchazón de cerca. Apenas se le ven los ojos y tiene la boca torcida por el labio hinchado.

—Esta soy yo sin ti, Thomas. Esta soy yo *aterrorizada* por perderte.

El tiempo se detiene.

Mi padre también.

Me acurruco en el abrazo de Thomas, sabiendo muy bien que esta podría ser la última vez que estemos tan cerca.

Las lágrimas recorren mi cuerpo mientras le digo que le quiero, que le quiero, que le quiero. Mientras le ruego que me abrace más

fuerte. Que me diga que todo esto es solo una pesadilla. Que me diga que va a estar bien. Que vamos a estar bien.

—Lo siento mucho. Todo es culpa mía. Lo siento. Lo...

—Largo de aquí —sisea Thomas, señalando con la cabeza a los hombres que siguen ahí plantados para ver el espectáculo—. La mitad de vosotros sois hombres hechos y derechos con mujeres. ¡Largaos de aquí y no la miréis!.

Apuesto a que mi padre desearía no haberlos traído, ya que no necesitaba refuerzos. Sabía que Thomas no se defendería. Que aceptaría su castigo como un hombre.

La única razón por la que ha traído al resto de estos capullos es para alimentar su ego, para demostrarles lo fuerte, malo y despiadado que es.

Le ha salido el tiro por la culata, ¿eh? Ahora, sin duda, mi padre no va a parar de molerlos a palos hasta que no recuerden ni el color de mi pelo.

Nadie se mueve, por supuesto, porque quién es Thomas para empezar a darles órdenes. Pero puedes apostar el culo a que, en cuanto mi padre abra la boca, se levantarán tan rápido que ni siquiera dejarán huellas. Todos excepto mi hermano.

—Cuando dije que me follaría a todos los hombres de esta sala, no me refería a ti, Shadow.

—¡Vick, para! —grita Thomas.

—Quítale las manos de encima a mi hija —gruñe mi padre, arrastrándolo por el cuello.

Ojalá se defendiera. No queda honor en esta habitación. No hay ningún presidente al que obedecer. Mi padre no es más que el enemigo. Nunca será más que el enemigo. El destino de Thomas está escrito en piedra y lo menos que puede hacer es asegurarse de no morir sin pelear. Pero no lo hace. Su cuerpo se relaja e intenta que lo suelte, apartándome las manos, separándome los dedos. Con la mirada, se disculpa por hacerlo como si no tuviera otra opción.

Lo único que le queda por hacer a mi padre es pegarle un tiro. Demostrarme lo en serio que va. Asustarme tanto que nunca más me atreva a amar. No es que fuese a poder.

Thomas es el hombre de mi vida. El único hombre que ha hecho que mi corazón galope como un caballo de carreras. El único hombre que me ha entendido. El único que *podría* entenderme.

—No te muevas —le susurro—. Tendrá que pasar por encima de mí para llegar hasta ti.

Thomas niega con la cabeza y yo quiero sacudirlo.

Vuelvo a agarrarle del brazo, clavándole las uñas en la piel como si, al hincar más, pudiera unirnos.

Thomas cierra la mano alrededor de la mía.

—Estás sangrando, Vick. Llegará hasta ti si es lo que hace falta para acabar conmigo. No puedo quedarme mirando cómo te hace daño. Ya no. Y más aún, no puedo ser la razón por la que te hace daño.

—Gunner —intenta decir Thomas, suplicándole a mi padre mientras se acerca a él, aunque sabe que es inútil.

Mi padre no es un hombre racional. No escucha a la razón ni se deja convencer por la lógica.

—La quiero —continúa Thomas—. No es solo un capricho. La quiero desde que éramos niños y quizá pienses que eso me convierte en un traidor porque se suponía que debía ayudarte a dirigir este club y no enamorarme de tu hija, pero si pudiste confiar en mí para eso, no hay razón por la que no debas confiarme a Vicky.

—Tiene razón —dice otra voz.

Mi madre.

Mi dulce y encantadora madre, que se supone que está de viaje con amigas. Que no debería verse envuelta en mis tonterías. Ya tiene bastante con mi padre tal y como están las cosas. A puerta cerrada, sí. Y lo lleva muy bien. Pero la mirada que me lanza...

Mi padre le clava una mirada a mi madre, equivalente a la que tendría un volcán si tuviera ojos y estuviera a punto de inundar el mundo de lava.

—*Yo* sé lo que es mejor para mi hija —sisea mi padre.

—Gunner —dice mi madre con calma—. Victoria también es *mi* hija. —Echa los hombros hacia atrás, fingiendo ser a prueba de balas. Se acerca al sofá, coge la manta sobre el respaldo y me la coloca con cuidado sobre los hombros. De pie frente a mí, toca con

el pulgar la herida abierta de mi labio—. ¿Por qué sangras? —pregunta.

Sabe la respuesta antes de que se la dé. Lentamente, gira la cabeza para mirar a mi padre sin dejar de protegerme con los brazos.

—Le has pegado —espeta.

—Se interpuso.

—Le. Has. Pegado.

Diría que mi padre se encoge, pero estoy segura de que es solo cosa de mi imaginación.

Mamá se abalanza sobre papá, como un elefante al que le importa un bledo la cristalería en la que se encuentra. Le da un empujón con sus dedos delgados y de manicura perfecta justo en el pecho. No le duele, pero él se estremece de todos modos.

—Teníamos un trato. —La voz se le resquebraja a mitad de frase, entre un grito y un susurro—. Me lo *prometiste*.

Mi padre dice algo que no oigo muy bien. Mamá se aleja como si sus gruñidos y murmullos no significaran nada. Yo sé que sí. *Todos* sabemos que sí. No quiero que ella me salve echándose a los leones.

Dándole la espalda a mi padre, se centra en Thomas.

—No hay ningún hombre en este mundo en quien confiaría más para cuidar de mi hija —le dice—. Y ningún padre en quien confiaría menos para cuidar de alguien a quien quiero. —A mi padre le dice—: Acogiste a Thunder, le prometiste a sus padres que lo protegerías. ¿Esto te parece protegerlo? —Una vez más, mi madre no espera a que mi padre justifique sus actos con una respuesta. Si no que pasa con cuidado los brazos por los hombros de Thomas y lo guía fuera de la habitación.

Se detiene brevemente junto a la puerta y mira a mi hermano con total decepción.

—Debería darte vergüenza —le dice a un Shadow que sigue hirviendo como una olla a punto de reventar—. Vamos a limpiarte, Thunder —le susurra a este al oído y, poco a poco, se marchan, desapareciendo por la puerta.

Espero el caos.

Espero y espero y espero.

Incluso después de que mi padre y Shadow hayan salido de la casa y yo esté cien por cien segura de que estoy sola, sigo sintiendo pánico en el pecho.

Mamá nunca debería haberse involucrado.

Mamá no debería haberse marchado con Thomas bajo su ala.

Esta no era una guerra que mamá tuviera que librar. Puede que parezca que ella la ha terminado. Puede que parezca que ha irrumpido con los hombros echados hacia atrás y las garras afiladas, pero eso es solo lo que se ve a simple vista.

A puerta cerrada, solo el diablo sabe lo que mi padre le hará.

# TRES
# VICTORIA

La semana posterior al enfrentamiento entre mi padre y Thomas trajo consigo un torbellino de emociones.

A Thomas no lo echaron del recinto inmediatamente. Se quedó en la enfermería mientras yo me quedaba en su casa. No me permitían visitarlo y nadie me decía cómo se encontraba.

Vivía petrificada, apenas podía moverme, fosilizada por el miedo. No comía y, cuando dormía, era entre una pesadilla y otra.

Estaba segura de que viviría allí para siempre. Me convertiría en la señora Corazón Roto, consumiéndome por un amor no correspondido.

Unos tres días después del incidente, con mi madre apilando en el porche las cajas de Tupperware que yo apenas tocaba, me dijeron que tenía que irme. Que tenía que volver a casa. Pero *mi casa* era donde vivía mi padre y ni de coña iba a confinarme entre las mismas cuatro paredes que él.

Me quedaría donde estaba hasta que me sacaran a la fuerza. Pero entonces llegó la amenaza, o el compromiso, no sabría decidir cuál de las dos cosas.

Thomas volvería a casa si yo me largaba. No volvería a verlo. Solo quedaba un mes de vacaciones de verano, ¿y luego qué? ¿Pensaban volver a enviarlo a un internado?

No iba a aceptar eso de ninguna manera. No después de haberlo echado de menos durante meses. No cuando, en tan poco tiempo, iba a tener que volver a echarlo de menos.

Sin embargo, si me negaba, mi padre haría que sus hombres lo dejaran en un pueblo a dos horas de distancia. Sabía interpretar una amenaza de muerte cuando la oía. La muerte de Thomas tampoco era una opción, así que, al final, me fui.

Pero no volví a casa.

Briana tuvo la amabilidad de ofrecerme la mitad de su cama, a pesar de que había estado ignorándola como había ignorado a todos los demás.

Pero las mejores amigas saben que deben apoyarte incluso cuando estás en tu peor momento. Quererte incluso cuando eres incapaz de recibir ese amor. Darte tiempo para que les dejes volver a entrar en tu vida.

Abrázate fuerte y obligarte a dormir entre tus lágrimas y dolor.

La casa de Brianna me hacía sentir segura. La casa de Thomas me hacía sentir más segura. Pero no me permitían estar en esta última. No si quería proteger a Thomas, así que me quedé ahí, pensando que el resto del mundo se desvanecería y que quizá, cuando despertara, estaría en otro lugar. Una chica puede soñar, ¿no? Tanto como un hermano puede irrumpir y romper la pequeña burbuja que de alguna manera había conseguido crearme para sí misma.

En el momento en que la silueta de Shadow aparece en la puerta, todo mi cuerpo se tensa.

Me siento recta en la cama, con el ceño fruncido que he tenido durante las últimas semanas aún más pronunciado, llegando a semejarme a un bulldog enfadado.

—Vete.

Shadow extiende las palmas de las manos en señal de rendición silenciosa.

—Solo quiero hablar —dice.

No se aparta de la puerta, pero fija la mirada en un punto de la cama del que sin duda lo echaré de una patada si intenta sentarse.

—Y yo solo quiero que te largues —le respondo.

—Lo siento, Vick.

Resoplo. Niego con la cabeza.

—Lo siento. ¿Para eso has venido? ¿Para decir que *lo sientes*?. —Mi risa suena a uñas arañando una pizarra. Si las uñas al arañar una pizarra pudieran sonar como una demente. Aunque no es ningún secreto que he perdido parte de la cabeza.

—¿Qué más quieres de mí?

—¿Ahora? Nada. ¿Hace un par de semanas? Que pusieras a nuestro padre en su sitio. Que defendieras a tu mejor amigo. Que le borraras esa sonrisa de satisfacción de la cara mientras le daba una paliza.

—Sabías que debías mantenerte alejada de Thunder.

—De Thomas —lo corrijo—. Salta a la vista que no es un miembro valioso de este club, así que no lo maldigas con ese putonombre estúpido.

—Es mi mejor amigo, Vick.

—Te he visto tratar mejor a tus enemigos.

Shadow se pasa las manos por la cara. Derrotado, así es como se ve. Y desanimado. Como si alguien le hubiera succionado toda la energía. Toda la vida.

Yo he sido la que ha pasado hambre, pero, de alguna manera, Shadow parece haber perdido todo el peso. Tiene las mejillas hundidas y los ojos perdidos en algún lugar del anillo que los rodea.

Shadow asiente.

—Tienes razón.

Por supuesto que tengo razón. Pero ¿cómo demonios lo sabe? Señor Soy Más Poderoso Que Tú. —El Señor Soy Lo Mejor Que Ha Pisado La Faz De La Tierra.

Espero a que diga algo más. A que diga «tienes razón, pero....» Estoy a punto de pensar que mi hermano ha cambiado, después de todo, pero, por supuesto, nunca me sorprenderá.

—*No* deberías haberte liado con él. Es mi mejor amigo, Vick. Mi mejor amigo en todo el mundo, desde que éramos niños. Y tú... tú tenías que ir y fastidiarlo todo. ¿No podías haber elegido a otra persona, Vick? ¿No podías haber...?

Como el egoísta de mierda que es, Shadow me mira como si pensara que la única razón por la que me involucré con Thomas fue para hacerle daño.

—¿Creías que Thomas era tuyo? ¿Crees que te *pertenece*? ¿Crees que me estoy pudriendo en esta habitación por un rollo que empecé solo para fastidiarte? Deja de ser tan egocéntrico, Shadow. Quiero a Thomas desde que éramos niños —le respondo. Me inclino hacia delante y bajo la voz—. Déjame contarte un pequeño secreto, hermano... A vistas de que yo he sido la única persona en todo este puto club que luchó por Thomas, creo que puedo decir que lo que Thomas y yo tenemos supera cualquier relación que creas que tenías con él.

La respuesta de Shadow es rápida. Sin pausa, pero con tristeza.

—Tienes razón.

La confesión me pilla desprevenida durante una milésima de segundo, pero luego recuerdo con quién estoy hablando exactamente.

—Deja de decirme que tengo razón solo para soltarme otra cosa que no debería haber hecho. *Nunca* te perdonaré por esto, Shadow. Nunca.

He terminado con la conversación, así que abandono mi posición erguida por otra que me permite cubrirme la cabeza con las mantas más fácilmente.

Cuando oigo el clic de la puerta al cerrarse a mis espaldas, creo que puedo volver a respirar. Pero entonces la cama se hunde un poco con el peso de Shadow.

Me yergo como una bala.

—¡Tienes que irte!

—Necesito que me ayudes a aceptarlo —dice con tanta sinceridad que se me forma un nudo en la garganta y me cuesta hablar. Shadow presiona las palmas contra mis mejillas—. Si Thunder se va, no estoy seguro de poder quedarme.

—Son solo palabras, Shadow. No abandonarías este lugar ni aunque se incendiara y te rociaran con gasolina.

—Me iría por él.

—¿El amigo por el que no pudiste luchar?

—El amigo por el que estoy luchando ahora.

No sé por qué termino por creerle. Quizás sea porque nunca había visto tanta tristeza en sus ojos.

Quizá sea porque me dice que mi padre le ha dejado las riendas de este asunto. Que él decide lo que le va a pasar a Thomas.

—Después de todo lo que ha pasado, mi padre nunca dejaría la decisión en manos de otra persona. Sobre todo, porque ya ha tomado una decisión.

—He hablado con él —dice Shadow.

Por primera vez en mucho tiempo, me río con humor.

—Has hablado con él —repito con burla—. No me jodas.

—Lo creas o no, Vick, papá sabe que no es inmortal. Algún día necesitará a alguien que dirija este club por él. Y si lo conoces un poco, sabrás que su orgullo no permitirá que la única persona en la línea de sucesión, el único hijo que tiene con su propia sangre corriendo por sus venas, se vaya.

—¿Me estás diciendo que le amenazaste con marcharte?

—No con esas palabras. Pero sí. Algo así. No he venido aquí a pedirte que me perdones.

—Bien, porque no lo haré.

Shadow asiente, aceptando la verdad que sabe que no puede cambiar.

—Lo único que quiero es entender por qué lo tuyo con Thomas no es una traición. Por qué, de todos los hombres que han entrado y salido de este club, tuviste que elegirlo a él. No es un ultimátum. No es un «si no me lo dices, lo echaré a los cuervos». Es solo un... siento que mi vida se ha puesto un poco patas arriba y estoy intentando volver a ponerla en su sitio.

La emoción detrás de las palabras de Shadow me golpa justo en el pecho, así que se lo cuento. Desde el principio, cuando éramos niños y Thomas me secaba las lágrimas. Cuando le pasaba dulces a escondidas en la iglesia. Le cuento por qué Thomas se fue con él a ese estúpido internado en primer lugar.

—Nunca se trató de cubrirte las espaldas —le digo—. En un colegio tan estirado como al que vas, no necesitabas que te protegieran. Thomas no quería estar cerca de mí. Quería poner

distancia entre nosotros. Quería que siguiera adelante, que encontrara a alguien que tú y mi padre aprobarais. No porque pensara que no era lo suficientemente bueno para mí o que no me quería como yo merecía, sino porque se sentía como un traidor. Por muy bueno que Thomas haya sido contigo, con nuestra familia y con este club, seguía sin sentir que tu aprobación fuera algo que pudiera conseguir en lo que respecta a salir conmigo. Lo intentó todo para no quererme, Shadow, pero aquí estamos... Ha pasado mucho tiempo y nada ha cambiado.

Toco el collar de conchas que nunca se ha separado de mi cuello.

—¿Recuerdas aquel verano en el que parecía que la Tierra entera estaba a punto de prenderse fuego?

Shadow asiente, tragando saliva para contener sus emociones.

—Sí. Thomas a se le ocurrió que podría enfriar el lago con dos cubos llenos de hielo.

—Esta concha es de ese día. Él quería que fuera con vosotros. Me enfadé cuando tú no me dejaste. Me dijiste que me buscara mis propios amigos. Thomas me trajo esta concha para animarme.

—Entonces solo éramos niños.

—Sí, pero a veces tu alma gemela llega a tu vida mucho antes de que ni sepas lo que es un alma gemela.

—¿Y eso es lo que él es para ti? ¿Tu alma gemela?.

—También es tu alma gemela —respondo—. Y la de mamá.

Al oír esto, Shadow arquea las cejas. Por un momento, considero no contarle todo lo que ignora. Pero papá no se merece que guarde sus secretos, así que se lo cuento todo.

Le cuento a Shadow por qué Thomas lavaba los platos después del desayuno y la cena, y todas las veces que protegía a mamá de papá de las formas más sutiles. Le hablo de los moratones que mamá cubría con corrector. De lo mal que se ponían las cosas cuando ellos no estaban. De cómo, a veces, el único respiro que mamá tenía era hablar conmigo de cosas que no me interesaban hasta altas horas de la madrugada, solo para poder dormirse en mi habitación sin levantar sospechas.

Cuando termino de hablar, tengo la garganta y los ojos secos. Y, por primera vez en mucho tiempo, Shadow me abraza.

Me abraza de verdad.

Y en lo más profundo de mi ser, creo que, con el tiempo, todo acabará bien.

# CUATRO
# MINA

No sé cómo hacer esto. Cómo salir de este super y plantarme una sonrisa en la cara. Cómo fingir que nada ha cambiado. Que no hay un bebé creciendo dentro de mí. Ni siquiera tuve tiempo de asimilar mi nueva realidad antes de que Thomas irrumpiera en el cuarto.

Llevo tanto tiempo con el lema de «paso a paso» que ya debería resultarme algo natural, pero cuando llego a las puertas, me quedo ahí de pie, aterrorizada, sin atreverme a salir. Me pregunto qué pasaría si dejara de ser el perro que vuelve voluntariamente a su jaula y me convirtiera en el perro que huye.

Podría hacerlo.

El aparcamiento está vacío y el coche de Thomas no está aparcado justo delante del supermercado. Tendría que arrancar el coche y pisar el acelerador para llegar hasta donde estoy. Eso me daría quince segundos de ventaja.

Hay otros edificios por la zona. Y un callejón que podría ser mi pasaporte a la libertad o mi sentencia de muerte.

Si soy lo bastante rápida, podría correr, desaparecer en la noche y esconderme hasta la mañana.

O podría echar a correr y acabar atropellada por el coche de Thomas. O, si se siente con energía, podría jugar al gato y al ratón

con la que cree que es lo bastante rápida para escapar. Podría atraparme, destrozarme y ver cómo me desangro en la acera.

También existe la opción de dar media vuelta y... suplicarle a los empleados que cierren el super, llamen a la policía y me salven. Pero son solo unos críos, entre dieciocho y veintipocos años. Entrarían en pánico. E incluso si de alguna manera consiguieran echar el cierre, nada me convence de que Thomas no cargaría la pistola y empezaría a disparar.

No le da miedo la policía. Ni siquiera teme a la muerte. Lo único que mueve a Thomas es la venganza y yo soy el bonito lazo que envuelve la puerta de entrada al infierno de Shadow. El plan que él cree que ambos seguimos implica que Shadow permanezca en la ignorancia para siempre. Todos los planes anteriores acababan con mi muerte de una forma u otra. No tendría ningún reparo en volver a retomar esas ideas si sintiera que lo he traicionado.

Thomas arranca la furgoneta y las luces brillantes iluminan todo. Lo observo mientras él me observa a mí. Entorno los ojos, ya que apenas puedo ver. Esas luces cegadoras no se parecen en nada a la luz al final de un túnel. No son reconfortantes.

Mientras estoy ahí plantada, quizá demasiado tiempo, mi vida hasta este momento pasa ante mis ojos. Tenía un trabajo que perdí y otro al que me vi prácticamente obligada a dedicarme. Cuando cuento esa historia, siempre digo que Marno Bay era el lugar más alejado del resto del mundo y que por eso lo elegí.

La verdad es que no lo elegí. Rompí las reglas. Cometí un delito. Marno Bay fue donde me arrodillé para suplicar perdón, con la esperanza de que, cuando tuviera que ir a juicio, tuvieran en cuenta el trabajo que hice allí.

No he pensado mucho en lo que mi ausencia significa para el hospital o para mí. Si habrán llamado a la policía, aterrorizados porque haya acabado en una cuneta y no pueda encontrar el camino de vuelta. O si estarán convencidos de que la manzana podrida que entró por sus puertas decidió ser tan podrida como se puede ser y simplemente... se escapó.

De una forma u otra, es probable que la policía me esté buscando. La mierda que hice en Nueva York nunca iba a quedar

perdonada.

Una parte de mí se pregunta qué sería peor, dar a luz a un bebé en la cárcel o criarlo con Thomas.

# CINCO
# VICTORIA

Después de mi conversación con Shadow, no espero ni un segundo para hacer las maletas.

Si pudieras ver la sonrisa que se dibuja en su bonito rostro, pensarías que Briana está contenta como una castañuelas por deshacerse de mí, pero sé que solo se alegra *por* mí. Está feliz de verme sonreír. También está feliz de que ya no la despertaré con mis sollozos ahogados.

Meto otro par de vaqueros en mi bolsa de viaje antes de detenerme y abrazarla. Cuando me separo, veo que unas lágrimas frescas le brillan en los ojos.

—Estaba muy preocupada por ti —dice—. Y por Thomas.

—Yo también —respondo con sinceridad.

—Pero la vida se ha arreglado y ahora puedes seguir adelante y vivir tu vida con el hombre de tus sueños.

Le guiño un ojo.

—Y Runner por fin recuperará su lugar en tu cama —bromeo.

En lugar de sonreír, parece que va a volver a echarse a llorar.

—¿Qué he dicho para disgustarte? —le pregunto en voz baja, acariciándole la mejilla con los dedos.

Ella niega con la cabeza, como si no fuera nada, pero sus ojos la traicionan.

—Estamos pasando por una mala racha, eso es todo.

No puedo evitar sentirme culpable, como si el hecho de quitarle tanto tiempo le hubiera causado un distanciamiento con Runner.

—¿Por mi culpa? —pregunto con cautela.

Briana niega con la cabeza.

—No. Ha pasado algo. Pero esta noche es tu noche. Cuando te hayas instalado con Thomas, te lo contaré todo sobre Runner y tú me ayudarás a decidir si le corto los huevos o no.

Aunque quiero saberlo ya mismo para asegurarme de que pierde los huevos cuanto antes si creo que se lo merece, no insisto. Es obvio que Briana no está preparada para hablar y sé que no es solo porque no quiera cargarme con sus problemas en este momento. Necesita tiempo para asimilar lo que ha pasado. La abrazo de nuevo, esta vez más tiempo. Es un «gracias», un «lo siento» y un «te quiero» todo en uno.

Terminamos de hacer las maletas y, con el corazón en un puño, me dirijo a casa de Thomas. No es precisamente donde mi hermano quería que fuera después de irme de casa de Briana, pero no le oculté que era el primer sitio al que iría. Él bajó la cabeza y lo aceptó.

Aporreo la puerta. Y vuelvo a aporrearla. No obtengo respuesta, así que uso mi llave para entrar.

Las señales de que Thomas ha estado aquí recientemente hacen que mi corazón lata más rápido y más lento al mismo tiempo. Recojo su camisa del sofá, la abrazo con fuerza contra el pecho y respiro su olor.

El tiempo pasa. Media hora que se hace eterna antes de oír movimiento en la puerta. Me levanto del sofá antes de que se abra, mis pies descalzos no hacen ruido sobre el suelo de madera. El salón está a oscuras, ya que no me he molestado en encender la luz, pero conozco la silueta de Thomas mejor que la palma de mi mano, así que no hay duda de que es él quien está en la puerta.

—Thomas —susurro, lanzándome a sus brazos.

Él no dice nada. Se queda ahí, respirando con dificultad, como si hubiera venido corriendo hasta aquí. La luz de la calle que entra por

la ventana ilumina el corte de su labio y el moratón de colores de la mandíbula.

No le pregunto si está bien. Sé que no lo está. El daño que nos hizo mi padre el día que nos encontró juntos es peor que unos cortes y rasguños. Yo tampoco estoy bien, pero juntos encontraremos la manera de volver a estarlo.

Thomas exhala, roto y tembloroso contra mi pecho, y sus manos se alzan para envolverme. Su frente se posa sobre la mía.

Sin palabras. Sin besos. Solo esto.

Al menos por un momento.

Las manos de Thomas encuentran mi cintura y sus dedos tiemblan al clavarse en mi piel.

Puedo oler el sudor mezclado con el olor a miedo que aún impregna su ropa. Pero debajo de todo eso está Thomas. Mi Thomas. Calidez, amor, hogar.

Deslizo las manos para acariciarle la cara, con cuidado de no tocarle el moratón de la mandíbula. Se estremece un poco, pero no se aparta, si no que gira la cabeza y presiona la boca contra mi palma.

Un sollozo se me atraganta en la garganta.

—Te he echado de menos —le digo—. Te he echado mucho de menos.

Sus labios me rozan la muñeca una y dos veces antes de atraerme aún más hacia sí. Me dejo llevar, acurrucándome contra el calor de su cuerpo.

Sus brazos me envuelve, con tanta fuerza que me duele, pero también la suficiente para que sepa con certeza que está ahí.

Quiero estar tan cerca de él como sea posible. Quiero fundirme con él, perderme en un enredo del que no sé si alguna vez podré liberarme.

Inclino la cabeza hacia arriba y atrapo con cuidado su labio entre los míos. Lo succiono con delicadeza, como si quisiera curarlo.

Cuando Thomas viene a mi encuentro, no lo hace con delicadeza, sino con pasión. Sus movimientos son lentos, pero desesperados, y su boca herida se mueve con fervor contra la mía. Hay sangre en mi

lengua, y el sabor a cobre se mezcla con mi saliva. A mí no me importa, si él no lo nota.

Thomas es el primero en separarse del beso, alejándose lo suficiente como para poder mirarme a los ojos.

—Eres la primera chica a la que he hecho llorar con un beso. Empiezo a pensar que no te gusto tanto. —Lo dice con ese tono descarado que solo él sabe poner. Normalmente, me reiría. Haría una broma sobre que no ha habido otra chica en su vida. Pero no puedo. Estoy demasiado ocupada tratando de contener los sollozos que se atragantan en mi pecho.

—Vick —suspira Thomas—. Tú lo valías. Cada puñetazo, cada moratón, cada salpicadura de sangre. Tú. Lo. Valías.

Presiona la cara contra mi cuello, siento su aliento caliente contra mi piel mientras succiona y lame, llevándome más adentro de la casa.

—No te merecías nada de eso —empiezo a decir. El dedo de Thomas encuentra mis labios y los presiona con fuerza, silenciándome.

—A veces un hombre necesita una paliza para demostrar que se merece a la chica. Tu padre y tu hermano ahora son conscientes. Es lo que siempre hemos querido, ¿no? ¿Que nos aceptaran? No importa cómo hayamos llegado hasta aquí, solo importa que lo hemos hecho.

Asiento con la cabeza, deseando que de alguna manera sus palabras quemen el odio que siento por mi padre, el resentimiento que aún siento por mi hermano incluso después de nuestra conversación.

—No puedes culparte por lo que pasó, Vick.

Mis labios quieren moverse de nuevo, pero no tienen oportunidad, ya que los de Thomas se estrellan contra los míos más rápido de lo que puedo respirar.

Paso los dedos por su pelo.

Así es como se siente la libertad.

Así es volar.

Y no hay duda de que estoy embriagada por el amor de Thomas.

LO ENGANCHO por la cintura de sus pantalones y lo arrastro hacia el sofá. No duda en seguirme, sus palmas callosas se deslizan por mis costillas mientras nos hundimos en la superficie.

Me subo encima, a horcajadas, y me agacho para besar sus cortes y moratones mientras mis dedos se afanan en desvestirlo.

Su pecho sube y baja más rápido bajo mis manos. Con cada caricia, se relaja un poco más, así que no paro.

Enrosco la mano bajo su cuello y lo atraigo hacia mí hasta que nuestras bocas se encuentran de nuevo, besándonos como si fuéramos la fuente de oxígeno del otro.

La conciencia de que puedo hacer esto sin consecuencias brota en mi pecho como el champán. Me muerdo el labio para reprimir mi sonrisa o mis lágrimas, no sé muy bien cuáles.

Thomas suelta una risita entre dientes contra mi boca y, cuando me aparto un centímetro para mirarlo, veo los pliegues en el rabillo de sus ojos, los que se le forman cuando se esfuerza por no sonreír.

Entonces me besa con pasión, con lengua, dientes y deseo puro, atrayéndome hacia él hasta que no queda ni un centímetro de espacio entre nosotros.

No tarda mucho en deshacerse de su ropa y yo de la mía, nuestros cuerpos son un lío necesitado, deseosos de que los toquen más, de que los toquen *por todas partes*.

—Voy a ser el primero —interviene Thomas, tendiéndome sobre mi espalda.

Ahora estamos en la alfombra, la que tiene la mancha de sangre que no conseguí quitar del todo. Antes de que pueda detenerme en el pasado no tan lejano, Thomas inclina la cabeza y abre los labios, y mi pezón se endurece con el calor de su saliva, el roce de su lengua, la forma en que chupa, muerde y juguetea.

Mi cuerpo se arquea hacia él, siento su polla firme contra mi abdomen mientras le suplico que me folle tan fuerte que nada más me duela. Pero Thomas quiere tomarse su tiempo conmigo y está decidido a asegurarse de que no me arrepienta de la espera.

Sus manos recorren mi cuerpo, deteniéndose en mi centro, donde mueve los dedos contra mi clítoris, acariciándome hasta

llevarme a un torbellino de placer.

Mis talones se clavan en la alfombra debajo de mí, mi cabeza se inclina hacia atrás mientras gimo y gimo y... entonces siento sus dedos, curvados de tal manera que no le pierdan la pista a mi punto G al entrar en mí.

Sus dedos me follan a fondo, sin dudar en provocarme un orgasmo tras otro desde lo más profundo de mi ser. Cuando ya no puede aguantar más, me lame hasta dejarme limpia, lamiéndome el sexo con su lengua larga y gruesa, bebiendo mis jugos como si no hubiera nada que prefiriera para saciar su sed.

Y entonces me penetra, de forma esperada e inesperada al mismo tiempo. Sus embestidas son intencionadas, y aún más lo es su forma de agarrarme las manos, que mantiene por encima de mi cabeza.

—No cierres los ojos, Vick —gruñe—. Quiero ver exactamente lo que te hago.

Me cuesta un esfuerzo hercúleo mantener los ojos abiertos mientras me penetra con fuerza, llevándome al principio y al final del éxtasis absoluto.

Estoy segura de que lo que él ve en mis ojos es lo mismo que yo veo en los suyos. Un hogar. Una vida por construir.

Thomas aprieta la mandíbula y sus embestidas se aceleran. Me suelta las manos y me agarra por la cintura, hundiéndose dentro de mí más hondo de lo que jamás creí posible. Una mezcla de gemido y lamento se escapa de mis labios cuando su semilla se derrama dentro de mí, calentándome.

—Te quiero —susurro.

Thomas traga saliva y baja su cuerpo sobre el mío, de modo que su peso me aplasta.

Le beso el cuello.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Sus manos se aprietan contra mi cuerpo, sus dedos se clavan hasta casi hacerme daño. Se asegura de que esté realmente aquí. Se asegura de que esto sea real.

En algún lugar lejano, unas campanas de viento crean música y los neumáticos crujen sobre la grava.

En algún lugar lejano, se oyen voces y se rompe una rama.

En algún lugar en la distancia, los dioses nos miran desde arriba, sonriendo porque hemos vuelto a encontrarnos, tal y como siempre debimos haber estado.

Sonrío a Thomas y empiezo a apartarme. Él niega con la cabeza.

—Quédate —murmura con voz ronca.

Y eso hago.

Me quedo.

# SEIS
# VICTORIA

Thomas y yo pasamos los tres días siguientes alternando entre el dormitorio, el salón y la ducha. La comida se convierte en algo que engullimos rápidamente, solo para tener la energía necesaria para volver a devorarnos el uno al otro.

Cuando ya no podemos más, nos apoltronamos frente a la tele. Hay algo puesto, pero ninguno de nosotros lo está viendo realmente, sino que disfrutamos de la sensación de estar piel con piel.

Los dedos de Thomas trazan un patrón en mi espalda. Puedo sentir las palabras que se están formando en su pecho incluso antes de que las pronuncie.

—¿Quieres ir a algún sitio? —Hay incertidumbre en su tono, como si estuviera probando la idea, sin estar seguro de si el mundo exterior nos merece.

Me aparto para mirarlo.

—Quizá. Más adelante. Podríamos quedarnos aquí encerrados para siempre, pero a lo mejor no deberíamos.

Thomas besa el hueco entre mi cuello y el hombro.

—Tengo unos días libres antes de que esperen mi vuelta al trabajo.

Mi cuerpo se tensa al oír sus palabras, al recordar que, si se queda, tendrá que estar cerca de mi padre. Que, en cualquier

momento, mi viejo puede cambiar de opinión sobre lo mío con Thomas.

Niego con la cabeza. Shadow me dio su palabra. Por muy enfadada que siga estando con mi padre, tengo que confiar en que todo irá bien. Tengo que confiar en que mi madre y mi hermano lo mantendrán a raya.

—He tomado una decisión —anuncia Thomas cuando se da cuenta de que estoy pensando demasiado—. Vamos a tener una cita. Una de verdad. Con ropa adecuada y postre al final.

No es que la idea me desagrade. De hecho, me hace sentir algo que no puedo explicar.

Thomas y yo hemos robado muchos momentos en la oscuridad, siempre buscando un rincón en penumbra donde nadie pudiera vernos.

El hecho de poder mostrar nuestro amor al mundo, cogernos de la mano y ver cómo el mundo nos observa mientras nos enamoramos cada vez más y más, parece un sueño.

Me levanto del sofá y dejo que la manta caiga de mi cuerpo.

—¿Qué me pongo?

Thomas suelta una risa.

—Lo que quieras —dice—. Mientras no se te vean los pezones.

Idiota. Pero un idiota que ha recuperado su sentido del humor. Y, lo mejor de todo, es *mi* idiota.

En el dormitorio, me recojo mi cabello rosa y negro en una pulcra cola de caballo. Añado un poco de rímel y un pelín de colorete a mis mejillas. Siempre estoy abierta a experimentar con mi pelo, aunque este *look* en particular no es uno que piense cambiar a corto plazo. Pero nunca he sido de las que se maquillan en exceso, solo un poco para realzar mejillas y ojos. Quizás un poco de brillo en los labios. Pero nada más.

Busco algo que ponerme en los cajones. Una cita requiere algo mucho más femenino que mi atuendo habitual de motera, compuesto por vaqueros rotos, camisetas de asas y cuero.

En algún lugar de los recovecos de mi cajón hay un vestido amarillo que compré hace más de un año, pero que nunca he tenido ocasión de ponerme.

Una sonrisa de alegría se dibuja en mis labios cuando lo saco del cajón y me lo pongo. Me queda como un guante. Como si estuviera hecho a medida. Lo tengo aún más claro cuando Thomas entra en la habitación, con el cepillo de dientes colgando de la comisura de sus labios y los ojos muy abiertos.

—Joder, estás....

—No te acostumbres. En el fondo sigo siendo una motera.

Se acerca y me levanta la parte trasera del vestido para dejarme el culo al descubierto. Con una mano en mi espalda, me empuja hacia delante y se presiona contra mí para que sienta lo listo que está para mí.

—No, no, no —lo provoco—. Este vestido se queda puesto hasta después de la cita. Al fin y al cabo, soy una señorita.

Thomas se ríe y sigue cepillándose los dientes.

Me muerdo el labio para no sonreír. Si tuviera un diario, hoy se titularía «El mejor día de mi vida».

---

LAS LLAVES de Thomas tintinean cuando las coge del gancho junto a la puerta principal.

El aire nocturno está impregnado del aroma a madreselva cuando salimos al porche. Cojo el casco que me ofrece Thomas y me lo pongo.

A mi izquierda hay un grupo de moteros. No me fijo en ellos lo suficiente como para distinguir una sola cara entre la multitud, pero aun así puedo sentir sus miradas puestas en mí. Es probable que más de uno me viera desnuda durante el follón de mi padre. Una parte de mí se siente cohibida. Otra parte está demasiado emocionada como para que me importe una mierda.

Los dedos de Thomas me rozan la mejilla mientras comprueba la hebilla, y su contacto se prolonga.

—¿Estás lista, cariño?

—Más que nunca. —Paso la pierna por encima de la moto y me agarro a Thomas con todas mis fuerzas cuando las vibraciones del

motor rugen entre mis muslos.

Estos son los momentos que he anhelado toda mi vida y ahora que han llegado, no puedo borrarme la estúpida sonrisa de la cara.

Thomas lleva montando en moto desde que era niño. Eso queda claro por la destreza con la que maneja el vehículo. Eso no quiere decir que los demás moteros no sepan lo que hacen.

Por supuesto, la mayoría de ellos prácticamente nacieron con el metal entre las piernas. Mi padre, sin embargo, tenía un estilo que hacía que su máquina pareciera una trampa mortal. O tal vez es solo que nunca me sentí del todo segura con él. Con Thomas, sin embargo, siento que puedo volar.

Y volamos.

El viento azota el dobladillo de mi vestido en torno a mis rodillas cuando pasamos todos los semáforos en rojo de camino a dondequiera que vayamos. Apoyo la mejilla contra la espalda de Thomas y cierro los ojos. Comodidad. No es solo lo que siento. Es lo que es.

Viajamos durante lo que parece una eternidad, pero al mismo tiempo no es suficiente, pasando por el centro de Marno Bay y llegando a las afueras del pueblo.

A medida que avanzamos, se va haciendo cada vez más visible un gran edificio de estilo cabaña, con el exterior de madera y un letrero iluminado por la luz de la luna. La moto se detiene en el aparcamiento y desaparece entre lo que parecen cientos de coches.

Me bajo de la moto y me quito el casco.

—Espero que hayas reservado.

Thomas se ríe.

—Si tenía que ser, será.

Me estremezco un poco cuando entrelaza los dedos con los míos, habiendo olvidado por un momento que ahora podemos. Ya no tenemos que escondernos.

De la mano, como dos tortolitos que nunca han conocido la discordia, subimos las escaleras hacia el restaurante.

La sonrisa de Thomas vale cada moratón, cada pelea y cada noche que hemos tenido que pasar separados hasta este momento.

Me siento muy nerviosa cuando empujamos las imponentes puertas de caoba. La campana sobre la puerta tintinea al entrar y algunas cabezas se giran. La alarma en algunos de sus rostros es evidente y comprensible. Thomas tiene un ojo morado y la mandíbula aún más hinchada que desinflada. En cuanto a mí, soy una princesa de pelo rosa y negro que parece totalmente fuera de lugar con su vestido amarillo. Pero eso es solo en apariencia. Es como decir: «Vosotros tenéis una pinta un poco rara». Pero nada de eso importa. Por muy raros que parezcamos, estamos juntos, y ese pequeño detalle vale su peso en oro.

Una camarera con pantalones cortos y unas tetas del tamaño de unos globos se apresura a acercarse a nosotros.

—¿Mesa o barra? —pregunta, y luego añade—: Bonito vestido... bonito pelo... —Y a Thomas—: Menudo moratón tienes ahí. Déjame adivinar, ¿la moto se rebeló y aterrizaste de cara contra el suelo?.

Thomas le dedica una sonrisa pícara.

—Algo así —responde—, y creo que nos quedaremos en la mesa, ¿verdad, cariño?.

—La mesa está bien —respondo.

Y así, sin más, nos convertimos en una pareja cualquiera, sentándonos en una mesa cualquiera de un restaurante cualquiera, sin una sola preocupación en el mundo.

Pedimos sin pensarlo dos veces. Dos batidos, una ración enorme de patatas fritas, un filete para mí y una hamburguesa para Thomas. Sin duda tomaremos postre, pero aún no hemos decidido qué.

Cuando la camarera se marcha, Thomas se inclina hacia mí. Yo me acerco a él y nuestros dedos se entrelazan en el espacio entre el dispensador de servilletas y la botella de kétchup. Su palma es áspera contra la mía. Perfectamente áspera.

—Por nuestra primera cita —digo, recostándome para darle un beso en el dorso de la mano.

—Pero seguro que no será la última —añade Thomas.

SIETE

# VICTORIA

Nos traen unos batidos tan grandes como nuestras cabezas en vasos helados, con nata montada desbordándose por los bordes.

El mío es el sueño de cualquier amante del chocolate, con trocitos de Twix y Snickers esperando a ser devorados cuando se acabe el líquido.

Fiel a sí mismo, Thomas pidió el batido de fresa con una cereza encima. Quizás sea por mi pelo, o quizás por el machismo que, por desgracia, todavía existe en el siglo XXI, pero la camarera, la misma que nos tomó la comanda, deja el batido de Thomas delante de mí.

Thomas le quita la cereza al suyo y se inclina sobre la mesa para ofrecérmela.

—Abre la boca —me susurra.

Obedezco, abriendo los labios lo suficiente para que pueda dejar la fruta sobe mi lengua.

—Espero que ates el tallo con la lengua —dice riendo.

—Puedo hacer muchas cosas con la lengua —respondo en tono burlón—, pero eso no.

Alguien en la mesa de al lado carraspea. Miro y veo a un anciano y a su mujer, que se sonroja al fijarse en mí. Supongo que sabe exactamente a qué me refería con mi comentario sobre la lengua.

Muerdo la cereza, no tan avergonzada como ella, pero casi.

El hombre sonríe.

—El amor joven —dice, volviéndose hacia su esposa—. Nosotros solíamos ser así.

Llegan nuestra hamburguesa con patatas fritas y mi filete, y empezamos a comer mientras charlamos. Todo parece de lo más fácil, y trato de no pensar en todos los momentos que nos hemos perdido, en cuántas veces deberíamos haber podido hacer *esto*. No me refiero a tener que escondernos o preguntarnos si sería más seguro romper, sino a estar enamorados y no tener que ocultarlo.

Thomas se termina su hamburguesa y yo solo me he comido la mitad de mi filete antes de no poder llevarme ni un bocado más a la boca. Empujo el plato hacia Thomas, que está más que feliz de acabarse el resto de mi comida.

—Vick —dice limpiándose las comisuras de la boca—. Hay algo que tengo que preguntarte.

Se me revuelve el estómago. Cuando alguien te dice que tiene algo que preguntarte sin ir directamente al grano, es obvio que se trata de algo grave. No necesito nada grave ahora mismo. Siendo sincera, no sé enfrentarme a cosas serias.

Miro a Thomas, con la esperanza de poder leer la pregunta en su semblante. Parece tranquilo, lo cual debería tranquilizarme, pero no es así.

Thomas se mete la mano en el bolsillo y saca una moneda.

—Sabes que no me gusta el suspense —le recuerdo.

La lanza sobre la mesa y da vueltas y vueltas y vueltas.

—¿Cara o cruz?

—¿Qué tiene que ver esto con la pregunta que tienes que hacerme?

—Tú solo elige cara o cruz, Vick.

—Cruz —digo automáticamente.

Él tapa la moneda con la mano y luego la levanta de nuevo.

—Cara —dice—. Menuda mierda.

—¿Por qué es una mierda?

En lugar de responder, coge la moneda y la vuelve a lanzar.

—Vale, nueva pregunta.

—No hay nueva pregunta. ¿Qué pasa, Thomas?.

Posa su mano sobre la mía y me mira a los ojos.

—Si pudieras ir a cualquier parte ahora mismo, ¿adónde irías?

—¿A Victoria? Me pareció que eras tú.

Me quedo paralizada y me giro ligeramente hacia la voz familiar. Rosie Callahan, la antigua peluquera de mi madre y examante de mi padre, está a solo unos centímetros de mi mesa.

Thomas me da un golpecito en la rodilla bajo la mesa, indicándome que me comporte.

—¿Sabe tu madre que estás aquí con... —Su mirada recorre el rostro magullado de Thomas y sus dedos, que aprietan con fuerza el vaso del batido—. ¿Con quién estás?

Thomas se pone rígido.

Fuerzo una sonrisa.

—Rosie —digo—, no creo que lo sepa. Pero supongo que no serás tú quien le dé la noticia. Si no me falla la memoria, recuerdo que mi madre dijo que borrara tu número. Pero llama a papá si quieres. Yo me encargaré de decirle a mamá que sigues...

—Solo cuido de ti, Victoria.

Me encojo de hombros.

—Y yo solo te recuerdo metas la nariz donde debe estar... lejos de mí y de mi familia.

Rosie parpadea, sorprendida de que le haya llamado la atención así. Supongo que la dulce niña a la que solía hacerle trencitas ha crecido sin que ella se diera cuenta.

—Supongo que ya eres mayor para cometer tus propios errores —dice y se atreve a darme una palmadita en el hombro—. Disfrutad de la comida.

Con la cabeza balanceándosele sobre los hombros, se aleja con sus tacones hasta desaparecer de mi vista.

Thomas exhala por la nariz.

—¿Estás bien?.

Apuñalo mi batido con la pajita.

—¿Te puedes creer la cara que le echa?

—Bah. Yo estaba prestando atención a tu carácter.

Le pongo los ojos en blanco.

—Ahora, volvamos a la pregunta. Y... ten en cuenta que esa vieja bruja me ha cabreado, así que harías bien en decir lo que tengas que decir.

—Yo... eh... —Thomas empieza a tartamudear, y él *nunca* tartamudea.

—Deja que te refresque la memoria. Si pudiera ir a cualquier parte del mundo.... —Hago una pausa. Una pregunta que empieza así solo puede significar una cosa.

Ya me lo imagino: la camioneta destartalada de Thomas, su moto en la parte trasera, bolsas de viaje con toda nuestra ropa a ambos lados. Sin despedidas. Solo cientos y cientos de kilómetros de carreteras vacías y los fantasmas que dejaríamos atrás.

Aprieto sus dedos con fuerza.

—Pregúntame.

Thomas se vuelve a meter la mano en el bolsillo y juraría que saca otra moneda...

Lo observo con atención. Con cautela. Me tiende el puño cerrado.

—Adelante. Ábrelo —dice.

Lentamente, cierro la mano sobre la suya y separo con facilidad sus dedos para descubrir una concha marina en la palma. Es de color rosa perlado, con los bordes desgastados.

—Esto es....

Cojo la concha y la examino más de cerca.

Es igual que la que me dio cuando éramos niños, la que todavía llevo alrededor del cuello todos los días.

Thomas respira con dificultad y extiende la mano para coger la mía.

—Quiero casarme contigo, Vick. Como es debido. Con anillos, votos y todas esas cosas que nunca pensamos que tendríamos. Quiero que la gente te llame por mi apellido. Que te vean y no digan: «Es la chica de Thunder» sino «la mujer de Thunder». Quiero despertarme a tu lado cada mañana hasta que no queden más mañanas. Te quiero, Vick. Siempre y para siempre.

Ya estoy llorando. No respiro. Solo lloro. Mis manos tiemblan entre las suyas, a pesar de lo fuerte que intenta sujetarme.

—No tienes que decirme que sí ahora. Joder, no tienes que decir que sí nunca. Pero necesitaba que lo supieras....

—Sí. —La palabra sale de mi boca, ronca e inmediata, como si temiera que, si no respondo pronto, él cambie de opinión—. Yo también quiero todo eso, Thomas.

—Bien, porque me empezaba a preocuparme lo mucho que tardabas. Quiero decir, me dieron una paliza por ti y ni siquiera me defendí.

Frunzo el ceño.

—No se bromea con eso, Thomas.

—En algún momento tiene que pasar a ser divertido.

No creo que eso pase nunca y, como no voy a discutirlo con él, me levanto de mi asiento, me acerco a él y lo beso como si no hubiera un mañana.

—Dos conchas —me susurra al oído—. Una para aquel entonces. Otra para ahora.

# OCHO
# SHADOW

El motor ruge como un trueno retumbando por la autopista. El paisaje se difumina, dejando a su paso estelas negras, marrones y doradas.

Agarro con fuerza el volante con las palmas sudorosas. Me seco las manos en el lateral de los vaqueros.

Cada señal me recuerda la distancia que nos separa a Mina y a mí, y aunque estoy acortando esa distancia, sigo sintiéndome a años luz de ella.

*Anoche estaba a salvo. Esta noche también lo estará.* Tengo que creérmelo.

—¿Seguro que no necesitamos refuerzos? —murmura Runner desde el asiento trasero.

La pregunta me irrita. Thomas no anda por ahí con una banda. Una vez que estemos cara a cara, ni siquiera necesitaré que el resto mueva un dedo. El hecho de que Runner insinúe que no somos lo suficientemente fuertes o competentes me pone de mala hostia.

Rodex escupe tabaco en una lata vacía.

—Nosotros somos todos los refuerzos que necesitamos —responde.

No contesto. Tengo la mandíbula tan apretada que los dientes amenazan con partírseme.

Tanker se inclina hacia delante desde la parte de atrás, y su aliento a whisky me quema el cuello.

—¿Estás listo para esto?

La pregunta queda suspendida en el aire como la hoja de una guillotina.

Asiento con la cabeza. Esta no es otra calle sin salida. Tenemos pruebas irrefutables. Y ese vídeo que encontró Runner es solo la guinda del pastel.

Axe rompe el silencio con voz ronca, pero baja.

—Shadow..., hay algo de lo que tengo que hablar contigo.

La autopista se extiende sin fin, como una cinta negra que atraviesa un páramo yermo. El sol arde en lo alto, convirtiendo la cabina en un horno. El sudor me gotea por las sienes, pero no me lo seco. Estoy concentrado en la carretera.

—Adelante, tío.

—En privado —dice, y me tenso.

—Más te vale que no me digas que vas a echarte atrás ahora que estamos tan cerca. —Levanto la mano, con el índice y el pulgar separados solo un poco para exagerar la distancia que queda entre mi bala y el cráneo de Thomas.

La voz de Runner se interpone con un tono de pánico.

—Shadow....

Miro por el retrovisor. Un par de faros se acercan rápidamente. Demasiado rápido.

Axe se retuerce en su asiento.

—Putos maderos.

Maldigo. Lo último que necesitamos es que un policía nos pare en una camioneta lleno de armas de fuego sin registrar. Ya no estamos en nuestro territorio y, aunque lográramos de alguna manera salir del lío en el que intentaran meternos, no tenemos tiempo.

—Deshazte de ellos —dice Axe.

No lo pienso dos veces. Piso el acelerador a fondo y el motor ruge mientras el indicador de velocidad salta a 175. La sirena de la policía comienza a sonar detrás de nosotros.

Runner se agarra a la manilla de la puerta.

—Me cago en la puta....

Rodex baja la ventanilla y escupe el tabaco que mastica.

—Es hora de divertirse.

El coche patrulla se acerca con las luces intermitentes encendidas. Giro bruscamente el volante y me desvío hacia una salida en el último momento. Los neumáticos chirrían al tomar la curva sobre dos ruedas antes de volver a golpear el suelo.

El policía pasa de largo.

Por ahora.

—Bien —gruñe Tanker.

No celebro nada. Nada de esto es bueno. Ni el marronazo que se desatará si el policía decide que su ego no puede soportar la derrota.

Me concentro en el laberinto de carreteras secundarias que tengo delante, con la camioneta traqueteando sobre los baches mientras aprieto el pedal con más fuerza.

Axe mira por los retrovisores.

—Está dando la vuelta.

Aprieto los dientes. No podemos escapar de una radio.

Rodex busca debajo del asiento y saca una escopeta recortada.

—¿Quieres que lo disuada?

—No —responde Axe—. Nada de cadáveres.

Me desvío hacia un camino de tierra, levantando una nube de polvo lo suficientemente espesa como para ocultarnos. La camioneta rebota con violencia y mi columna vertebral se sacude con cada impacto.

Runner gimotea.

—Voy a vomitar.

—Trágatelo —gruño.

La sirena de la policía se desvanece detrás de nosotros, pero no reduzco la velocidad. No puedo. No cuando cada segundo cuenta.

El desierto da paso a un matorral al cruzar a otro condado. Las carreteras empeoran y la camioneta protesta con cada bache. Me duelen las manos de agarrar el volante, pero no me atrevo a soltarlo.

Entonces...

*BANG.*

La camioneta da una sacudida violenta al reventarse la rueda trasera. Me peleo con el volante mientras derrapamos, salpicando polvo y grava antes de detenernos bruscamente.

Silencio.

Entonces Runner susurra:

—Tienes que estar de coña.

Golpeo el volante con el puño. *Me cago en todo.*

Axe ya ha salido y está evaluando los daños.

—¿Tenemos una de repuesto?.

Tanker abre el maletero.

—Sí, pero cambiarla nos va a llevar un tiempo.

No tengo tiempo. No cuando Mina podría estar...

Se oye el rugido lejano de un motor.

Todos nos quedamos paralizados.

Rodex inclina la cabeza.

—No es la policía.

El ruido se hace más fuerte. Se acerca.

Entonces, los faros aparecen por la colina tras nosotros.

No es la policía.

Es una moto.

Axe maldice. Y yo lo miro.

—¿Reconoces su equipo?.

—Esta bo es una pelea en la que debas meterte, Shadow. Vuelve al coche y déjame encargarme de esto. —Esa última frase va dirigida a todos nosotros, pero ni locos vamos a dejarlo aquí solo para que se las apañe con lo que sea que se nos viene encima.

—¿Entonces lo reconoces?

—Vuelve al puto coche, Shadow.

Hacía tiempo que nadie se atrevía a hablarme como si fuera un niño malcriado. Ahora que soy un adulto, casi me da risa presenciarlo.

Encojo los hombros y miro fijamente a Axe.

—Cuidado con tu tono —le advierto justo cuando la moto se detiene derrapando.

El hombre de la moto es una bestia con forma humana. Tiene los hombros anchos y unos bíceps duros como rocas. Da una patada al caballete y su silueta proyecta sombras mientras una sonrisa de gato burlón se dibuja en su rostro.

Axe da un paso adelante, con la mano apoyada en la funda de la pistola.

—Cuánto tiempo sin verte, Vulture. Nunca pensé que serías tan valiente como para venir a buscar la muerte que te prometí. Pero claro, siempre has tenido mierda en la cabeza en lugar de un cerebro.

La tensión en el aire es palpable. Ni siquiera el cuchillo más afilado podría cortarla. Me siento cada vez más nervioso, sabiendo que este cabrón es un obstáculo entre mi chica y yo.

—¿Un viejo amigo? —le pregunto a Axe. Mi mano ya ansía mi navaja.

La sonrisa de Vulture se amplía y está a punto de responderme cuando Axe se lanza hacia delante, moviéndose más rápido de lo que un hombre de su tamaño y edad debería ser capaz.

Vulture tampoco se queda atrás y esquiva con destreza el primer puñetazo de Axe. El segundo, sin embargo, le asesta un golpe brutal en las costillas y hace que se tambalee. Solo por un segundo. Entonces vuelve con toda su fuerza. Los puños vuelan tan rápido que es difícil determinar a quién le pertenecen.

Hay una parte de mí que no desea otra cosa que acabar con esto. Sacar la pistola, apuntar y seguir con mi día. Sin embargo, sé que no debo interponerme entre un hombre y su pelea, así que espero, impaciente como siempre.

Intervendré cuando sea necesario. He venido con cuatro hombres y me iré con todos ellos en perfectas condiciones.

Rodex, Tanker y Runner son de la misma opinión, por lo que veo, ya que se quedan ahí mirando sin interceder.

—El cabrón sabe pelear —dice Tanker, frotándose las manos como si esto fuera justo el entretenimiento que necesitaba.

Al principio solo son puños, golpes brutales y eficaces que rompen el aire como disparos. Axe lucha como un hombre que tiene la mitad de su edad, con movimientos rápidos y letales a pesar de

las canas que le salpican la barba. Vulture le sigue el ritmo golpe a golpe, con décadas de rencor alimentando cada derechazo brutal.

Luego sacan las navajas.

La hoja de Vulture brilla con un destello plateado al cortar el antebrazo de Axe. La sangre salpica la tierra entre ellos. Axe no se inmuta, solo contraataca con una puñalada hacia abajo que Vulture logra esquivar por los pelos, y la navaja le desgarra la camisa en lugar de las entrañas.

Cambio el peso de mi cuerpo y mis dedos se mueven hacia mi propia arma. Tanker me agarra la muñeca.

—Todavía no —murmura.

Vulture finge ir hacia la izquierda y luego clava la bota en la rodilla de Axe. El repugnante *chasquido* me revuelve el estómago.

Axe cae con fuerza, pero rueda con el impacto y se levanta con un puñado de tierra que lanza a los ojos de Vulture.

La distracción funciona.

La navaja de Axe encuentra su objetivo y se clava profundamente en el muslo de Vulture. El grandullón ruge y se balancea con violencia. Su puño golpea con fuerza la mandíbula de Axe, salpicando sangre.

Esa es mi señal.

Me muevo antes de que los demás puedan detenerme, con mi cuchillo de bota ya en mano. Vulture me siente acercarme y gira, pero es demasiado lento: la herida en la pierna le hace perder el equilibrio. Mi hoja se clava en su costado, rozándole las costillas.

Él gruñe y me da un revés con tanta fuerza que la vista se me nubla. Siento el sabor de la sangre en la boca, pero me mantengo en pie, rodeando a Axe mientras él lucha por levantarse.

—Te dije... que no te metieras —jadea Axe, limpiándose la boca.

—Que te jodan —digo, y lo digo en serio.

Vulture se ríe, con la voz empapada de sangre.

—Qué bonito. —Escupe sangre al suelo, entre nosotros—. Tu padre dijo que trías problemas, Shadow. Tienes suerte de que no pueda matarte.

Mi nombre en su boca enciende algo primitivo. Me abalanzo, pero Axe me empuja justo cuando la pistola oculta de Vulture aparece en

su mano. El disparo resuena, levantando tierra donde estaba mi pecho.

—¿Cómo coño nos has encontrado? —gruñe Axe.

Vulture se limita a reír.

*Tu padre dijo que trías problemas.* Las palabras resuenan en mis oídos con fuerza y claridad. Mi padre. Él tenía algo que ver con esto.

Rodex aparece de la nada. Su escopeta brama, destrozando la mano con la que Vulture empuña el arma.

Vulture mira la ruina de su mano y luego nos mira a nosotros. Su sonrisa no se borra.

—Nunca debisteis haberle puesto las manos encima al pres... —le sisea a Axe.

La ira me invade. Debería haber sabido que mi padre no nos dejaría salir así del club. Debería haber sabido que tampoco dejaría correr la pelea con Axe. Pero esto... enviar a un matón cualquiera de otro club para acabar con uno de los suyos... es ir demasiado lejos.

La navaja de Axe lo silencia para siempre, la hoja le atraviesa la garganta. Vulture gorgotea y sus rodillas golpean el suelo. Se desploma hacia delante, muerto antes de que su cara toque tierra.

Silencio.

Entonces Runner vomita detrás del camión.

Tanker silba.

—Vaya, qué dramático, joder.

Axe extrae su navaja, respirando con dificultad mientras se la limpia en los pantalones. Sus ojos se encuentran con los míos, furiosos, pero con algo parecido al respeto acechando debajo.

—La próxima vez que me desobedezcas, te dejaré morir.

Escupo sangre sobre el cadáver de Vulture.

—Tomaré nota.

Rodex le da una patada al cadáver.

—¿Lo envió el presidente?.

Miro fijamente la carretera vacía. Parece que voy a tener una pelea en Rutner's y otra cuando vuelva a casa.

Miro el cadáver de Vulture con el pulso aún acelerado.

Axe se limpia la sangre del labio.

—¿A Shop and Save?

Me giro hacia el horizonte, donde nos espera Rutner's Road. Solo nos queda una hora de camino. Sin embargo, las preguntas que tengo me darán para días.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Pero primero, quememos este cadáver.

# NUEVE
# VICTORIA

La puerta mosquitera se cierra de golpe a mis espaldas cuando entro en la cocina.

Mamá está frente a la cocina, revolviendo una olla con algo que huele a canela y a casa. Lleva un delantal que parece tener la misma edad que ella, con unos lunares de colores casi completamente descoloridos sobre la tela blanca. No se da vuelta, así que me acerco por detrás, la rodeo con los brazos por la cintura y apoyo la cabeza contra la suya.

—Llegas tarde —dice con voz tranquila, pero con un tono severo. Está claro que no está del todo contenta conmigo.

Doy un paso atrás para apoyarme en la encimera.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí —responde—. Supongo que te echo de menos. No es fácil que tú y tu hermano crezcáis. Que ya no me necesitéis. —Lo dice en tono burlón, en broma, pero, aun así, no se puede ignorar la verdad que hay detrás.

—Siempre te necesitaremos —le aseguro—. No importa cuántos años tengamos, tú eres la única constante en nuestras vidas sin la que no podremos vivir jamás.

Mamá sumerge el cucharón en la olla y sopla el líquido antes de acercarlo a mis labios. La canela y el azúcar tostado con un ligero

regusto a manzana encienden mis papilas gustativas con un puro éxtasis.

—Madre mía, qué rica.

Ella arquea una ceja.

—Lo sé.

—La modestia nunca ha sido tu fuerte.

—No en lo referente a cocinar. Ahora ve a sacar los bollos del horno y te preparo un plato.

No hace falta que me lo repita dos veces. Cojo los guantes del cajón y con cuidado saco la creación de mi madre del horno.

No creo que este postre tenga nombre. Es la versión de mi madre de un bollo de canela, salvo que el dulce azúcar se vierte por encima y se remata con una generosa ración de frutos rojos.

Una vez que el plato está servido y la cafetera hierve, nos sentamos a la mesa. La nostalgia casi hace que se me salten las lágrimas.

La casa de mi madre siempre estará aquí y la mía siempre estará a un paso, pero siento esa distancia como si hubiera un universo entero entre nosotras.

Los hijos crecen, viven sus vidas, tienen sus propias cenas familiares y el hogar familiar deja de ser algo cotidiano. A veces, ni siquiera semanal.

Tomo la mano de mi madre entre las mías.

—Deberíamos seguir con las cenas familiares los domingos —le digo.

Veo la expresión de su cara. Esa que dice: «Tu padre es parte de esa familia».

Si eso significa asegurarme de poder sentarme a comer con mi madre todas las semanas, pues que se siente él también a la mesa.

Hago girar el collar de conchas marinas alrededor de mi dedo.

—Tengo noticias.

—¿Buenas o malas?

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Muy buenas.

Los ojos de mamá brillan y una sonrisa similar a la mía se dibuja en su rostro. La observo con atención, fijándome en cómo la edad

ha dejado su huella en ella. Las patas de gallo, cómo sus labios son ahora más finos que carnosos y las canas que han invadido su pelo. Sigue siendo preciosa. Impresionantemente preciosa. Sus ojos verdes son como ventanas a un mundo que solo puedo soñar con conocer.

—Thomas me ha pedido que me case con él —digo y observo cómo se le iluminan los ojos un segundo antes de que su sonrisa se desvanezca en... no sé muy bien en qué. No es un ceño fruncido. Tampoco es tristeza, aunque en cierto sentido, podría estar a punto de convertirse en eso.

—Eres joven, cariño.

—¿Demasiado joven?

Tamborilea con las uñas sobre la mesa de la cocina, donde ella ha pelado miles de patatas y yo he hecho cientos de deberes. La luz del sol se cuela por las cortinas y dibuja rayas en la cara cansada de mamá.

—¿De verdad lo quieres? —pregunta.

—Sí

—¿Y él te quiere de verdad?

—Más que a nada.

Ella asiente con la cabeza, trazando con los dedos un rasguño en la mesa.

—El amor no siempre es suficiente, Victoria.

Las palabras me golpean como una bofetada directa al corazón.

—¿Qué quieres decir, mamá?

Se inclina sobre la mesa y me cubre la mano con la suya, llena de callos.

—Quiero decir que el matrimonio es difícil. Especialmente en esta vida. —Su pulgar roza mis nudillos.

Trago saliva con fuerza. No estoy acostumbrada a oírla hablar así.

—El amor se desvanece —continúa con voz suave—. ¿Pero el respeto? ¿La confianza? Esos crecen o mueren. Y cuando mueren... —Su mirada se desvía hacia la ventana, donde la moto de papá brilla en la entrada.

El silencio entre nosotras se estira como una cuerda deshilachada. Observo cómo los dedos de mamá se aprietan

alrededor de la taza de café, su alianza —la que papá había empeñado dos veces hasta que ella dejó de quitársela— reluce con un brillo apagado bajo la luz de la cocina.

Los recuerdos de la noche anterior se atreven a punzar mi conciencia y quizá no debería decir lo que estoy a punto de decir, pero lo hago de todos modos.

—¿Es por Rosie? —pregunto en voz baja.

Ella no finge no entenderme.

—¿Por Rosie? —Una sonrisa amarga se dibuja en sus labios—. Por Rosie, Dawn, Julie y muchas otras —dice—. Pero también por muchas cosas que pasaron antes.

La confesión me duele más de lo que esperaba.

Toqueteo el borde astillado de la mesa del comedor, la expresión de su cara me parte el corazón en mil pedazos.

—¿Cómo pudiste...? —¿Perdonarlo? ¿Quedarte? ¿Fingir? La pregunta se me queda atascada en la garganta.

Mamá deja la taza a un lado con cuidado.

—No lo hice.

Las palabras caen sobre mí como un martillo.

Fuera, se oye la risa de papá desde el garaje, fuerte y despreocupada. Como si nunca hubiera guardado un secreto que pudiera destrozarnos.

Mamá recorre el borde de la taza con el dedo.

—Cuando un hombre deja entrar a otra mujer en su matrimonio, no es solo la traición lo que lo destruye, es la elección. —Habla con una voz aterradoramente tranquila—. En el momento en que decide que ella vale el arriesgarte a *ti*, algo fundamental se rompe de una manera que es casi imposible de reparar. Rosie fue solo la punta del iceberg. Todas las demás fueron como una avalancha. Cuando te golpea una avalancha, tienes que saber que soltarte puede ser lo único que te salve.

Alargo la mano para tocarla, pero ella la retira y esboza una pequeña sonrisa.

—No estoy triste por tu padre —asegura, y aunque eso no tiene sentido con todo lo demás que ha dicho, me cuesta no creerla. No con la expresión de su cara—. Me quedé por vosotros, mis niños —

continúa—. Porque irme significaba alejarme de todo: de esta casa, del club. —Sus ojos se encuentran con los míos, desnudos y sin defensas—. Me quedé porque sabía que tú y tu hermano estaríais más seguros aquí. Que, aunque tu padre me rompiera el corazón, no os haría daño a vosotros. Pero lo hizo.

—No tenemos que hablar de eso. —Hago un gesto con la mano como si ahora no importara. Sí importa. Siempre importará.

—Sí que tenemos que hablar de eso —insiste ella—. Un padre lucha *por* su hija, no contra ella. Mi respeto por tu padre murió cuando le vi causarte un dolor que nunca hubiera creído posible. Necesito que lo sepas, Victoria. Necesito que sepas que lo que pasó con Thomas no lo barrí bajo la alfombra. No me limité a ayudar a arreglar el problema y olvidarlo. Puede que Thomas no sea hijo mío, pero *es* de la familia. Siempre lo ha sido.

—Ahora estoy bien, mamá. Las dos lo estamos.

—Eso dices tú. Pero veo cómo te estremeces cada vez que se oye su voz en esta habitación. Veo las cicatrices que le dejó a Thomas y sé que hay otras más profundas. Unas cicatrices grabadas en todo su corazón. Cuando murió su padre, siguió la estela de Gunner, confió en él y...

Una lágrima se le acumula en el rabillo del ojo y, como avergonzada por sus emociones, se gira para secársela.

—Mamá, no tenemos por qué hablar de esto, ¿vale? Podemos comernos los rollos de canela y hablar sobre todo las cosas buenas que hay en el mundo.

Mamá niega con la cabeza.

—Me prometes los domingos porque tienes miedo de ofrecerme espontaneidad. Miedo de aparecer sin más sabiendo que él podría ser quien abra la puerta. Eso nunca es lo que he querido que fuera mi hogar para vosotros, mis hijos.

—No tengo miedo...

—Tu *corazón* tiene miedo. Y que tu corazón le tenga miedo a tu padre significa que también le tienes miedo a esta casa.

No quiero llorar.

No quiero llorar.

No quiero llorar.

Pero lloro de todos modos.

Mamá me pasa un pañuelo por encima de la mesa.

—Hubo años en los que papá fue bueno contigo. En los que era bueno con todos nosotros. Cuando lo querías y tenías todas las razones del mundo para hacerlo.

Mamá hace una pausa, sin pedirme que esté de acuerdo o en desacuerdo, se limita a dejarme con mis pensamientos.

También hubo años en los que lo odié en silencio. Años en los que sabía que el hombre que me abrazaba antes de salir a dar una vuelta acababa de pegarle a mi madre. No le digo nada de eso. En cambio, pienso en las manos de Thomas, siempre tan cuidadosas conmigo, y en la expresión que tenía cuando deslizó esa concha marina en la palma de mi mano.

Pienso en todas las veces que Thomas me ha dicho*:* «Lo eres todo para mí». Y sé con cada fibra de mi ser que lo dice en serio porque yo siento exactamente lo mismo.

El contraste con la mirada errante de papá, al que se le va la vista cada vez que pasa una mujer, y sus excusas empapadas en whisky me da náuseas. ¿Cuánto ha cambiado? ¿Cómo era el hombre al que amaba mi madre?

Por más que lo intento, no consigo recordar a mi madre mirando a mi padre como yo miro a Thomas. Era demasiado pequeña, estaba demasiado ocupada, demasiado absorta en mi propio mundo. De niña, das por sentado que tus padres se quieren porque eso es lo que hace que una familia sea una familia. No te preguntas si son realmente felices.

—¿Y si pasa? —se me escapa antes de poder evitarlo—. ¿Entre... Thomas y yo?

Mamá se queda quieta. Sabe muy bien de lo que estoy hablando sin que tenga que decir nada más.

Despacio, se inclina sobre la mesa y, con dedos delicados, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Entonces pregúntate una cosa*:* «¿quiero luchar por algo que él ya ha destruido?*».*

Su alianza brilla al apartarse, como si no se hubiera enterado de que su matrimonio ya no está lleno de chispa.

—Cariño, ¿un hombre que te quiere de verdad?. —Mamá asiente con la cabeza hacia la ventana, donde la sombra de Thomas se mueve por el jardín y su voz se mezcla con el canto de las cigarras mientras ayuda a Shadow con la moto—. No te dará motivos para preguntártelo.

Se oye el portazo de un coche fuera. La voz de papá se alza para saludar, seguida de la risa familiar de Tanker.

El rostro de mamá se repliega. De repente, se levanta, y la silla raspa el linóleo.

—Tengo algo para ti —dice, continuando su recorrido por la habitación hasta desaparecer de mi vista.

Unos instantes después, aparece a mi lado con una cajita de terciopelo en la palma de la mano.

—Era de tu abuela —explica—. Si un anillo puede poseer algún poder, tendrás un matrimonio tan bonito como el que ella tuvo con mi abuelo.

Dentro hay una delicada banda de plata con un diamante en forma de pera en el centro.

Me levanto y la abrazo. Nunca llegué a conocer a mis abuelos, pero he oído historias sobre ellos. Siento que es un honor que no sé si merezco.

—Mamá... —me aparto y la miro a los ojos—. ¿Estás segura?.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre de golpe y se oyen pasos de botas en el pasillo. Siento que se me oprime el pecho, como cuando mi padre le puso las manos encima a Thomas. No sé si este sentimiento desaparecerá alguna vez.

—Tenemos que hablar —dice papá con la mirada fija en mamá antes de bajarla a la caja con el anillo.

Algo cambia en el semblante de papá, una emoción que no logro identificar se apodera de él. Los nudillos se le ponen blancos alrededor del marco de la puerta durante un instante antes de volver a moverse.

Siento que me encojo cuando pasa junto a mí para entrar en la cocina. Abre la nevera con una fuerza hercúlea, haciendo que la puerta golpee contra la pared. A continuación, se oye el ruido de

botellas al sacarlas del frigorífico, se abre una cerveza con los dientes y vuelve a cerrar la nevera de un portazo.

Mamá me aprieta la mano en un intento por calmarme o calmarse a sí misma, no estoy segura de cuál de las dos.

—Enhorabuena, princesa. —Oigo las palabras, pero no las interpreto como tal. No suena precisamente a felicitación. No me equivoco, porque antes de que pueda siquiera pensar en decir «gracias» vuelve a tomar la palabra—. Supongo que estás decidida a arruinarte la vida siendo tan joven.

Mamá da un puñetazo en la mesa del comedor.

—Déjalo ya —le espeta a mi padre. Las fosas nasales se le dilatan y yo desearía que no lo hicieran.

Todos sabemos cómo se le queda la cara cuando mi padre le da una bofetada. Ninguno de nosotros le ha visto pegarle, pero sea lo que sea que lleve la coca que se toma, está claro que le hace más atrevido con sus golpes.

—¿Qué? —Papá finge inocencia, extendiendo las manos. La cerveza se derrama y le gotea sobre las botas—. Ese chico no tiene nada más que ofrecer que unos nudillos rotos y esa moto de mierda.

Me muerdo las uñas y aprieto la mandíbula.

—Tiene más honor en el meñique que....

—¿Que quién? —La botella de papá golpea la encimera a sus espaldas. Tiene un pie delante del otro, como si estuviera deseando acercarse a mí. Como si me suplicara que diga algo que lo haga perder los estribos.

Puede que papá haya dejado que mi hermano decidiera qué pasaba con Thomas, pero está claro que el resultado no le gusta un pelo.

—¿Más honor que yo? —Su risa es entrecortada—. ¿Eso es lo que ibas a decir, princesa? No te eches atrás ahora. Encuentra la lengua y escúpeme tus palabras como si las sintieras de verdad. —Vuelve a coger la cerveza y le da un trago largo. La nuez se le mueve con determinación mientras traga y luego vuelve a mirarme directamente —. ¿Crees que este cuento de hadas va a terminar de forma diferente al de tu madre? Ni siquiera tienes dieciocho años y ya estás jugando a las casitas. Por Dios.

—Mejor eso que jugar a ser dictador —murmuro porque soy idiota, obviamente.

La habitación se queda en silencio y luego deja de estarlo cuando la botella de cerveza encuentra la pared adyacente. La bota de papá cruje sobre los cristales rotos mientras acorta la distancia entre nosotros.

Mamá se interpone entre los dos, dándome la espalda.

—Vete —le susurra a mi padre.

Por un instante, creo que va a hacerle caso. Pero entonces su mirada se posa en la caja de terciopelo que sigue abierta sobre la mesa.

Su risa me hiela la sangre.

—¿Plata? —Saca el anillo de la caja y lo sostiene entre el pulgar y el índice, mirándolo como si fuera un animal atropellado—. El cabrón ni siquiera ha podido comprar uno de oro, ¿eh?

Mamá se lanza hacia delante y le arrebata el anillo.

—Esto es mío.

—Nada bajo este techo te pertenece. —La voz de papá se reduce a un susurro—. Ni siquiera el permiso. Pero la chica lo sabe, ¿verdad? Sabe que no eres a quien tiene que pedirle permiso para casarse con ese cabrón. ¿Eres tan estúpida, princesa?

—No necesito tu permiso.

La sonrisa de papá es afilada como una navaja. Su risa lo es aún más.

—¿No? ¿Quién va a pagar por todo este circo?

Como todas las chicas, quiero un bodorrio con vestido blanco y alfombra roja. Quiero flores, música y sillas decoradas en exceso. Pero ¿*necesito* todo eso? No. Aceptaré a Thomas como mi marido en mitad de la nada con Hades como único testigo si eso es todo lo que puedo tener.

Papá chasquea la mandíbula a la espera de una respuesta, no me cabe duda. Estoy a punto de dársela cuando la puerta principal se abre de golpe. Esta vez es Shadow quien aparece en el umbral. El pánico se apodera de sus ojos al sentir la tensión que se respira en la sala.

Lleva unos vaqueros azul claro y una camiseta blanca de asas. Está cubierto de aceite de motor de la cabeza a los pies.

—¿Vick? ¿Estás bien?

Los puños de papá se cierran con fuerza.

Se hace el silencio.

Entonces, Shadow levanta un cable de embrague roto y señala a papá con la barbilla.

—La moto está jodida —dice—. Necesito tu llave dinamométrica.

La distracción es tan evidente que resulta casi insultante.

Papá exhala por la nariz.

Durante un segundo aterrador, pienso que tal vez se quedará para ver cómo acaba la pelea, pero entonces pasa junto a Shadow como un bruto y sale al patio, maldiciendo a toda su familia por ser tan inútil.

# DIEZ

# KNOX

La camioneta traquetea por la autopista atravesando el desierto nocturno con los faros. Mis dedos aprietan el volante, todos los músculos de mi cuerpo están tan tensos que parecen a punto de romperse.

Axe va sentado en el asiento del copiloto. No me hace falta mirarlo para saber que la tensión lo envuelve en oleadas.

Recarga su Glock metódicamente, listo para cualquier enemigo que se nos presente. Peleó como un campeón, pero supongo que la próxima vez no le importará tomar el camino fácil.

Intento no pensar en la próxima vez.

Cuando salí a la carretera, solo había un hijo de puta al que creía que tendría que matar. El hecho de que mi padre haya enviado a unos hombres tras Axe... Es mezquino, desquiciado y una puta mierda, todo en uno.

*Mi padre ha enviado a alguien tras él.*

Esa idea es como una granada lista para estallar en mi cabeza. Esto ya no es solo política de clubes. Es una sentencia de muerte. Y Axe ha recibido ese golpe por mí, por enfrentarse a mi padre en *mi* defensa.

En el asiento trasero, Runner mira por la ventanilla, pensativo. De vez en cuando, susurra un pensamiento solo para sí mismo.

Rodex está sentado a su lado, jugando con el móvil. Tanker ya está en el país de los sueños, con la cabeza apoyada en la ventanilla. Incluso mientras duerme, no suelta su arma. Lleva la escopeta en el regazo, lista para la acción, venga de donde venga.

Nadie dice palabra. El silencio me corroe. Hay algo de lo que Axe quería hablar, pero sé que ahora no es el momento. Éste se da cuenta de que lo estoy mirando.

—Mira a la carretera, Shadow —me dice.

Aprieto el volante con más fuerza. Sin embargo, hay otro pensamiento que no me abandona. Es una idea terrible empezar a cuestionar a los hombres que se han ofrecido voluntarios para protegernos, pero necesito saber si su lealtad es verdadera.

—¿Quién de vosotros le ha soplado a mi padre dónde estamos?

Rodex se aclara la garganta.

—No fue soplar —contraviene—. El jefe me llamó y preguntó si estábamos haciendo algún progreso. Yo... Él parecía estar bien. Como si se hubiera dejado de tonterías. Ya conoces a tu padre. Sabes cómo se pone a veces. Primero toma las decisiones equivocadas, pero le das una semana y vuelve a entrar en razón.

No discuto con él. El hecho de que lo haya confesado en lugar de mantener la boca cerrada significa algo. Además, tiene sentido. Es como cuando papá le dio una paliza a Thomas cuando se enteró de lo suyo con Victoria.

Es curioso lo opuestos que son ese cabrón y mi padre. Me pregunto si por eso Thomas le quitó la vida a Vick. Para darle una lección a mi padre. Para vengarse de él por haberle puesto la mano encima. Nunca pensé que alguien pudiera guardar rencor durante tanto tiempo, pero...

Niego con la cabeza. No. Había otra razón. Tenía que haberla.

Runner se inclina hacia delante y por fin aparta la mirada de la ventanilla.

—¿Crees que habrá más?

Axe no responde, se limita a mirarme.

*Sí.*

Porque si mi padre envió a uno, enviará a otros. Y la próxima vez, puede que no fallen.

Tanker resopla en sueños, murmurando algo sobre tequila. La normalidad de la situación casi me hace reír. Casi. Rodex consulta su reloj.

—Queda menos de una hora para llegar a Rutner.

Menos de una hora para tener respuestas.

Menos de una hora para volver a ver a Mina, viva o... No, no puedo pensar así. Volveré a tener a Mina entre mis brazos y a Thomas lo devorarán los gusanos.

La carretera se extiende ante nosotros, oscura e interminable. El motor ruge como un animal torturado, pero no aflojo. No puedo aflojar. No cuando cada segundo es otro segundo que Mina pasa en compañía de Thomas.

La rodilla de Axe rebota a mi lado. Sus dedos dictan un ritmo silencioso contra su muslo.

Uno, dos, tres... cuatro, cinco... seis.

Uno, dos, tres... cuatro, cinco... seis.

Es el mismo ritmo que usaba cuando me enseñó a disparar de niño. Es un recuerdo tan lejano que me sorprende que haya aparecido.

Thomas y yo habíamos colocado unos blancos detrás del granero. No lo hacíamos mal para nuestros estándares, pero Axe pasó por allí y negó con la cabeza ante nuestro esfuerzo.

Yo, que entonces era un listillo, le dije que lo único que él sabía disparar eran chupitos de tequila. Me demostró que estaba equivocado en milésimas de segundo, sacando su propia arma y derribando todas las botellas que habíamos colocado con un solo disparo.

Durante las siguientes horas, nos guio, nos dijo lo que hacíamos mal y nos dio consejos.

Sonrío al recordar aquello. De pequeño, no recuerdo que Axe me cayera bien. Siempre estaba muy triste, sentado detrás de su barra y creyéndose superior a todos. La única persona a la que no se limitaba a saludar con la cabeza era a mi madre. Pero ella tenía una forma de sacar lo mejor incluso de las personas más gruñonas. Sin embargo, desde aquel día, empecé a respetarlo mucho. Y ahora lo respeto aún más.

*Concéntrate. Respira. Aprieta.*

Runner gime en el asiento trasero cuando pasamos por un bache.

—¿Te importaría ir un poco más despacio?.

—Cállate o ve andando —le espeto.

Se calla.

# ONCE
# VICTORIA

Briana está siendo ridícula. Ridícula de remate, y yo estoy disfrutando cada segundo.

Tenía planes para decorar la fiesta sorpresa de cumpleaños de Thomas sin que él se enterara de nada.

El plan de Briana, sin embargo, implica que vayamos a comportarnos como unas adolescentes de trece años que acaban de saborear la libertad por primera vez.

En cierto sentido, siento como si fuera la primera vez que saboreo la libertad, ya que por fin puedo experimentar el amor abiertamente en el recinto.

Shadow cumplió su palabra. La prueba es que Thomas y yo hemos entrado juntos en el comedor, hemos paseado juntos por el recinto y nuestras cabezas siguen unidas a nuestros cuerpos.

No diría que mi padre está contento con el resultado, pero lo ha aceptado.

—Si nos disparan, tú serás quien nos saque las balas del cuerpo —le susurro a Briana, agachándome detrás del arbusto frente al bloque de apartamentos que ella llama su casa.

Tuvo la amabilidad de recoger la absurda cantidad de paquetes de Amazon que envíe a su dirección.

Todo eso lo he metido en una mochila. La misma mochila que estoy intentando sacar de los arbustos mientras hablamos.

Está atascada.

Yo estoy atascada.

Y, sinceramente, seguramente no debería haberme tomado ese último trago de tequila, pero qué más da.

Briana extiende una mano y, tras un buen tirón, consigue liberarme.

—Nadie va a disparar a alguien que va corriendo con un pasamontañas de purpurina rosa —responde Briana con una sonrisa en los ojos que brilla en la noche. ¿Y quién soy yo para quejarme? No es que pudiera haberlo hecho sola.

—Todo despejado —señala Crystal con una mano en alto mientras corre hacia mi casa. La casa de Thomas y mía. Quizás fui un poco presuntuosa al traer mis cosas, pero mi familia me tendió la mano y yo cogí hasta el codo.

Ahora que todo está «arreglado» entre mi padre y Thomas, se supone que debe volver al internado. Una parte de mí desearía que esta vez hubiera dicho que no, pero lo entiendo. No se trata solo de cumplir con la exigencia de mi padre o de no dejar a Shadow en la estacada. A Thomas le gusta la formación que recibe allí y solo le queda un año para volver definitivamente a Marno Bay.

Esta vez, sin embargo, no será como la última vez que se marchó. Estamos comprometidos. Nos hemos jurado lealtad de una forma diferente. Nuestro gran secreto oscuro ha salido a la luz. Y cuando haya ahorrado suficiente dinero, podré ir a visitarlo. O Thomas podrá volver un fin de semana. Haremos que el asunto funcione, eso es seguro.

Tal y como están las cosas, disfruto cada minuto que podemos pasar juntos mientras puedo.

El corazón me da un vuelco cada vez que pienso en lo lejos que hemos llegado desde que nos veíamos a escondidas detrás del comedor y nos colábamos por las ventanas de nuestros cuartos. No pienso en el día en que todo cobró vida. No pienso en el dolor que ambos hemos tenido que soportar. Todos los pensamientos que dejo entrar en mi cabeza son buenos.

Abro la puerta y tiro la mochila sobre la encimera de la cocina. Tenemos que darnos prisa. Si hay algo que destacar de Thomas, es que le gusta llegar a casa lo antes posible. Atrás quedaron los días en los que se quedaba charlando con los chicos hasta altas horas de la madrugada. Supongo que tiene algo que ver con el número de ellos que se quedaron allí mirando cómo mi padre lo molía a palos sin intervenir.

Las chicas y yo nos ponemos manos a la obra, decorando la casa como la peor pesadilla de un motero.

Hay confeti brillante, globos y plumas. Una pancarta que dice «Feliz cumpleaños, gilipollas». Y huele al pastel de chocolate que saqué del horno hace solo una hora. Ya se ha enfriado bastante, así que me pongo un delantal y me pongo a trabajar en el glaseado mientras las otras chicas se encargan de colgar las serpentinas y los globos.

Brianna coge un taburete de la barra de la cocina y lo arrastra hasta el salón.

Un golpe en la puerta nos hace saltar a todas del susto.

—No es él —susurra Natasha, abriendo la puerta para que podamos ver a las policías que están fuera.

Las miro de arriba abajo y apruebo sin reservas sus atuendos. Son sexis, pero realistas. Serán ellas quienes irán a recoger a Thomas al club, con la excusa de que han entrado a robar en su casa. Es una tapadera estúpida, extremadamente inverosímil, pero bueno.

Me emociona imaginar cómo va a ser todo.

—Pasen, señoritas.

Repaso el plan para esta noche con ellas una vez más antes de comprobar las reservas de alcohol.

—Nos queda poco vodka —me quejo, cerrando el armario—. Marie, ¿te importaría enseñarles dónde colocar la barra? Y Crystal... Por Dios, Crystal, baja de ahí. ¡Brianaaaa... ayúdala antes de que se rompa todo el culo!

Briana se acerca a Crystal, que ha decidido que la barra de dominadas de Thomas será su entretenimiento esta noche. Está

colgada de una pierna, con el cuerpo contorsionado en una postura que intenta, sin éxito, vencer a la gravedad.

Briana corre hacia ella y la gira de un lado a otro. Crystal se ríe como si fuera lo más divertido del mundo antes de caer con un golpe seco. Su cara se contrae cuando el dolor la atraviesa.

—Tenías razón, Vick, ha sido una idea terrible.

Me río. Sin duda, esta va a ser una noche de locos.

Marie se tambalea al alejarse.

—No creo que haya que preguntar dónde está el vodka —reflexiona Lina, riéndose entre dientes. Tiene razón. Si fuera una chica a la que le gustaran las apuestas, apostaría a que encontraría media botella en el estómago de Crystal y la otra mitad en el de Marie.

Dejo a Briana a cargo de poner todo en orden y de que las chicas no se desvíen de su camino mientras yo salgo a por más bebidas.

A pesar de que el bar está a menos de cinco minutos a pie de casa, ojalá me hubiera llevado una chaqueta.

Me froto los brazos mientras cruzo corriendo el recinto. Todo está muy tranquilo, con todo el mundo encerrado en distintos edificios. Reina un silencio inquietante. Casi. El habitual murmullo de actividad se ha silenciado por completo. Tanto que se oye el canto de los grillos y los mapaches revolviendo en busca de nuevos escondites.

Empujo la puerta del bar y las bisagras apenas hacen ruido. Abro los labios, dispuesta a preguntarle a Axe cuántas botellas de vodka necesitaré para mantener contentos a quince moteros ruidosos durante toda la noche y quizá si le apetece unirse, pero... Axe no está aquí.

Me dispongo a dar media vuelta y coger unas cuantas botellas cuando oigo unos ruidos sordos que provienen del otro extremo del bar, donde se guardan los suministros.

Debo ser cautelosa. Debería dar media vuelta y marcharme. Pero este es mi hogar. Este es mi club, por mucho que a veces lo odie. Nadie pasa nuestra seguridad a menos que sea de aquí.

Corro hacia el ruido, abro la puerta de un tirón y espero... espero muchas cosas, pero desde luego que a mi madre no.

Sus labios forman una O, sus ojos se abren como platos cuando la miro.

Miro a Axe.

Los miro a los dos.

Mamá está casi desnuda, pero se apresura a remediarlo.

—Victoria —susurra.

La habitación se inclina.

La cabeza me da vueltas.

—Te matará —digo—. Mamá eres mujer muerta y me miras como si ni siquiera lo supieras.

—Vick, deja que te lo explique.

Axe se pone la chaqueta, sin mirarme a los ojos, y me empuja al pasar.

—¿Que te deje explicarte? Sé lo que he visto y no hay explicación posible. Pareces haber olvidado con quién estás casada. —Niego con la cabeza—. ¡Los cojones! ¡Pareces haber olvidado que *estás* casada!

—Estás muy lejos de entender lo que has visto.

Ella me coge de la mano y yo estoy tan débil, tan nerviosa, que ni siquiera puedo apartarme de ella.

La miro fijamente. La miro de verdad. El moratón que tiene alrededor del ojo. El labio roto que intenta cubrir con un pintalabios que es casi color sangre. Hace poco mi padre le recordó lo poco que controla sus puños y... sin embargo, aquí está ella. ¡Haciendo esto!

—¿Cuánto tiempo? —le pregunto. —¿Hace cuánto tiempo lleva pasando esto?.

—Más tiempo del que tú llevas viva —responde mi madre con frialdad, y mi corazón se hunde, deseando que me hubiera mentido. Deseando que nunca me hubiera cargado con esta verdad.

Porque esta verdad me ha llevado a descubrir un millón de verdades más.

Un millón más de mentiras.

Vuelvo a la fiesta con un nudo en el estómago y una botella de vodka en cada mano.

A través de la neblina, veo cómo el mundo gira a mi alrededor. Sonrío cuando se supone que debo sonreír. Río cuando se supone

que debo reír. Pero no me llega a los ojos, porque solo hay espacio para la tristeza y el miedo.

Thomas entra en la habitación, completamente conmocionado, y ni siquiera puedo disfrutarlo. Lo único que sé es que me alegro de que las strippers que he traído sean buenas en su trabajo. Thomas es el cumpleañero y, aunque puedo ver en sus ojos que lo único que quiere es comprobar que estoy bien, no tiene más remedio que ser el centro de atención. Lo guían hasta el sofá. Hacen su pequeño espectáculo de striptease. Le echan los brazos al cuello y las piernas a la cintura.

Mueven el culo rápido y despacio, y lo único que puedo preguntarme es si mi madre se ha ido a casa o si sigue encerrada en el bar con Axe.

Toda la noche transcurre sumida en un aturdimiento y lo odio.

Thomas supo que algo iba mal y eso también lo odio. Odio haberle arruinado el cumpleaños con mis tonterías. Excepto que en realidad no son *mis* tonterías. Son de mamá y ahora yo estoy nadando en ellas. Decepcionada, preocupada y enfadada. Tan enfadado que no pude ni contestar cuando llamó. Tan enfadada que ni siquiera podía beber por miedo a que el alcohol me soltara la lengua y me hiciera decir o hacer algo o reaccionar de una manera ilógica.

Así que desempeñé mi papel lo mejor que pude.

Solo cuando todos se acostaron, me permití romperme en mil pedazos.

Me ahogué en esas lágrimas. Ahogué a Thomas en mis lágrimas.

Qué estúpida fui al pensar que descubrir la infidelidad de mi madre era lo peor que podía pasarme esa noche. Sobre todo, cuando Thomas me dijo que no era para tanto. Me recordó que mi madre tenía todas las razones del mundo para dejar de querer a mi padre. Pero eso no significaba que tuviera que caer en brazos de Axe. ¡De Axe! De entre todas las personas, ¿por qué él?

¿Cómo podía un hombre que apenas habla, un hombre que parece haber nacido y crecido en la desgracia, ser quien la hiciera sentir mejor?

No tenía respuestas, solo preguntas. Muchas preguntas. El problema era que, por mucho que no quisiera quedarme en la ignorancia, me aterrorizaba descubrir toda la verdad.

Thomas me planta un beso en la cabeza.

—Deberíamos irnos a la cama. Por la mañana podrás pensar con más claridad.

Estoy a punto de decirle lo equivocado que está cuando la puerta se abre de golpe con la fuerza de un huracán.

Thomas saca la pistola antes de que yo pueda siquiera levantarme del sofá. En cuanto ve la cara de mi hermano, la pistola cae al suelo con un ruido similar al de los latidos de mi corazón.

Shadow me mira y yo miro a Shadow, y la expresión de su rostro solo puede significar una cosa.

—Ella —empieza a decir, y aunque le digo que se calle, que cierre la boca, que no se atreva a decir ni una palabra más, sus labios siguen moviéndose. Pero yo no quiero que lo hagan. No quiero que Shadow esté aquí, en mi casa, mirándome como me está mirando.

Me veo corriendo hacia él, con las piernas débiles, pero que me llevan de todos modos. Tengo los puños tan apretados que las uñas se clavan en las palmas.

Creo que quiero golpear a Shadow, devolverle las palabras a la boca, pero en lugar de eso, mi cuerpo se estrella contra el ladrillo que es su pecho y me detengo. Sus músculos, sus brazos me rodean mientras me atrae hacia él. Mientras me abraza. Más fuerte que Thomas cuando lo hizo antes. Como entonces, yo me estaba desmoronando poco a poco, y ahora estoy hecha pedazos imposibles de recomponer, pero él lo intenta de todos modos, decidido a volver a unirme con sus propias manos, sus brazos y su pecho.

—Mamá se ha ido, Vick —dice con voz entrecortada, las palabras suenan forzadas, como si no estuviera acostumbrado a decirlas.

He oído a Shadow enfadado, preocupado y decepcionado un millón de veces, pero este tipo de tristeza no le pega. No me encaja y tiene sentido que no, porque él no debería estar aquí y yo no debería estar en sus brazos y las palabras que está diciendo no deberían salir de su boca. Pero por mucho que lo intento, no puedo moverme.

—No —susurro.

—Se ha ido, Vick.

No sé por qué sigue repitiéndome eso. Por qué sigue repitiendo esas palabras como si necesitara que las oyera.

—Retíralas —le susurro—. Retíralas, joder.

Pero el cuerpo de Shadow tiembla demasiado como para poder retirarlas. Me aprieta más contra su pecho, su tristeza lo sacude a él y a mí.

—Se ha ido. Se ha ido, joder, Vick.

—No. Para. Por favor —le suplico.

Cuanto más me abraza Shadow, más pienso que quizá no está intentando mantenerme entera por mi bien, quizá me necesita como su pegamento. Quizá, si me suelta, él también se desmoronará por completo.

# DOCE
# VICTORIA

Mi madre se ahorcó. Al menos, esa es la versión oficial. He estado intentando asimilar lo que vi aquella noche y relacionar su muerte con lo que había hecho solo unas horas antes.

Estoy sentada en mi habitación, incapaz de moverme, con solo el sujetador y las bragas puestos. La ventana está abierta y un ligero escalofrío me recorre la piel, y aunque la manta está a solo unos centímetros, tampoco me muevo para cubrirme. Me quedo sentada, observando cómo la cortina ondea con el viento como un fantasma. El tejido blanco se mueve de un lado a otro, de un lado a otro.

Mi atención solo se desvía cuando entra Thomas, con el pelo aún mojado por la ducha. Ya está completamente vestido, con una chaqueta motera negra sobre la camisa abotonada.

Se va a resfriar si sale así, pero las ranas criarán pelo antes de que se seque el pelo con un secador.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, se quita la chaqueta y la coloca junto al vestido negro al borde de la cama. Mi vestido. El vestido que debería llevar puesto ahora mismo. Lo elegí con mucho cuidado, asegurándome de que fuera perfecto.

No creo haber dedicado tanto tiempo a elegir mi vestido de novia como a este vestido. Un vestido con péplum. Ni demasiado ajustado,

ni demasiado holgado. La falda alrededor de la cintura se abre lo justo, pero no demasiado.

Presté atención a cada detalle, a cada patrón. Me aseguré de que quedara perfecto. Y así era. Podría llevarlo puesto para dormir y sentir la misma comodidad que cuando me pongo mi pijama de seda. Pero ahora no quiero ponerme ese vestido. Al igual que no estoy segura de si alguna vez me pondré mi vestido de novia. ¿Cómo puede una hija casarse rodeada de gente que no incluye a su madre?

—Ese vestido siempre será el vestido que llevé al funeral de mi madre —le digo a Thomas, que ahora está sentado en el borde de la cama, tan cerca del vestido que solo tiene que mover la mano unos centímetros para tocarlo.

Él asiente con la cabeza.

—Esas bragas también. Y ese sujetador —dice—. Y cada vez que te sientes en la cama con las piernas cruzadas, siempre será como te sentaste antes de ver cómo bajaban a tu madre a la tierra. Y esta casa siempre será el lugar donde te enteraste de su muerte, y siempre estarás enfadada contigo misma por estar enfadada con ella.

Siento cómo se me llenan los ojos de lágrimas, pero no dejo que se derramen. Todavía no. En cambio, escucho atentamente a Thomas. Si alguien sabe lo que se siente, es él. Quería a su madre con todo su corazón y la perdió. También perdió a su padre. Y todo eso en muy poco tiempo.

—Te despertarás cada mañana como lo has hecho durante la última semana y, aunque por un segundo olvides que ella ya no está, en lo más profundo de tu alma sabrás que algo no va bien en el mundo. Y entonces lo recordarás todo de nuevo. Dónde estabas y cómo te sentías, e intentarás no derrumbarte, y quizá no lo hagas de inmediato. Pero luego estarás a punto de meterte en la ducha o coger el cepillo de dientes o ponerte los zapatos o cerrar la puerta del coche y todo el mundo se rebobinará y volverás a estar allí, en ese momento, sintiéndote como la primera vez que lo oíste.

Se acerca, me coge la mano y me la aprieta.

—Pero no tienes que derrumbarte sola —asegura.

Yo aprieto la suya, asimilando sus palabras. Nada de lo que ha dicho debería hacerme sentir mejor. No me ha asegurado que vaya a estar bien, que vaya a seguir adelante, que al final dejará de doler.

Creo que eso es lo que más aprecio. La honestidad de que la vida puede ser una mierda a partir de ahora y que tendré que lidiar con ello.

Pero hay un asunto muy grave que no puedo ignorar, la muerte de mi madre, con el que también tengo que lidiar.

Respiro hondo.

—Thomas —lo llamo, esperando a que me mire de verdad antes de hacerle la pregunta. Cuando lo hace, le mantengo la mirada, necesitando ver su reacción más que oírla—. ¿Crees que se suicidó?

No sabe cómo responder. Y yo no estoy segura de querer que lo haga, así que me apresuro a expresar mis pensamientos antes de que pueda cambiar de opinión.

—Es solo que... si murió, entonces es culpa mía, ¿no? Por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Por dejarle saber lo decepcionada que estaba porque hiciera algo tan estúpido. Pensaré que quizá se suicidó porque tenía miedo de que se lo contara a papá...

—Ella sabía que no lo harías.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé —afirma con tanta confianza que algo en mi alma atormentada se calma.

—¿Puedo decir algo más?

Thomas asiente. Las lágrimas brotan antes que las palabras, pero a pesar del nudo del tamaño de un balón de fútbol que tengo en la garganta, obligo a mi voz a funcionar.

—Shadow ronda a papá —digo, sin expresar directamente mi sospecha, sino permitiéndole llegar a ella como yo lo hice. Hago una pausa, lo miro un momento y luego vuelvo a hablar—. Shadow tiene pecas.

—Victoria, para —dice, haciéndome saber que sabe exactamente adónde quiero llegar. Pero no me detengo.

No puedo parar.

—Shadow tiene las cejas gruesas y las de papá son finas como una aguja. Su labio superior tiene un pequeño arco y las pestañas....

—Victoria, PARA. —Thomas salta de la cama, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido—. Ni una palabra más. Ni una puta palabra más, ¿me oyes?

Le oigo. Alto y claro. A pesar de no querer responderme, lo ha hecho. Me está respondiendo ahora mientras da la vuelta a la lámpara de la mesita de noche y me grita que me estoy pasando de la raya, que tengo que recomponerme y sacarme esos estúpidos pensamientos de la cabeza. Que nunca, a nadie, le pronuncie palabras similares a las que le acabo de decir.

Pero necesito su ayuda en esto. No puedo permitir que lo que le pasó a mi madre quede enterrado bajo un felpudo imaginario.

Thomas sigue golpeándose el pecho, sigue gritándome cuando se abre de golpe la puerta del dormitorio y entra Shadow muy cabreado. Agarra a Thomas por el cuello y lo empuja contra la pared.

Thomas no se defiende y yo no detengo a Shadow. No lo detengo porque, cuando finalmente le exponga mis sospechas, su mundo se hará pedazos. No puedo intervenir porque la madre de Shadow acaba de morir. *Nuestra* madre acaba de morir. Y hay muchas cosas que él no sabe.

Joder, *yo* tampoco sé nada con certeza, pero estoy tan segura de tener razón que dejo que Shadow estrangule a Thomas más tiempo del que debería.

*—¿Hace cuánto tiempo que lleva pasando esto?*

*—Más tiempo del que tú llevas viva.*

La última conversación con mi madre resuena en mi cabeza. No tenía por qué decir tanto. Tampoco tenía por qué decir tan poco. Pero en todas las palabras que no dijo, intentaba decirme más de lo que yo quería saber.

Quizá mi madre se suicidó. Quizá la culpa la estaba consumiendo. Esa culpa ahora también me está consumiendo a mí, y ni siquiera me pertenece.

Cuando por fin Shadow respira hondo, se vuelve hacia mí. Me pregunta si estoy bien. Asiento con la cabeza, aunque es una puta

mentira. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Nunca había pensado en a quién se parecía Shadow. Nunca había comparado sus rasgos con los de mamá o los de papá. Al menos, no realmente. No antes de que mamá plantara esa semilla en mi cabeza. Ahora lo hago de nuevo, mientras Shadow me mira con tristeza en los ojos.

Ha malinterpretado completamente la situación. Cree que Thomas es el malo de la historia y no hay forma de que, el día del funeral de mi madre, le diga que quizá ella también tenía algo de mala.

Ni loca le voy a decir que cuando miro sus cejas, su boca y sus pestañas, veo a Axe. Hoy no. Pero algún día. Tiene que saberlo. No es el tipo de secreto que una madre debería ocultarle a su hijo, y no se puede esperar que yo, su hermana, lo guarde.

Aparto la mirada de Shadow, tiro de la manta de la cama y me cubro. Luego me acerco a Thomas, que me clava una mirada como nunca me había clavado antes.

—No te atrevas, joder —me advierte.

Puedo sentir a Shadow respirando fuego al otro lado de la habitación. Está dando vueltas. A la espera. Listo para atacar si Thomas hace algo para hacerme daño.

Si él supiera…

Si tan solo supiera que la única intención de Thomas, la lámpara rota y los gritos, los insultos que me ha lanzado como nunca antes lo había hecho, son para *protegerlo*.

# TRECE

# KNOX

El letrero de neón de Shop and Save parpadea como un loco cuando entramos derrapando en el aparcamiento.

Es poco después de la una de la madrugada, así que, aparte del típico yonqui y una madre que acaba de darse cuenta de que se ha quedado sin pañales, no hay nadie por la zona.

Apago el motor y el silencio repentino resuena en mis oídos.

Axe ya ha abierto la puerta.

—Runner, quédate en la camioneta.

—Pero... —empieza a protestar, pero al ver la mirada que le lanza Axe, levanta las manos en señal de rendición—. Me quedaré en la camioneta —accede en un tono que haría pensar a cualquiera que lo escuchara que había sido idea suya.

Tanker y Rodex salen del vehículos con las armas apuntando hacia abajo pero preparadas.

Axe me mira y asiente con la cabeza hacia la tienda.

—Tú vas delante —dice. No es que yo lo hubiera hecho de otra manera.

Una sensación que no logro identificar me recorre las venas. Estoy tranquilo. Demasiado tranquilo, tal vez. Aunque no soy sensato. Demasiados pensamientos se agolpan en mi mente.

Respiro hondo para intentar calmarlos.

Las puertas automáticas se abren antes de que lleguemos a menos de medio metro. Al parecer, el ruido es demasiado fuerte para el hombre que está bebiendo cerveza apoyado contra la pared junto a la puerta. Está sentado con las piernas cruzadas y la mirada llena de pánico mientras nos mira de arriba abajo.

—No somos la policía —dice Rodex por encima del hombro en tono burlón.

—No —dice el hombre sacudiendo la cabeza—. Algo más aterrador. —Empieza a rezar o a maldecir. No soy lo suficientemente creyente como para distinguir entre ambas cosas.

Dentro de la tienda, el olor a lejía y azúcar rancio se arremolina en el aire. Hace frío aquí dentro, el aire acondicionado está a una temperatura ártica.

Hay una chica rubia en el mostrador, con los pies levantados como si estuviera disfrutando de un día de playa. Es completamente ajena a la realidad mientras se ríe de algo en la pantalla de su móvil. Con estas temperaturas y esos pantalones cortos, debería estar helada.

Como en la peor pesadilla de cualquiera, avanzamos por la tienda con paso pesado y deliberado.

—Jake —grito, aunque no hay ni un alma a la vista, salvo la cajera—. Sr. Broman, tiene visita.

Jake sigue sin aparecer. Por supuesto, es muy probable que Jake ya haya terminado su turno. Quizás debería habérselo preguntado cuando hablamos antes.

Justo cuando estoy a punto de sacar el móvil para llamar a mi nuevo amigo, la cajera se acerca a mí y me pincha el brazo con una uña larga.

Apenas mide metro y medio y es mona, pero de una forma un poco rara. Nariz respingona, labios carnosos y pecas hasta el infinito. No es mi tipo, pero por la forma en que la miran los demás chicos, no hay duda de que estarían más que felices de llevarla a dar un paseo para el que no haga falta una moto.

Les pongo los ojos en blanco.

—Es tan joven que podría ser hija de todos vosotros.

—Tengo veinticinco años —replica ella con aire desafiante.

—Pues parece que dejaste de crecer hace veintitrés.

Parece que eso le gusta. Sonríe ampliamente y se muerde el labio inferior.

—¿En qué puedo ayudarles, apuestos caballeros?.

—No somos ni apuestos ni caballeros —le digo—. Una niña pequeña como tú debería tener más cuidado con a quién le hace ojitos.

—Oh, más bien soy de buscar de emociones fuertes.

Joder.

—Estamos buscando a Jake —le digo. Si sigue tonteando, podría perder a más de uno de mis hombres en el armario de los suministros.

—¿Es amigo vuestro?.

—Se podría decir que sí....

No espera a que termine la frase y ya se ha ido saltando en la otra dirección.

—Oye —le grito, dándome cuenta de que la señorita coqueta probablemente estará mucho más dispuesta a darnos lo que necesitamos que Jake. Quiero decir, él acabaría cediendo, pero ¿por qué arrancarle las palabras de la boca si no es necesario?—. Quizá no necesitemos a Jake —digo—. Pareces una chica inteligente, quizá seas todo lo que necesitamos.

Ella se echa el pelo hacia atrás y me guiña un ojo.

—No tienes ni idea de lo mucho que me gusta cómo suena eso.

Pues claro que le gusta.

Me tiende la mano y yo se la estrecho a regañadientes.

—Penélope —se presenta—, pero puedes llamarme Pip, así me llaman todos mis amigos.

—Pip —oigo gruñir a Rodex a mi lado y le lanzo una mirada que dice: «El asunto que tenemos entre manos no está en la ropa interior de esta chica».

—Entonces, ¿en qué soy mejor que Jake? Quiero decir, aparte de en todo. Ese tío se echa como diez siestas al día. —Hace una pausa. Sonríe—. Para ser justos, ha estado trabajando varios turnos seguidos y....

—Penélope —la interrumpo, cortándola.

Me mira con el ceño fruncido.

—Pip —dice—. Somos amigos, ¿recuerdas?

—No somos...

Ahora es ella quien me interrumpe.

—Si quieres que te haga algún favor, tendrás que llamarme Pip.

La verdad es que se me ocurren un millón de formas de conseguir que haga lo que yo quiera. El problema para ella es que la mayoría empiezan con mi navaja y terminan con mi pistola.

Por suerte para Penélope, no tengo que recurrir a amenazas porque, antes de que me dé cuenta, Tanker la rodea, la coge del brazo y la acompaña hasta la entrada de la tienda, llamándola Pip y todo tipo de cursiladas como bizcochito, caramelito y cielito mío.

Salta a la vista que el tío está hambriento y la comida que ha elegido cuelga de sus brazos en este momento.

—¿Tienes acceso a las cámaras? —le pregunta Tanker. Podría vomitar por lo empalagosa que es su voz, pero de alguna manera consigo evitar que la bilis me suba por la garganta.

—¡Por supuesto! —responde Penélope antes de seguir contando lo que estaba haciendo cuando entramos en la tienda. Es incluso mejor que tener acceso a las cámaras. El pasatiempo favorito de Penélope es revisar las putas cámaras y publicar cualquier cosa que merezca la pena en todas sus redes sociales.

—Es algo así como People of Walmart —dice—. Deberías buscarme. Mi usuario es shopandsave_disasters. Subo cosas muy buenas. —Vuelve a guiñarle el ojo a Tanker—. Vamos, coge el móvil.

—No tiene TikTok ni Instagram ni ninguna de esas mierdas —intervengo.

Penélope se queda boquiabierta.

—¿En qué siglo vivís?. —Niega con la cabeza antes de meter la mano en el bolsillo de Tanker.

El cabrón no se mueve ni un centímetro mientras ella le saca el móvil, desliza el dedo por la pantalla y se lo apunta a la cara.

Me acerco, observando cada clic que hace, solo para asegurarme de que no nos está estafando, pero también porque Tanker está ocupado jugando al cachorrito enamorado con una chica que acaba de conocer.

La chica descarga Instagram, registra a Tanker y se sigue a sí misma. Cuando abre su perfil, casi se me salen los ojos de las órbitas. Dos putos millones de seguidores.

—¿Cómo coño conoces a tanta gente? —le pregunto, estupefacto de cojones.

—Ellos me conocen a mí. Yo no los conozco a ellos. Se podría decir que soy famosa. La verdad es que no necesito este trabajo en Shop and Save. Solo estoy aquí por el contenido.

—Hablando de contenido —digo—. ¿Qué tal si vamos al motivo por el que hemos venido aquí? Estoy buscando a mi novia. Tu amigo Jake dice que vino aquí anoche, le pidió prestado el móvil para llamarme y...

—¿Se ha escapado?

—Algo así.

—Con lo gruñón que eres, no puedo culparla.

Me muerdo la lengua.

—Estoy tratando de encontrar el coche en el que se subió cuando se fue.

Penélope se rasca la cabeza.

—Mmm. No encontrarás ese tipo de contenido en mi perfil. Anoche no pasó gran cosa. Aunque había un chico aquí con el que deberíais poneros en contacto. Los tres al lado de él seríais el sueño húmedo perfecto. Estaba cachas y tenía tatuajes. Solo que era un poco... bueno, un poco menos aficionado al cuero. Podríais montar un grupo musical. O uno de esos espectáculos de striptease al estilo Magic Mike. Yo me apuntaría sin dudarlo.

Escucho las palabras que salen de su boca. No tengo ninguna duda de que está hablando de Thomas. Me cuesta un esfuerzo hercúleo decirle que lo único a lo que se va a unir ese cabrón es al fondo de un agujero muy profundo. En cuanto a lo de desnudarse... es más que bienvenida a ver cómo le desnudo los huesos de ese cabrón. Cuando haya terminado con él, ni el diablo sabrá si es humano o animal.

—Babeaste por él como babeas por nosotros —le digo en su lugar.

Ella teclea en su móvil.

—Tenía novia. Me gustan los hombres solteros. Aunque, para ser justa, por la forma en que volvió corriendo a su furgoneta y empezó a aporrear el volante, no creo que esa chica se quede mucho más tiempo. Y... aquí está.

Me pasa el móvil con el vídeo ya en marcha. Las ganas de darle un puñetazo a Thomas en la cara aumentan con cada segundo que pasa.

En lugar de eso, saco un bolígrafo del bolsillo. Por primera vez, tenemos un número de matrícula claro.

—¿Me envías el vídeo? —le digo, devolviéndole el móvil a Penélope—. Y de la chica que estaba con él, ¿puedes buscarme un vídeo? Desde que entró en la tienda hasta que se marchó.

Penélope, por muy molesta que pueda resultar su sonrisa, su alegría y su necesidad incesante de hablar, es una fuente muy útil.

En un santiamén, tiene vídeos de Mina dentro y fuera de la tienda, entrando y saliendo, y me los envía a mi móvil.

Por difícil que sea, espero hasta estar fuera, en la camioneta, para verlos.

# CATORCE
# MINA

Nunca consigo reunir el valor ni la estupidez necesarios para huir. En lugar de eso, camino con Thomas siguiéndome con la furgoneta antes de aceptar que esta noche no es la noche en la que voy a liberarme.

Cuando Thomas me dice por enésima vez que suba a la furgoneta, obedezco. A regañadientes, sí, pero obedezco porque huir ahora es una sentencia de muerte asegurada.

La furgoneta sale del aparcamiento y siento como si las ruedas estuvieran aplastando mi orgullo, mi fuerza y mi esperanza. Pienso en todas las formas en que podría haber salido esta noche. En todas las oportunidades que, *técnicamente,* he tenido para escapar de esta pesadilla. Me pregunto si soy un idiota por no haberlas aprovechado. Si estaba siendo prudente o una estúpida. Demasiado cautelosa o una imbécil.

Thomas y yo pasamos el trayecto en silencio. Él se siente mal. Mi *secuestrador* se siente mal. Todo esto es enfermizo. Miro por la ventanilla, viendo pasar el mundo. Viendo pasar mi libertad.

*Joder.*

*Me cago en todo.*

*Que te jodan, Knox, por no contestar al móvil.*

*Que te jodan por estar demasiado ocupado para salvar a la chica cuyo secuestro es el resultado de la venganza de tus enemigos.*

No. No puedo pensar así. Esto es culpa de Thomas. Toda la culpa es suya. De nadie más.

No tardamos mucho en aparcar de nuevo frente a la casa. La misma en la que hemos pasado las últimas noches. La que habría sido fácil de encontrar si hubiera conseguido decírselo a alguien. A cualquiera. No solo a Knox. Podría haberlo hecho, ¿no? ¿Escribir una nota? E incluso si no confiaba en que la policía fuera a encontrarme, podría haber escrito una nota en el móvil de ese chico. Pedirle que pasara el mensaje.

Niego con la cabeza, enfadada conmigo misma porque haber perdido esa oportunidad es mi culpa. Abro la puerta y salgo de la furgoneta. Obligo a mis piernas a avanzar hasta la puerta principal. Thomas abre. De nuevo, sin decir nada. Está sumido en sus pensamientos, igual que yo en los míos. Antes de entrar, se gira hacia mí. No alzo la vista. No quiero mirarle a los ojos. Aun así, veo que abre los labios, como si quisiera pedirme perdón otra vez. Paso junto a él sin detenerme.

No hay cerrojos en las puertas de la casa. Ni en el baño ni en el dormitorio. Mi intento de mantener a Thomas fuera mientras trato de obligarme a dormir es débil.

Hay una cómoda que contiene la poca ropa que he acumulado durante mi tiempo a la fuga con Thomas. La empujo contra la puerta, sabiendo perfectamente que Thomas no se privará de entrar si le apetece. Y le apetece.

Menos de una hora después de haber entrado en el cuarto, el sonido de madera contra la madera resuena en la habitación cuando Thomas entra empujando.

Cierro los ojos con todas mis fuerzas, esperando que él aparezca, compruebe que no he roto los barrotes de la ventana y haya escapado hacia la libertad, se dé la vuelta y se marche.

Esta noche, puedo enfadarme.

Esta noche, los papeles se han invertido y Thomas cree que tenemos un plan y que yo estoy totalmente comprometida... o al

menos lo estaba hasta que dejó muy claro que no *confía* en mí. Que no me *cree*.

—Mina —susurra justo cuando la cama se hunde para acomodar su peso.

No respondo.

Acaricio mi vientre, donde una versión diminuta de Knox y mía ha encontrado su lugar de descanso.

En algún momento tendré que huir, porque este bebé acabará dando señales de su presencia. Cuando lo haga, tendré que estar segura al ciento cincuenta por ciento de que Thomas no podrá encontrarme. No habrá forma de que me arrastre de vuelta a su prisión.

—Mina, lo siento. —Su voz está teñida de tristeza, como si supiera que la ha cagado y hará lo que sea para que yo lo perdone.

Cualquiera que nos escuchara no pensaría que somos lo que somos el uno para el otro. Querría que lo perdonara. Sentiría un nudo en el corazón al oír cómo me llama. Yo, en cambio, siento hielo en el pecho. Hielo y fuego. Y cuando Thomas me toca, cuando sus dedos rozan mi brazo, creo que voy a explotar. Pero no puedo.

—Lo siento mucho, Mina —repite. Ahora tiene la cabeza cerca de la mía. Su aliento me hace cosquillas en la oreja. Su boca se presiona contra mi mejilla. Sus brazos me giran para que quede de cara a él.

Solo entra un poco de luz por la puerta entreabierta, pero es suficiente para ver cómo me mira.

Hay algo de ternura en sus ojos, igual que en su voz, y quiero que pare. Quiero que vuelva la ira. Quiero al Thomas que era cruel, que me odiaba solo por mi relación con Knox. Cualquier versión de Thomas es mejor que la que tengo delante, cuyos dedos recorren mis labios y cuya boca se acerca cada vez más hasta que se presiona contra la mía.

—Lo siento muchísimo, Mina —me susurra, rogándome que acepte su beso. Que le permita arreglarlo todo sin palabras.

No sé si es por la conmoción de la situación o por el hecho de que sé que si lo beso como es debido, podré ganarme aún más esa

confianza que me llevará a la libertad, pero me doy cuenta de que no me muevo. No le devuelvo el beso, al menos al principio.

—Déjame hacerte sentir bien.

Él no sabe que no puede. Y yo no puedo decírselo. Se siente vulnerable y delicado, y ambas cosas significan que podría cambiar en cualquier momento.

Si se da cuenta de que aquí no hay amor que ofrecer, volverá al odio, así que abro la boca para él. Abro la boca y dejo paso a su lengua.

Dejo que sus manos se deslicen bajo mi camiseta, que jueguen con mis pezones. Me gustaría decir que no sentí nada. Que ya lo he hecho antes y que ahora soy una experta. Pero, al igual que la primera vez, lo siento *todo*. Cómo me quita la ropa. El fuego que arde en mis terminaciones nerviosas cuando me baja las bragas. El tirón del hilo de mi tampón y el peso de sus dedos al sustituirlo.

Hay desesperación en cada una de sus caricias y, cuando me mira, sé que mi cuerpo está haciendo un buen trabajo haciéndole creer que deseo esto. Pero no deseo esto. No deseo nada de esto.

Ni el beso en la nuca. Ni su piel contra la mía. Ni su cuerpo sobre el mío mientras se empuja dentro de mí.

Intento taparme los oídos para no oír sus gemidos. Intento imaginar a Knox en su lugar, pero él no es Knox. Nunca lo será.

Ya lo hice una vez y puedo volver a hacerlo.

Puedo cerrar los ojos con fuerza y no hacer ningún ruido. Dejar que suceda. Dejar que él obtenga su satisfacción. Pero Thomas no es Bob. Thomas quiere aprobación. No solo espera que esto suceda sin que yo sepa por qué. Quiere que yo sienta lo mismo que él. Cerrar la brecha que nos separa. Quiere amor, no solo un polvo rápido.

En esta cama, con su cuerpo sobre el mío, sus labios en mi hombro y su polla dentro de mí... Él... quiere... amor...

Quiere mis gemidos, así que se los doy.

Quiere que diga que sí cuando me pregunta si me gusta «esto».

Quiere un orgasmo, así que también lo finjo.

Cuando se corre en mi vientre, sonrío. Pero no estoy confundida como lo estaba cuando Bob me hizo lo que me hizo.

Sé que, a pesar de los gemidos y de la aprobación que le he dado, ha sido una violación. Sé que no deseaba esto.

Sé que es algo que me han hecho a mí y no por mí.

Sé que no tenía otra opción. Tenía que acostarme con Thomas y, cuando hablamos de un «tener que» en lugar de «querer» no hay otra palabra para definirlo que «violación».

Thomas me ha violado y ahora me acuna en sus brazos como si yo fuera suya.

—Lo siento, Mina —me susurra por enésima vez esta noche.

Pero lo siente por lo que no debe.

# QUINCE
# VICTORIA

Es el cumpleaños de mamá, pero no hay nadie con quien celebrarlo. Sin embargo, Shadow sigue aquí, y el internado no es más que un sueño lejano.

Creo que lo del colegio decepciona más a Thomas que a Shadow. Él estaba deseando recibir una formación, ser mejor que este lugar o mejorar este lugar.

Aunque Shadow sí está más desconsolado que Thomas por no poder volver a Nueva York. Va por ahí con esa mirada que en parte le pertenece a mamá y en parte a esa chica, Mina. Nunca admitirá que la echa de menos. Es demasiado duro para cosas tan volubles como el amor.

No estoy segura de cómo quiero pasar el día, pero sé que no lo haré peleando. Tampoco lo haré tratando de reconstruir mi árbol genealógico.

Thomas está en la cocina, preparando algo para comer, y yo estoy sentada en el salón, con un libro en las manos al que no puedo prestar atención. Los golpes en la puerta me evitan tener que fingir.

Me levanto del sofá y abro la puerta. Shadow está ahí, con las manos metidas en los bolsillos. Va más informal de lo habitual, con unos vaqueros azul claro y una camiseta blanca.

—¿Quieres pasar? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Pensaba que quizá te apetecería salir a comer algo, pero.... —Se detiene al oír el ruido de los cacharros en la cocina y me doy cuenta de que ya está decepcionado, porque mis planes van a echar por tierra los suyos.

—Sí —respondo—. Me parece una idea estupenda. —Me giro para mirar en dirección a la cocina—. Thomas, ¿te importaría ver si encuentras algún motero hambriento con quien compartir mi parte de la cena?

—Tú eres quien me ha pedido que cocine —me grita Thomas.

Se produce un poco más de alboroto en la cocina antes de que sus pasos lo lleven al salón.

—Ya no tienes hambre —me dice a mí y luego a Shadow—: Estoy preparando unos filetes. ¿Quieres la parte de tu hermana?.

—Estaba pensando en llevarla a comer —responde Shadow, y eso es todo lo que Thomas necesita para «pillarlo».

Las cosas han estado tensas entre mi hermano y yo. Primero por la pelea entre papá y Thomas, luego por la muerte de mamá y también por lo que pasó el día del funeral.

Que él haya venido aquí significa más para mí de lo que él puede imaginar.

No sé adónde vamos cuando nos subimos al coche, pero en cuanto salimos del recinto, lo tengo muy claro.

Shadow me lleva al restaurante a las afueras del pueblo, el que tiene el letrero de neón parpadeante y los azulejos desiguales que a mamá le encantaba.

El vinilo del asiento se pega a mis muslos cuando me siento. Shadow se deja caer en el asiento frente a mí, con los hombros encorvados como si cargara con algo invisible y pesado.

Una camarera tan vieja como el tiempo se acerca a nosotros.

—¿Os traigo café?

—Pide tú primero —dice Shadow, empujando hacia mí la carta manchada de grasa y kétchup. Su voz es dura, pero no desagradable. Solo suena cansada. Como si la vida no le dejara

dormir. Sé lo que se siente. Yo tampoco he dormido mucho últimamente y, cuando consigo conciliar el sueño, tengo pesadillas.

No miro la carta. Siempre pido lo mismo y siempre lo haré. Pido lo que siempre pedía mi madre.

—Tortitas —digo—. Con sirope extra, beicon aparte, huevos revueltos y dos galletas, por favor.

Shadow esboza un amago de sonrisa.

—Ya me lo imaginaba. —Juega con la carta, pero tampoco la mira, sino que pide lo mismo, con la única excepción de dos zumos de naranja. Uno para mí y otro para él.

Una vez que la camarera se marcha, volvemos a quedarnos en silencio, con el zumbido del viejo frigorífico del restaurante llenando el espacio entre nosotros.

Observo el rostro de Shadow: los ángulos marcados de sus pómulos, la forma en que sus ojos se desvían hacia la ventana como si esperara que entrara alguien. O tal vez con la esperanza de que alguien entre.

—¿Piensas mucho en ella? —le pregunto.

No pregunta a quién me refiero. Sus dedos tamborilean sobre la mesa, inquietos.

—Sí.

—Hoy es su cumpleaños.

—Lo sé. —Habla en voz baja, pero se le quiebra lo suficiente como para que lo oiga.

La camarera nos trae la comida y Shadow clava el tenedor en los huevos como si le hubieran hecho algo malo.

Empapo mis tortitas en sirope, observando cómo el líquido ámbar se derrama y forma un charco en el plato.

—Se suponía que ibais a volver al colegio la semana pasada —digo con cuidado.

Shadow aprieta la mandíbula.

—Sí, bueno. Las cosas cambian.

—¿Eso quiere decir que este descanso que os estáis tomando es permanente?

—Educarte en casa también cuenta como ir al colegio. Deberías saberlo. No has pisado un aula desde... no sé cuánto tiempo hace.

Bebo un sorbo de zumo de naranja, midiendo mis palabras antes de decirlas.

—¿Lo vas a echar de menos?.

Se encoge de hombros.

—No importa.

Pero sí le importa. Se le nota en la forma en que aprieta los dedos alrededor del tenedor, en cómo se le aleja la mirada.

Insisto:

—¿Y Mina?

Se queda paralizado. Solo por un segundo. Luego respira lentamente, como para tranquilizarse.

—¿Qué pasa con ella?.

—¿La vas a echar de menos?

Su mirada se posa en mí, aguda, a la defensiva. Luego se suaviza, solo un poco.

—Vick... no hagamos esto, ¿vale?

—Me has traído aquí porque querías hablar.

—Te traje aquí porque tenía hambre y pensé que quizá tú también.

Niego con la cabeza. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

—Si fuera así, te habrías ido en cuanto viste que Thomas estaba preparando la comida. Así que, te lo vuelvo a preguntar. ¿La vas a echar de menos?

Por un segundo, creo que de verdad me va a responder. Mueve la garganta, abre los labios, pero luego niega con la cabeza y se mete un bocado de huevos en la boca como si eso fuera a impedirle hablar.

No insisto. En lugar de eso, me inclino sobre la mesa y le robo una tira de beicon del plato. Frunce el ceño, pero no me detiene.

—Eres peor que tu novio —murmura.

Sonrío.

—Prometido —le corrijo—. Aunque mamá te habría robado dos.

Eso le hace sonreír. Es una sonrisa de verdad, pequeña, pero está ahí. Y por un momento, solo uno, siento que todo va bien. Que no somos solo dos críos que echan de menos a la misma persona,

sino un hermano y una hermana que aún saben cómo serlo el uno para el otro.

—Echo de menos las dos cosas —dice—. ¿Y prometido? ¿Cuándo ha pasado eso?

—Mamá lo sabía —respondo—. Fue la primera a quien se lo conté. Papá se enteró después, pero... No importa...

Estoy divagando, a punto de llorar pensando en todas las primeras veces que mi madre se perderá. Todas las primeras veces en las que no podré tenerla a mi lado.

—Me alegro por vosotros dos, Vick. De verdad, pero también tengo miedo.

Sé lo que va a decir y sé cuál podría ser mi respuesta para calmar sus preocupaciones. También sé que ahora es el momento menos adecuado para contarle lo que descubrí sobre mi madre solo unas horas antes de que muriera y, en consecuencia, lo que sospecho de él.

—No tienes por qué estarlo —le aseguro—. Thomas es bueno conmigo.

—Thomas parece tener mal genio.

—Es protector. Y créeme, lo que crees que viste no es lo que viste de verdad. Solo me estaba protegiendo de mí misma.

—Pero no vas a decirme lo que vi de verdad.

—Todavía no.

Él niega con la cabeza.

—Eso no me tranquiliza en absoluto.

—Tú no quieres hablar de Mina y yo no quiero hablar de esto —digo, poniendo fin a la conversación.

Eso es todo lo que hace falta para que Shadow deje de insistir. No dice nada más sobre Mina. Ni sobre el colegio. Y yo no le digo que estoy bastante segura de que ha estado llamando «papá» al hombre equivocado. En lugar de eso, nos pasamos un rato contando historias sobre mamá, recordándola de una forma en que solo nosotros podemos.

Cuando terminamos de comer, volvemos al recinto. Estoy a punto de salir de la camioneta de Shadow cuando cambio de opinión, me vuelvo hacia él y le doy las gracias de todo corazón por este día. Y lo

digo en serio. No creo que mi hermano y yo hayamos compartido nunca una comida a solas. Cuando íbamos al mismo colegio, a veces parábamos en la tienda de donuts o comprábamos una hamburguesa de camino a casa. Pero siempre había alguien más con nosotros; Thomas o alguna chica al azar con la que Shadow había ligado para destrozarle el corazón por la mañana.

—Vick... —me llama cuando empiezo a marcharme.

—Sí.

—¿El año que viene a la misma hora y en el mismo sitio?.

Mi corazón sonríe.

—¿Podría ser un poco más a menudo que una vez al año?

La sonrisa de Shadow se une a la mía y, por un momento, pienso que quizá todo irá bien.

## DIECISÉIS

# VICTORIA

Mi padre no estaba invitado a mi boda, pero vino de todos modos (más o menos). Puede que se lleve bien con Thomas, pero dudo que alguna vez llegue a llevarse bien conmigo.

No me gusta pensar que soy una persona capaz de guardar rencor en mi corazón hasta el fin de los tiempos, pero cada vez que lo miro, solo veo las dos peores noches de mi vida. La noche en que atacó a Thomas y la noche en que murió mi madre.

Todo lo que veo es la cara ensangrentada de Thomas y el dolor en sus ojos. El dolor que mi padre le causó. Y si mi padre fue el responsable de que mi madre no haya podido asistir, ni de broma que él debía formar parte de ello. Pero, como no estaba segura...

No quería que él y todo el odio que traía consigo estuvieran presentes en lo que se suponía que iba a ser el día más feliz de mi vida, el comienzo de mi eternidad, así que, en lugar de enviarle una invitación, le envié una carta en la que le decía específicamente que *no* podía ni *debía* estar presente.

Vino de todos modos. Se quedó lo más atrás que pudo, pero sin perder de vista lo que estaba pasando.

La recepción de mi boda se celebró en el granero, cuidadosamente decorado por Briana y por mí. Se quitaron los

bancos y se sustituyeron por sillas doradas con respaldos cruzados y lazos de encaje blanco en los barrotes.

Había jarrones tan altos como mi cuello, esperando a que los llenasen de rosas que nos habían costado un ojo de la cara.

Nos llevó semanas buscar en Internet, probar esto y aquello y fracasar en todo para que todo saliera bien.

En el proceso, conseguimos cabrear a todos los moteros del club, ya que no se les permitió entrar en el bar por miedo a que lo estropearan todo.

Mi padre no intervino. Dejó que todos mis momentos de novia histérica se produjeran. Me permitió convertir el club en el País de las Maravillas de mis sueños.

Supongo que era su forma de decirme que lo sentía, ya que esas palabras nunca saldrían de sus labios. Al igual que yo nunca me disculparía por las cosas que le dije aquella noche.

Mamá decía que todo lo que había hecho mi padre era porque pensaba que era para protegerme. Pero ella tampoco le perdonó nunca.

La verdad que ambas sabíamos era que un buen padre sabe lo que más le duele a su hija y, por eso, se aleja de hacer esas cosas, aunque eso suponga un golpe para su ego. Mi padre no es un buen padre.

En cuanto a mis sentimientos hacia mi hermano... Fue él quien me acompañó al altar.

Quizás yo tampoco sea una buena hija. Pero en lo que respecta a ser esposa... he destacado en ello.

Es fin de semana y Thomas se despierta con una mesa preparada con huevos, beicon y tortitas tan esponjosas como una nube.

Tengo toda mi vida planeada. Toda *nuestra* vida planeada. No parece difícil. Solo tuve que coger las cosas que me faltaban y las que le faltaban a Thomas y ponerlas en una lista. También hay otra lista. Las cosas que no cambiaríamos por nada del mundo. Las partes de nuestra infancia que siempre podemos recordar con una sonrisa.

Seré el tipo de mujer que prepara el desayuno con una sonrisa en lugar de hacerlo por inercia. Querré a mi marido. Hablaré con él. No andaré por ahí con mis secretos y mi enfado, como hacía mi madre.

Thomas y yo seremos jóvenes cuando tengamos hijos.

Juntos seremos tan buenos con nuestros hijos como lo fueron sus padres con él. Llevaré dentro la ternura de mi madre, pero seré mucho más abierta que ella.

Thomas y yo viviremos lo suficiente para animar a nuestros pequeños en todos los hitos importantes y para cogerles de la mano en los momentos difíciles que no puedan superar solos.

Estoy emocionada por esa parte de nuestra vida. Thomas también. Por eso, en cuanto dijimos «Sí, quiero» nos olvidamos de los condones y dejamos que el destino tomara el control.

Estoy más nerviosa que un caballo en un rodeo.

Thomas entra en el comedor con una sonrisa que se desvanece tan rápido que siento que la cabeza me da un vuelco.

—Vick —dice con pánico en su preciosa cara.

Levanto la vista hacia él, de repente aterrorizada.

—¿Qué pasa? —pregunto, temblando.

—Cariño, estás sangrando. —Aunque no hubiera oído claramente esas tres palabras, solo el tono de su voz habría bastado para que mi corazón se pusiera a latir con fuerza contra mi pecho.

Bajo la mirada, siguiendo la trayectoria de sus ojos hasta la sangre roja que se desliza por mis piernas.

Antes de que pueda volver a levantar la vista, Thomas está a mi lado, tomándome en sus brazos, diciéndome que lo siente. Llora. Me abraza. Me promete que todo irá bien. Que yo estaré bien. Que *nosotros* estaremos bien.

Con el tiempo, le creeré. Pero en este momento, siento que me muero por dentro. Ni siquiera pude decirle que estaba embarazada antes de que mi cuerpo le anunciara que ya no lo estaba.

Muero un poco más cuando Thomas tiene que irse. Las obligaciones del club son más importantes que ver a su mujer sufrir un aborto espontáneo. No es su decisión, por supuesto. Es mía. No. Es de mi padre.

Hay trabajo que hacer y, aunque Thomas intenta actuar como si no le importaran las consecuencias, como si se fuera a quedar conmigo porque yo lo necesito y porque él también me necesita en este momento, lo obligo a irse.

Gran parte de nuestra vida juntos está ligada a este recinto. No somos solo dos adultos normales que se enamoraron, se casaron y ahora están pasando por lo peor que se puede imaginar.

Estamos a merced de mi padre, lo admitamos en voz alta o no. Y claro, Thomas se ha ganado de nuevo su nombre en el club. Para ellos, vuelve a ser Thunder. Sale con mi padre. Va a reuniones donde lo presentan como el futuro vicepresidente.

Sin embargo, en el fondo, ambos sabemos que no podemos meter la pata.

He coqueteado con la idea de pasar página y empezar de cero, pero ni Thomas ni yo sabemos cómo vivir fuera de este mundo.

No podemos simplemente recogernos y empezar de nuevo en otro lugar. No podemos conseguir un trabajo normal en el que él pueda faltar un día porque su mujer lo necesita y él necesita a su mujer.

Él quiere fingir que eso podría ser así, que mi padre no lleva una lista de todas las cosas que ha hecho mal. No puedo arriesgarme. No puedo permitir que él se arriesgue. Así que me despido de él. Le digo que estaré bien. Que llamaré a Briana para que me ayude a recoger los pedazos de mí misma que se han desprendido.

Thomas y yo hablaremos más tarde. No nos acostaremos con secretos ni pensamientos ocultos. No me convertiré en mi madre.

Sale por la puerta con cara de que es lo peor que ha tenido que hacer en toda su vida.

Lo veo marcharse, esbozando una sonrisa en la cara que me niego a permitir que se desvanezca. No hasta que desaparece de mi campo de visión. No hasta que la puerta se cierra firmemente a mis espaldas.

Y así, sin más, una mañana estaba embarazada y esa misma tarde ya *no* lo estaba.

# DIECISIETE
# VICTORIA

El aire del sótano de Axe está impregnado de olor a cuero viejo y hormigón húmedo, como a recuerdos abandonados a la putrefacción.

Las motas de polvo se arremolinan como pequeños tornados mientras me arrodillo entre pilas de trastos olvidados, presionando con las rodillas contra el suelo de madera rugosa. Cada respiración me parece demasiado ruidosa. Cada latido de mi corazón suena como un trueno. Cada crujido de la casa al asentarse hace que mi pulso se dispare.

No debería estar aquí.

Solo Dios sabe lo que me pasará si me descubren.

Pero *tengo* que saberlo.

Enciendo la linterna del móvil y la enfoco hacia una de las cajas, donde enseguida veo una chaqueta de motero bajo una manta mohosa. Aparto la manta y contengo la respiración mientras el polvo antiguo llena el aire.

La chaqueta no pertenece a nuestra banda. Eso queda claro por los parches que nunca he visto antes.

La examino más de cerca, tratando de averiguar a qué banda pertenece, pero la tela y el cuero están descoloridos y agrietados por el paso del tiempo. Tanto es así que solo se ven una X y una M.

Memorizo las letras y su posición mientras mis dedos se deslizan sobre la tela gastada antes de apartarla en busca de la prueba que he venido a buscar.

Tengo que moverme rápido, pero no espero que sea un trabajo rápido. La suerte no suele estar de mi lado. Pero hoy parece que sí, porque ahí está.

Una caja de zapatos, escondida al fondo de una caja de piezas oxidadas de moto.

Se me hace un nudo en la garganta.

*Aléjate.*

Debería irme. Dejar que los secretos de mi madre mueran con ella. Permitir que Shadow viva su vida con las mentiras que cree. Pero no puedo. O sigo odiando a mi padre por las cosas que hizo y por las que no hizo, y eso no es justo. Necesito la verdad. Necesito que lo de ella y Axe tenga sentido. Necesito algo que llevarle a Shadow para convencerlo de que mamá no se ahorcó en su dormitorio. ¿Y qué mejor prueba que los secretos que escondía? Secretos que pondrían patas arriba todo el club.

Sé con certeza que ella no habría sido tan estúpida como para guardarlos en su casa, así que, si hay algo que encontrar, aquí es donde lo hallaré

Pero, ¿es justo para Shadow? Si mis sospechas son ciertas, también estaría poniendo su mundo patas arriba. Estoy pensando en mí misma. Pienso en si me gustaría saber si el hombre que creía que era mi padre no tiene realmente ningún parentesco conmigo. La respuesta es sí. Un millón de veces sí.

Agarro la caja y mis dedos rozan la tapa polvorienta. Un tablón cruje en algún lugar de la planta baja y me quedo paralizada, con la respiración atrapada en la parte superior de mis pulmones.

Silencio.

Exhalo temblorosamente y levanto la tapa, dejando al descubierto una serie de polaroids con los bordes amarillentos y las esquinas dobladas. La primera es de unas personas que no reconozco. Todas las demás son fotos que quizá signifiquen mucho para Axe, pero que para mí no significan nada de nada. Hay fotos de

puestas de sol, motos y trofeos. Fotos de insignias y de un perro tan grande como un caballo.

Me invade la decepción, más que el alivio. Odio que sea así. He venido aquí para encontrar pruebas, pero ¿no debería estar satisfecha si no las encuentro? ¿Y si todo lo que había entre Axe y mi madre en el granero fue un error de juicio por parte de ambos? ¿Y si ver a Shadow en los rasgos de Axe es solo cosa de mi imaginación?

Con cuidado, guardo las fotos y estoy a punto de cerrar la caja cuando una se cae.

Intento salir del mismo modo que entré, de puntillas, con cuidado de no hacer ruido. Mis pasos no se alejan mucho, con todo el desorden que hay en este lugar.

Doy otro paso y casi pierdo el equilibrio cuando una tabla del suelo se inclina hacia delante.

Con la respiración contenida y el corazón en un puño, me mantengo firme. Estoy a punto de dar otro paso cuando lo pienso mejor. He visto suficientes series como para saber lo que puede significar una tabla suelta en el suelo. Si Axe tenía secretos que ocultar, no sería tan estúpido como para dejarlos a la vista. Ni siquiera si ese lugar a la vista es el sótano de su casa.

Me agacho y, con todo el cuidado posible, aparto la tabla. Dirijo la luz de la linterna de mi móvil hacia el hueco en el suelo, iluminando un tesoro de cosas que nunca debieron ser encontradas. Otra caja de zapatos. Un pequeño folleto. Un parche. Un trozo de tela enrollado.

Empiezo por la caja de zapatos, conteniendo la respiración mientras la abro.

Siento cómo se me llenan los ojos de lágrimas al descubrir su contenido. La primera foto basta para saber que no me he equivocado al venir aquí. Solo ha sido mi paranoia o mi aburrimiento lo que me ha traído hasta aquí.

La foto que tengo ahora entre las manos es de mi madre. Más joven de lo que jamás la he visto, con el pelo oscuro suelto sobre los hombros y una sonrisa más brillante que nunca y despreocupada, como si nunca hubiera sido más feliz en su vida. Está apoyada en

una moto, pero no es la de mi padre. Lleva una chaqueta, pero no es de este club.

Paso a la siguiente foto. Hay más fotos de ella sola, pero también hay otras en las que aparece con alguien. No tengo que mirar dos veces para reconocer a Axe. En la siguiente foto, tiene el brazo alrededor de la cintura de mi madre y una sonrisa burlona bajo la barba incipiente. Sus dedos se clavan en la cadera de ella como si fuera suya, y supongo que en algún momento lo fue.

Mamá no mentía cuando dijo que lo que pasó entre ella y Axe empezó antes de que yo fuera siquiera una idea.

Se me oprime el pecho.

Se me revuelve el estómago.

Estar decidida a encontrar algo es muy diferente a encontrarlo de verdad. No me gusta esta sensación. En absoluto. Tampoco me gustan las preguntas ni las confirmaciones que obtengo cuando paso a la siguiente foto.

«Esto es lo que querías, Vick», grita mi subconsciente. ¿Pero es así? ¿De verdad?

Examino la foto. La forma en que mamá se sienta en el regazo de Axe, con la cabeza echada hacia atrás riendo y la boca de él en su cuello.

*No. No, no, no.*

La siguiente foto es peor. No lo sería para alguien que no sabe lo que está buscando, pero yo lo veo. El brillo, incluso en esta vieja fotografía. La redondez de las mejillas de mamá. El vientre que ya no es tan plano como una tabla. Apenas está embarazada, pero, *definitivamente,* lo está. La mano que Axe ha colocado sobre su vientre lo hace aún más evidente. Es la misma foto que se sacan todas las parejas cuando se enteran de que van a tener un hijo, aunque sea demasiado pronto para ir por ahí presumiendo del embarazo.

Con las manos temblorosas, me meto la foto en el bolsillo trasero.

Las palabras se difuminan. Me arde el pecho. Necesito aire. Aire fresco. Necesito pensar. Respirar. Y por mucho que sé que Thomas me odiará por colarme en el sótano de Axe y por correr de un lado a

otro como si fuera una Nancy Drew moderna, necesito hablar con él. Necesito que me ayude a darle sentido a todo esto. Que me diga qué hacer con esta información. Cómo presentarla. Le necesito cuando hable con Shadow.

Se oye un portazo arriba.

Me sobresalto y casi tropiezo con una pila de botellas junto a la puerta. *Mierda.*

Unos pasos pesados se acercan por el pasillo. Los pasos se detienen. Se cierra una puerta. Agua. Oigo agua.

Respiro y luego me muevo, con cuidado, pero con rapidez, subo las escaleras y me abro paso por su casa.

Me agacho en el pasillo, con la mirada fija en la puerta del baño mientras me apresuro a pasar. Respiro hondo otra vez y sigo corriendo, salgo por la puerta principal y me encuentro con el sol cegador de la tarde.

Mis pulmones piden aire a gritos, pero no paro de correr hasta llegar a mitad de camino de casa, con el pulso rugiéndome en los oídos.

La verdad pesa en mi pecho.

Y no tengo ni idea de qué hacer con ella.

—Parece que hayas visto un fantasma —dice la última voz que quiero oír.

Giro la cabeza y veo el rostro de mi padre.

—Solo necesito ir al baño —contesto, dándome la vuelta, lista para salir por patas.

Pero su mano se aferra a mi brazo y no soy tan estúpida como para soltarme.

—¿Estás segura de que estás bien, Victoria?

Parece tan inocente al hacer la pregunta, tan cariñoso... Como el tipo de padre al que una chica nunca debería traicionar. Pero yo lo conozco bien. Mi piel lo sabe, si el calor que siento bajo su mano es indicativo de algo.

Froto mis rodillas entre sí.

—De verdad que me estoy meando, papá —logro decir.

—Está bien —dice, soltándome.

No espero a que diga nada más, salgo corriendo más rápido que nunca.

Thomas está afilando su cuchillo en la mesa de la cocina cuando entro corriendo en la casa. El rítmico roce del acero contra la piedra se detiene en seco cuando me ve.

El pánico de sus ojos se refleja en los míos mientras rebusco en mi bolsillo trasero y saco la foto, tirándola sobre la mesa delante de él.

Aprieta la mandíbula antes incluso de mirarla.

—Te dije que no indagaras, Vick.

—No he *indagado*. La he encontrado.

Exhala por la nariz, lento y controlado, como si estuviera conteniendo algo más intenso que la ira. Finalmente, baja la mirada.

La foto le devuelve la mirada: mamá, joven y radiante, con la espalda apoyada en el pecho de Axe y la mano de él sobre su vientre desnudo.

Thomas se queda muy quieto.

—Hay una fecha en la parte de atrás —digo en voz baja—. Coincide demasiado bien. Tiene que ser...

Él le da la vuelta a la foto y sé que espera que lo que vea allí demuestre que estoy equivocada. Que mis cálculos no son correctos. Pero Thomas no encuentra lo que busca. Solo papel amarillento y una tinta negra que le dicen lo mismo que yo: una verdad fea e innegable.

—Deberías haberlo dejado estar —dice con voz baja y áspera, con los ojos turbados y conflictivos.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Dejar que Shadow siguiera pensando...?

—¿Siga pensando *qué*, exactamente? —Thomas me mira fijamente—. ¿Que su viejo es un gilipollas? Eso no es precisamente una novedad.

—Es un gilipollas, pero no es su padre. Al menos, no de sangre.

Thomas maldice entre dientes. Se aleja de la mesa y se dirige al fregadero como si quisiera poner distancia entre él y la foto. Entre él y *esto*. Tira el cuchillo al fregadero y luego la piedra contra la pared.

—Knox se merece saber la verdad.

—¡Shadow sabe la única verdad que necesita saber! Te equivocas, Victoria. Estás muy equivocada en esto. ¿Por qué cojones no me escuchaste?

—¡No me equivoco! —le grito.

—¿En serio? Porque quizá olvidas que, de los dos, yo soy el adoptado. Tengo unos padres que no son de mi sangre y no me ves corriendo por ahí tratando de averiguar de dónde vengo *realmente*.

—Esto es diferente.

Él da un golpe en la encimera.

—¡No lo es! Gunner es el padre de Shadow. Y punto.

Le niego con la cabeza a Thomas.

—Hay más, y tú lo sabes. Si el de las fotos fuera un tío cualquiera, quizá lo dejaría pasar. Pero el hombre que aparece en esas fotos con mamá trabaja en este club y vive en este recinto. Esto no es tan sencillo. Aquí hay algo más y tengo que averiguar qué es.

—¿Lo que haces es intentar iniciar una guerra? —pregunta Thomas, girándose y apoyando las manos en la encimera.

—¡Ya te conté lo que vi la noche que murió mamá!

—¿Y qué? Tenían una aventura. Tu padre ha tenido muchas. A tu madre simplemente se le daba mejor jugar al juego de Gunner que al propio Gunner. Es tan simple como eso.

Eso dice, pero sé que no se lo cree.

—Si mi padre mató a mi madre...

—Tu padre sigue siendo el presidente de este club, Victoria. No vas a ganar. Shadow no va a ganar. No contra tu padre. ¿No basta con una muerte?

—¿Entonces crees que mi padre mató a mi madre? —le espeto.

El silencio entre nosotros es denso, ya que Thomas se niega a responder. Sin embargo, en sus ojos veo justo lo que cree.

Fuera, una moto pasa rugiendo, probablemente uno de los aspirantes que se dirige al club.

Thomas se frota la barba incipiente. Cuando vuelve a hablar, lo hace con una voz más baja.

—Estás jugando con fuego, Vick, y me estás rompiendo el corazón.

Me mira fijamente durante un momento demasiado largo. Luego, con un suspiro, coge la foto y la dobla por la mitad, arrugándola justo por el centro, separando a mamá y a Axe.

Lo observo fijamente mientras la abre, agarrándola con el dedo por la parte superior como si estuviera listo para romperla en dos.

Me abalanzo sobre él, intentando con todas mis fuerzas arrebatarle la foto de las manos sin dañarla. Con su mano libre, consigue apartarme.

Es mi prueba. Ni loca voy a permitir que la dañe. No cuando estoy tan cerca de revelar los secretos de este club.

—Devuélvemela, Thomas.

Vuelvo a lanzarme hacia la fotografía, pero él la deja fuera de mi alcance, con la espalda apoyada contra la pared de nuestro cuarto. Su rostro es indescifrable: está molesto, pero no enfadado. Al menos, todavía no.

—Suéltala, Thomas. No puedes hacer esto.

Lo que Thomas tampoco puede hacer es usar su fuerza contra mí, así que, aunque no quiere que recupere la foto, es demasiado blando, tiene demasiado miedo a hacerme daño como para plantarse firme.

Finjo irme y le agarro de la muñeca cuando se mueve. Mis dedos rozan el borde de la foto, *estoy muy cerca,* pero él la aparta bruscamente.

—¡Thomas, lo digo en serio! Devuélvemela.

Lo empujo, acortando la distancia entre nosotros. Parezco un animal salvaje al atacar. Thomas tropieza, lo justo, y le arrebato la foto de las manos, corriendo hacia la puerta como si fuera a ganar una medalla olímpica.

Probablemente debería haber prestado más atención, pero estoy demasiado a tope de adrenalina como para fijarme en el armario del pasillo y, en lugar de esquivarlo, mi cara se estrella contra el borde y caigo al suelo.

El dolor me invade la cara y el impacto me hace tambalear, la vista se me nubla de blanco. Golpeo el suelo con fuerza y la fotografía se me escapa de los dedos.

—¡Victoria!

Thomas se arrodilla a mi lado antes de que pueda siquiera jadear. Sus manos se ciernen sobre mí, sin saber dónde posarse.

—Dios mío, mírame. *Mírame*.

Parpadeo y lo miro aturdida mientras vuelvo a coger la foto y la aprieto contra mi pecho para protegerla. Noto un sabor metálico en la boca, pero eso es lo que menos me importa ahora.

Su rostro palidece.

—Estás sangrando —dice, y es la pura verdad.

Niego con la cabeza mientras siento cómo el calor me corre por la barbilla. Me toco el labio y noto que tengo los dedos rojos.

—Estoy bien —murmuro, aunque el ojo me late al ritmo de mi pulso.

—*No* estás bien. —Me agarra la cara e inclina mi rostro hacia la luz. Me pasa el pulgar por debajo del ojo y yo siseo—. Te va a quedar un moratón. Uno grande.

Aparto sus manos.

—No importa.

—*Claro* que importa. —La voz se le quiebra—. ¿De verdad valía la pena por una *foto*?.

No respondo, solo aprieto la foto aún más contra mi pecho.

Thomas sigue mi mirada y exhala con fuerza.

Lo observo fijamente. Él niega con la cabeza antes de adentrarse en la casa. No sé cuánto tiempo pasa antes de que vuelva a mi lado y se agache hasta sentarse junto a mí en el suelo.

Tiene una bolsa de guisantes en las manos y me la presiona contra la cara, retrocediendo igual que yo cuando me toca.

—No puedes enseñarle eso a tu hermano —dice, ahora con voz más calmada, aunque es difícil pasar por alto la preocupación que la impregna.

—Tengo que hacerlo —le digo—. Shadow tiene que saberlo.

—Tienes que pensar en las repercusiones. Tu hermano es tan testarudo como tú. Se enfrentará a tu padre y nadie podrá detenerlo.

Lo pienso durante un minuto.

—Hablará primero con Axe. Averiguará lo que está pasando de verdad.

—Si no es hijo de tu padre...

—No hay ningún si —le interrumpo—. La prueba está aquí. —Indico la foto que sigo apretando contra el pecho.

Thomas respira hondo antes de repetir lo mismo.

—*Si* no es hijo de tu padre, no puede ser presidente.

Eso es una tontería, por supuesto. Mi padre hará lo que sea necesario para encubrir esto. Él crio a Shadow. Lo ve como si fuera su hijo. Puede que Shadow no sea sangre de su sangre, pero siempre será el hijo de mi padre. La diferencia estará en Shadow. Él tendrá una razón para investigar más a fondo. Una razón para considerar que mi madre no se quitó la vida. Y si lo que sospecho es cierto, no dudará en acabar con mi padre.

—Una vez que este club deje las manos de mi padre, le pertenecerá a Shadow. Los hombres de aquí lo respetan mucho más que a mi padre. Sí, ahora obedecen a papá, pero una vez sepan que le quitó la vida a una de los suyos, a una mujer a la que todos querían, no quedará ni un solo hombre que lo respalde.

Una vez más, Thomas niega con la cabeza. No me dice si tengo razón o no, pero todo en su mirada me dice que quiere que deje el tema. Que lo deje estar. Que acepte la verdad que me han contado y siga adelante.

—Me das miedo —dice, cogiendo mi mano entre las suyas y acariciándola con el pulgar.

—Te quiero —digo, bajando la cabeza para besarle la mano.

—Pero no lo suficiente como para dejarlo estar.

Se me hace un nudo en la garganta. No respondo. Durante un rato, Thomas y yo nos quedamos sentados en silencio. Él me pone hielo la cara y yo lloro en silencio.

# DIECIOCHO
# MINA

Salgo de la cama antes de que Thomas se despierte. La primera media hora la paso de puntillas, buscando sin éxito las llaves de la furgoneta.

La segunda media hora la paso en el baño, llorando contra una toalla antes de intentar con todas mis fuerzas borrar de mi cuerpo el contacto de Thomas.

No lo consigo. Cada parte de mi cuerpo que él tocó sigue ardiendo con la ira de la lava.

Thomas aún no se ha despertado cuando salgo de la ducha, así que me dirijo a la cocina y apilo provisiones sobre la encimera. Si Thomas entra, debe parecer que estoy preparando una comilona en lugar de afilando un cuchillo de mantequilla en la encimera de la cocina. Hay café haciéndose y una olla de aceite burbujeando sin cesar.

Pero necesito esas llaves, porque Dios sabe que cuando pelee, él se defenderá. Las puñaladas y la quemadura solo lo retrasarán un poco.

A menos que le dé en el punto adecuado. Soy médica. Sé todos los puntos adecuados. Pero no soy ninguna luchadora y, contra kilos y kilos de músculos, es fácil fracasar.

El cuchillo de mantequilla raspa la encimera con movimientos lentos y deliberados. Cada chirrido metálico me hace estremecer.

El filo aún no está lo suficientemente afilado, no si quiero atravesar músculos y tendones con él. Pero todo avance es bueno, ¿no?

El café borbotea en la cafetera, llenando la habitación con su aroma amargo. Me doy la vuelta para bajarle el fuego a la olla con el aceite, para que no se derrame.

Me tiemblan las manos mientras pruebo el filo del cuchillo contra mi pulgar. Todavía está demasiado romo.

*Raspa. Raspa. Raspa.*

Una tabla del suelo cruje en el pasillo.

Se ha despertado y no he avanzado tanto como debería.

Cojo la harina del armario y me apresuro a vaciar el paquete sobre la encimera. Hago un hueco en el centro y vierto un poco de agua. Donuts. Eso es lo que voy a hacer, aunque no sé cómo se hacen. Pero él tampoco.

Los pesados pasos de Thomas se acercan lentamente, adormilados. Rápidamente escondo el cuchillo bajo un paño de cocina y cojo una cebolla, obligando a mis dedos a pelar su monda parecida al papel como si siempre hubiera sido mi plan. Donuts y cebollas. Mierda, eso no tiene sentido.

¿Qué estoy preparando?

¿Qué estoy preparando?

¿Qué estoy preparando?

Buñuelos. Eso sí que encaja. Voy a prepar buñuelos.

—Buenos días, Mina. —La voz de Thomas suena ronca por el sueño, con un matiz de afecto en sus palabras.

Se me revuelve el estómago.

No levanto la vista, sigo cortando la cebolla. Es la excusa perfecta por si las lágrimas de dolor y agonía intentan brotar.

—El café está casi listo —le digo.

Da la vuelta a la isla de la cocina y se coloca detrás de mí. Su cuerpo es como un horno contra mi piel. Como un millón de hormigas rojas que me pican hasta llegar al hueso. Me obligo a reír, me obligo a arrimarme a él. Sus manos se posan en mis caderas,

sus dedos se deslizan bajo el dobladillo de la camiseta con la que he dormido. Su camiseta.

Mi mano, que empuña el cuchillo, se crispa bajo la toalla.

—Hueles bien —me susurra al oído.

Para él, sí. Huelo a su jabón. A su cuerpo. A su dulzura. A su semilla. Huelo como *él*.

Para mí, el olor es repugnante, algo que ni siquiera la ducha ha podido borrar.

Me aparto y me acerco a la cocina. Cojo una cuchara y empiezo a remover el aceite. Mi mano agarra el mango de la olla. Necesito que se acerque. Necesito que se acerque y me pregunte qué estoy cocinando, pero en lugar de eso, se retira al otro lado de la isla de la cocina, donde están los taburetes.

Me observa con esos ojos oscuros y calculadores. Está sin camisa y las cicatrices de su antigua vida con Knox se marcan claramente en su piel. Lleva la pistola metida en la cintura, como cuando me secuestró.

Algo pasa.

¿O quizá siempre la lleve ahí, cubierta por la camisa? Vuelvo a la encimera. Cojo la cebolla.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—Me muero de hambre —responde, pero no mira la comida, me mira a mí.

No creo que pueda permitirle volver a usar mi cuerpo.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas y gruño por lo mierda de las cebollas.

Thomas se acerca a la cafetera y sirve dos tazas. Me acerca una: es café solo, como le gusta a Knox. Como *cree* que me gusta a mí.

Es una prueba. Siempre está poniéndome a prueba.

Doy un sorbo, ignorando lo caliente que está.

—Gracias.

Sonríe, pero no le llega a los ojos.

—Bueno. —Sus dedos tamborilean sobre la encimera mientras se acerca a mí. Cuando se coloca con el pecho pegado a mi espalda, se agacha un poco para susurrarme al oído—. ¿Quieres decirme por qué no hay sangre en mi polla, Mina?

Me quedo paralizada, pero, de alguna manera, el cuchillo de mantequilla cae al suelo con un ruido metálico.

Thomas lo atrapa antes de que toque el suelo, gracias a sus reflejos agudizados por años de violencia. Da la vuelta a la hoja entre sus manos y la examina con una sonrisa burlona.

—Cuidado, Doc. —Deja el cuchillo con cuidado, deliberadamente fuera de mi alcance—. No querríamos que te hicieras daño, ¿verdad?

El pulso me retumba en los oídos.

Me pican los ojos.

El corazón me late con fuerza en el pecho.

—Sé manejar un bisturí. Y son mucho más afilados que un cuchillo de mantequilla. —Las palabras pretenden sonar a broma, pero incluso yo puedo oír la amenaza que se esconde tras ellas.

—¿Ah, sí?

La habitación se inclina.

Thomas se acerca.

Cuento los pasos que me separan de los fogones. Estoy a solo un paso de llegar a la olla con aceite, pero ahora no me parece el momento adecuado.

Si recurro a la violencia, no puedo fallar. Si me precipito, pueden salir mal demasiadas cosas.

Thomas me agarra del brazo, me da la vuelta y me empuja contra la isla de la cocina de modo que mi cara queda a pocos centímetros de su pecho. Me mira con una sonrisa burlona en los labios mientras desliza las manos por mi muslo, por debajo de la camiseta.

Rezo a todos los dioses que se me ocurren para que no intente repetir lo de anoche. No creo que pueda sobrevivir si me vuelve a follar.

Su risa me interrumpe.

—Mina —susurra, apretándome con más fuerza—. Volvamos a lo de tu regla, Mina.

Le miro con ojos inocentes.

—¿No puede esperar hasta después del desayuno? —le pregunto con voz melosa, como si no supiera que me ha calado.

—No —responde con brusquedad—. No, no puede esperar.

Otra oleada de miedo me invade el pecho. No puedo permitir que huela mi debilidad. La sonrisa que fuerzo me tiembla en los labios .

Con suavidad, apoyo las palmas en su pecho, esperando que me permita alejarlo, pero se mantiene firme. Inmóvil.

—No había sangre en el tampón —dice.

Trago saliva.

«No respondas».

Era una afirmación, no una pregunta.

Su mirada no se aparta de la mía. Cuando vuelve a hablar, pronuncia las palabras muy lentamente.

—¿Por qué no había sangre en el tampón?

La verdad se me atraganta en la garganta: necesitaba una excusa para justificar por qué había tardado tanto en el super. Necesitaba dejar un rastro. Había intentado contactar con Knox y había fracasado.

Pero no puedo decir nada de eso.

—Acababa de ponerme el tampón, Thomas. —Intento reírme, como si pensara que es una tontería, pero el nudo que se me forma en la garganta es mortal.

—No acababas de ponerte el tampón, Mina. Lo sabes. Yo lo sé. ¿Por qué me mientes?

—¿De verdad estamos hablando de mi regla?

—¿No quieres hablar de tu regla? Hablemos de mi polla. Está limpia como una patena.

—Bien —le digo, apartándome, intentando crear espacio entre nosotros—. Significa que sabes ducharte.

Thomas se aleja un poco, solo lo suficiente para que yo pueda ver la irritación en su semblante.

Su sonrisa se desvanece.

Pasa un segundo. Dos.

Entonces su mano se dispara, agarra un puñado de mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás.

—¿Crees que soy estúpido?

El dolor me recorre el cuero cabelludo y contengo un grito.

—Thomas. Me estás haciendo daño.

—Respuesta incorrecta.

—Thomas, por favor, para.

—Respuesta incorrecta.

—Thomas.

—Deja de decir mi puto nombre y responde a la pregunta.

Esta vez, no espera a que abra los labios. Me agarra el pelo con más fuerza y me empuja contra la encimera, crujiéndome las costillas al golpearlas contra el borde.

Me deja sin aire y no tengo ni un segundo para recuperarme antes de que me gire y me presione la garganta con el antebrazo.

—Última oportunidad —gruñe—. ¿Por qué mentiste sobre tener la regla?

Veo manchitas negras danzando ante mis ojos. Le araño el brazo, pero no se mueve. Ni un milímetro.

La olla de aceite burbujea a nuestro lado. Debería haber reaccionado mucho antes de que llegáramos a esto. Debería haber sabido en el momento en que Thomas entró en la cocina que venía con intenciones hostiles.

Embisto contra él, girándome lo justo para agarrar el mango de la olla. El destino debe de estar un poco de mi parte, porque consigo agarrarla con suficiente fuerza como para arrojarle el aceite hirviendo a la cara. Las salpicaduras me pican en la piel, pero no son nada comparadas con el líquido que le baja a Thomas por la cara. Deja escapar un rugido de terror y la cara se le pone roja al instante. Le he dado bien.

No espero.

Corro hacia la puerta, pisando con fuerza las baldosas al moverme con determinación.

A tres metros.

Estoy a solo tres metros.

Dos.

Uno.

Mi mano se posa en la manija, y gira y tira hasta que el aire fresco del exterior me recibe. Puedo saborear la libertad en la lengua. Casi. Cerca, pero no lo suficiente.

Una mano me agarra por el tobillo y, antes de darme cuenta, estoy cayendo al suelo, la barbilla me rebota contra la madera y veo

estrellas.

Thomas se apresura a darme la vuelta para ponerme boca arriba. Tiene la cara destrozada, llena de ampollas rojas que arden con una rabia asesina.

—Estás muerta —se ríe—. Qué muerta estás, joder. —Niega con la cabeza, murmurando algo sobre que nunca debería haber confiado en mí, que debería haber sabido que no era más que una zorra.

—Te abrí mi corazón —sisea—. Te abrí mi corazón y esto es lo que recibo a cambio. Debería haberte disparado en la nuca hace mucho tiempo, pero nooo... Nooo. Fui demasiado bueno. Esto es lo que recibo por ser demasiado bueno. Tu puto novio mata a *mi* mujer. No a mi novia, ¡a mi mujer! El universo me envía a la única mujer que ha amado y yo soy demasiado cobarde... demasiado buen chico... para ayudarte a correr la misma suerte. Ay, pero cuando haya acabado contigo, Mina... ¡Ja!... Verás. Cuando. Haya. Acabado. Contigo.

Le doy una patada, mi talón impacta en su cara destrozada. Él grita, tambaleándose hacia atrás y dándome el tiempo suficiente para levantarme y correr hacia la cocina.

El cuchillo. Necesito el cuchillo. Ese estúpido cuchillo con apenas filo. A veces, sin embargo, no se trata de la probabilidad de que la hoja atraviese la piel, sino de la ira en la mujer que la blande. Concentro todas mis emociones en empuñar el cuchillo. Al igual que Thomas contra todas sus emociones en frenarme en seco. Su mano se dispara y me asesta un puñetazo en el estómago.

—Nunca se te ha dado muy bien pelear —se ríe. Esa sonrisa siniestra es el único rasgo presente en su rostro. Me agarra de las muñecas y aprieta con una fuerza que parece letal.

Abro el puño.

El cuchillo cae.

Estoy jodida.

¡Jodida!

La mano de Thomas vuelve a encontrar mi pelo y se enreda en él. Me arrastra y empuja hasta que mi espalda queda pegada contra el suelo.

—Hablemos —le suplico.

Pero Thomas no está de humor para hablar. Está de humor para reír. Su humor y el mío no coinciden.

—No vamos a hablar, Mina. Tú vas a hablar. Vas a explicarme muchas cosas.

Se agacha, coloca los pies a ambos lados de mí, se sienta sobre mis piernas y me rasga la camiseta.

—Si te mueves, te disparo.

Sé que habla en serio. Tan en serio que ni siquiera me atrevo a respirar.

—Habla —dice.

—¿Para qué? Me vas a matar diga lo que diga.

Thomas asiente.

—Correcto. No hay ninguna posibilidad de que puedas vivir, pero puedo ser brutal o puedo tener humanidad. La muerte que tengas dependerá de cuánto me gusten las palabras que salgan de tu boca.

—¿Por dónde quieres que empiece?

Thomas mueve la cabeza de un lado a otro antes de subirme la camiseta hasta el sujetador. Me clava un dedo en el estómago y, por pequeño que sea el bebé que crece dentro, juraría que lo siento encogerse de miedo.

—Empieza por anoche. Termina con las razones por las que una mujer mentiría sobre tener la regla. Y, Mina, puede que haya estado ciego un rato, pero ahora veo todo con claridad. Cualquier error que cometas al contarme tu historia contará como una mentira. Recuérdalo, ¿quieres?

Amartilla la pistola, asegurándose de que sepa que no está de broma.

—El primer disparo no te matará. Tampoco el segundo. Pero si llegamos a eso, te prometo que rezarás porque te meta una bala entre ceja y ceja.

# DIECINUEVE
# VICTORIA

El recinto está demasiado tranquilo a las nueve de la noche.

No creo que quiera oír ruido, pero tampoco me gusta el silencio. Busco las indicaciones en mi móvil y las repaso por enésima vez. Hay una forma mucho más fácil de llegar al despacho del forense. No voy a tomar esa ruta, sino que iré por las carreteras secundarias, lo que añadirá quince minutos a mi trayecto, pero reducirá las posibilidades de que me atrapen.

Abro la puerta de mi habitación con cuidado, poniendo una mueca de dolor al oír el crujido, como si no estuviera sola. Toda la pandilla ha salido para ocuparse de una misión que los mantendrá ocupados hasta bien entrada la madrugada. Aun así, el pánico a que me pillen me invade.

Fuera, me pongo la capucha de la chaqueta y trato de mantenerme cerca de las casas y los árboles que bordean la propiedad. Por muy vacío y tranquilo que esté todo, sigo conteniendo la respiración todo lo que puedo.

Todas las sombras se parecen a papá.

Cada movimiento suena tan fuerte como un disparo.

*Esto es una estupidez.*

*Es una estupidez.*

*Thomas tiene razón, debería dejarlo estar. Piénsalo. La verdad no me liberará, solo me pondrá en más peligro.*

Pero *tengo* que saberlo. Lo que haga con la verdad una vez la tenga es otra historia. Y a eso llegaré cuando sea el momento.

Paso de puntillas junto a los coches aparcados en la entrada, ahora más rápido.

Todo este sigilo era obviamente absurdo, ya que tengo que esperar a que los guardias abran las puertas antes de pasar.

El motor de mi BMW cobra vida como un disparo en la noche. Lentamente, dejo que el coche avance antes de detenerme ante la puerta.

En lugar de pulsar el botón para abrir, uno de los guardias se acerca a la ventanilla.

—¿Sales tan tarde? —pregunta.

Esbozo una sonrisa dulce. Mi voz apenas se oye por encima de los latidos de mi corazón cuando hablo.

—No se puede impedir que la regla llegue cuando quiere y prefiero no manchar las sábanas. Solo voy al super a comprar unos tampones y vuelvo enseguida.

Veo cómo se le va todo el color de la cara por la vergüenza. Eso solo sirve para que mi sonrisa se amplíe aún más.

Me incorporo a la calzada, acelerando el motor mientras piso el embrague y luego el acelerador, cambiando de marcha como una loca mientras corro por la carretera principal.

Solo cuando llego al desvío dejo de conducir como si el acelerador mereciera un castigo. Las carreteras son más salvajes por aquí. Indómitas. Si no tengo cuidado, acabaré reventando las cuatro ruedas.

Los árboles pasan a toda velocidad, con sus ramas como dedos esqueléticos arañando las ventanas. Tengo ambas manos en el volante, apretándolo con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

*Da la vuelta. No quieres saberlo.*

Y quizá no *quiera* saberlo. Pero lo que es innegablemente cierto es que *necesito* saber cómo murió mi madre.

Necesito saber cuánto debería temer a mi padre.

El despacho del forense se alza a las afueras del pueblo, un edificio bajo de ladrillo con luces fluorescentes parpadeantes. Parece sacado de una de esas películas que no te atreves a ver sola, por miedo a no poder dormir pensando que hay un fantasma acechando en cada esquina.

Apago el motor a dos manzanas de distancia y me quedo ahí sentada, con las manos temblándome como si hubiera un terremoto de magnitud 8.

*¿Y si hay alguien observando?*

*¿Y si papá se entera?*

*¿Y si la verdad me destroza?*

Aprieto la frente contra el volante y respiro hondo para llenarme los pulmones. He llegado hasta aquí. Ya no hay vuelta atrás.

La cara de mamá aparece tras mis párpados, *de verdad* que se me aparece. La imagen es tan nítida que siento que, si alargo la mano, podría tocarla.

*¿Qué intentas decirme, mamá?*

Tan rápido como la pregunta se forma en mi mente, desaparece su imagen. Por supuesto, mamá no responde, lo que significa que no tengo más remedio que encontrar las respuestas yo misma.

La puerta del coche chirría cuando la abro de un empujón. Echo un último vistazo hacia atrás, solo para asegurarme de que no me hayan seguido, antes de cerrarla de un portazo.

Aquí fuera hace más frío que en el recinto. Me froto los brazos con las manos mientras recorro el corto trayecto hasta el depósito de cadáveres.

La quietud de la noche me permite oír el eco de mis botas contra la acera, cada paso es más fuerte que el anterior.

No sé si es el miedo a la soledad de estar fuera o el universo empujándome a hacer lo que hay que hacer, pero no dudo ni un segundo al llegar a la puerta.

Agarro el pomo, lo empujo y entro. El vestíbulo está vacío. El mostrador de recepción, abandonado. En algún lugar lejano, se oye el tictac de un reloj.

El nerviosismo me invade una vez más y me seco las palmas sudorosas en los vaqueros.

*Es ahora o nunca*, me digo a mí misma mientras me adentro en el edificio en busca de alguien. Empiezo a recorrer el largo pasillo, pero no llevo mucho cuando una señal en una de las puertas a mi derecha me llama la atención. *Oficina de registros*. Es justo donde tengo que ir.

Llamo a la puerta con los dedos y solo tengo que esperar un instante antes de que una voz responda desde el otro lado.

—Adelante.

Respiro hondo otra vez y empujo la puerta, dejando ver la silueta de una mujer con el pelo blanco y la piel casi grisácea. Me mira por encima de las gafas que lleva puestas.

—¿En qué puedo ayudarte, cielo?

Le digo que necesito echar un vistazo al expediente de mi madre. Ya no me estaba sonriendo, pero ahora me mira con el ceño fruncido mientras teclea el nombre de mi madre.

Quizás esté rayándome en exceso, pero el cambio en su expresión me hace pensar que reconoce el nombre. No tiene por qué significar nada. Todo el mundo por aquí conoce al Nightmare MC. Lo que, por supuesto, significa que todo el mundo conoce a las personas que lo dirigen: mi padre y mi madre.

Los dedos de la señora mayor se detienen sobre el teclado.

—Es un caso cerrado —me dice.

—Lo sé —respondo, tratando de controlar mis emociones. Clavo las uñas en las palmas de las manos—. Me envía mi padre. El club lo necesita para... asuntos legales.

*Asuntos legales.* Dios, que pobre suena eso.

Un momento de silencio. Luego suspira y se vuelve hacia su ordenador. El ruido de teclas suena ahora aún más fuerte que hace unos instantes.

Cuando se detiene, creo que va a revelarme toda la información que necesito. Mi cerebro se precipita, por supuesto.

En cambio, se ajusta las gafas en la nariz y me pide mi identificación. Se la entrego con orgullo. Verá mi apellido y sabrá que no mentí sobre ese detalle, al menos. Verá la dirección y sabrá que pertenezco al lugar que le digo.

Las rodillas me tiemblan mientras espero a que escanee mi información.

Con un bufido, me devuelve la tarjeta y hace clic en su ordenador unas cuantas veces más. Y entonces, el sonido de la magia llena mis oídos cuando su impresora empieza a zumbar. Se levanta de su escritorio y empieza a rebuscar en el armario de atrás hasta que encuentra un sobre amarillo.

—¿Eres la hija?

Asiento con la cabeza, sin atreverme a hablar.

—¿Seguro que quieres ver esto?.

—Yo no voy a mirar nada —miento—. Ya vi suficiente cuando bajaron su ataúd.

Se vuelve a ajustar las gafas en la nariz antes de sentarse de nuevo detrás de su escritorio.

—Siento mucho tu pérdida —dice, pero no estoy segura de que lo diga en serio. Su tono indica que ha visto la muerte tantas veces y ha tenido que decir esas palabras a tanta gente que hace tiempo que han perdido su significado.

Cojo el expediente y los papeles que ha impreso y me apresuro a volver a mi coche. En cuanto salgo, corro y, sin perder ni un minuto, me sumerjo en el expediente de mi madre.

*Causa de la muerte: asfixia por ahorcamiento.*

Por supuesto, todo parece indicar que podría tratarse de un suicidio.

Todo excepto... *Contusiones en la parte superior de los brazos: hematomas en las yemas de los dedos, bilaterales.*

Se me corta la respiración.

*Marcas de ligaduras en las muñecas: compatibles con ataduras.*

El mundo se tambalea.

La ataron*.*

*Hueso hioides fracturado.*

Casi se me cae el expediente.

Eso no ocurre en los ahorcamientos. A menos que la *estrangularan primero.*

Lo llamaron suicidio, pero la verdad está escrita aquí mismo, en sus moratones y huesos rotos, en todas las señales que demuestran

que ella no se hizo esto a sí misma.

De repente, siento como si alguien me hubiera succionado los pulmones y me hubiera dejado sin aire.

Los ojos me pican por las lágrimas, pero no dejo que caigan todavía. En cambio, termino lo que empecé, sin parar hasta saberlo todo.

La foto de la autopsia está en la página siguiente y me golpea como un puñetazo en las tripas. La foto es un zoom al cuello de mi madre. Es difícil pasar por alto los moratones morados y negros alrededor de su garganta. Moratones que provienen de la cuerda que se clavó en su pálida piel.

Más arriba hay marcas más pequeñas. No son lo suficientemente claras como para estar segura, pero parecen huellas de pulgares. Y si son huellas de pulgares, significa que alguien le rodeó el cuello con las manos. Alguien la *estranguló*. ¿Hasta matarla? ¿O estaba viva hasta el momento del ahorcamiento?

Una lágrima caliente salpica la página. Me seco la cara con rabia. No es momento para esto.

Hojeo más rápido y encuentro el informe toxicológico. *Negativo en alcohol. Negativo en drogas.* Claro. Mamá solía beber, sí, pero lo dejó hace tiempo. Y drogas... en el club nadie se preocupaba por ocultar sus hábitos. He visto a papá haciéndose rayas en la mesa del comedor más veces de las que puedo contar. A mamá nunca le impresionó demasiado. De hecho, nos había advertido que no nos metiéramos en esa mierda. Yo nunca lo hice, simplemente porque no quería que me mirara como miraba a papá.

Busco a tientas el móvil y hago fotos de todas las páginas.

Estoy a punto de dejar el teléfono cuando vuelve a encenderse, esta vez sin que yo lo haya hecho. Lo observo mientras me vibra en la mano, con el nombre «PAPÁ» en negrita en la pantalla.

No contesto. No puedo contestar.

El móvil deja de sonar y casi consigo exhalar cuando vuelve a vibrar. Esta vez es un mensaje de papá.

***¿Dónde estás?***

No respondo.

La pantalla se ilumina de nuevo cuando aparece otro mensaje.

***Tenemos que hablar.***

# VEINTE
# VICTORIA

El volante está resbaladizo bajo mis palmas sudorosas mientras conduzco a toda velocidad por Lancelot Road 17. El informe del forense me quema en el asiento del copiloto. Debería mantener la vista en la carretera, pero por más rápido que conduzca y por más oscuro que esté, mis ojos siguen desviándose hacia el informe.

Respiro hondo y todo mi cuerpo tiembla cuando llega el aire a mis pulmones. Siento calor y frío. Es como si mi piel estuviera en llamas y me sumergieran en un cubo de hielo al mismo tiempo.

Mi mente repasa las notas del expediente. Me doy cuenta de que estoy buscando excusas. Intentando pensar en formas en las que lo que leo podría tener un significado diferente.

Por ejemplo, que mamá y papá se hubieran peleado antes de que ella se ahorcara. Pero, claro, eso no tiene sentido.

Sé que papá es responsable de la muerte de mamá y sé que no es de forma indirecta. Sé que murió a manos de él.

Siento que voy a vomitar. Si fue capaz de hacerle algo así a la mujer que ama... Intento no pensar en ello. Intento pensar bien de él. Que en lo referente a su hija, las cosas serán diferentes. Que querrá razonar conmigo. Pero cuando me acerque a él, no será con preguntas, sino con acusaciones. Con el humor que se gasta, Hades sabe que no saldrá nada bueno de ello.

Necesito hablar con mi hermano. Puede que tenga un carácter similar al de mi padre, pero es más inteligente, más estratégico. Sabrá cómo manejar esto de manera que los dos podamos salir airosos mientras mi padre cosecha las consecuencias de sus actos.

El semáforo se pone en rojo y piso el freno con fuerza para que el vehículo se detenga a tiempo.

Busco mi teléfono con una mano y marco el número de Shadow. No suena, va directamente al buzón de voz. Tiene el móvil apagado o sin batería.

Intento llamar una y otra vez, como si mis llamadas fueran a resucitar su móvil. Por supuesto, no lo hacen.

Tiro el teléfono al asiento del copiloto. Cae con un golpe seco sobre los archivos de mi madre.

Respiro hondo.

Exhalo profundamente.

Y entonces, el pánico me invade cuando el sonido estridente de un claxon me despierta de golpe.

Levanto la vista y veo que el semáforo está en verde, así que vuelvo a pisar el acelerador, esta vez sin ir tan rápido. Estoy a punto de pasar la farmacia cuando recuerdo por qué le dije al guardia que tenía que irme.

Sin siquiera mirar el intermitente, giro el volante y me meto en el aparcamiento.

Tiemblo mientras busco tampones en los pasillos. Es una parada rápida, ya que encuentro lo que busco, corro hacia la caja, pago y vuelvo al coche.

Cuando llego al recinto, no quiero que parezca que estoy hecha mierda, así que me concentro en respirar durante el resto del trayecto, solo interrumpido brevemente por pensamientos sobre lo que mi padre quiere hablar conmigo. Cada posibilidad me provoca una nueva oleada de náuseas.

Los árboles se difuminan en un borrón verde más allá de la ventanilla a medida que me acerco al principio del desastre que he creado.

Justo al final de la calle está el letrero de Nightmare, perfectamente iluminado por los faros de mi coche. Los apago y sigo

conduciendo en completa oscuridad.

Me tiemblan las manos mientras me obligo a reducir la velocidad al llegar al camino de grava. Lo último que necesito es anunciar mi llegada con una nube de polvo.

El recinto se alza ante mí, con sus puertas de hierro recortándose contra el cielo crepuscular. Levanto el pie del acelerador y dejo que el coche se detenga a unos doscientos metros.

*Entra. Actúa con normalidad. Todo irá bien.*

Pero el informe del forense que llevo entre las costillas me recuerda que nadie está realmente bien nunca. Aquí no. No si te relacionas con mi padre.

El mensaje de papá de «Tenemos que hablar» podría significar cualquier cosa. Podría ser simplemente una advertencia sobre Thomas. Una charla sobre la lealtad al club. O peor aún, una confrontación porque sabe lo que he hecho.

Decido que no entraré en el recinto. Un coche es mucho más reconocible que una chica de mi tamaño, vestida toda de negro.

Abro la guantera y busco la navaja que lleva ahí casi un año. Una chica nunca está demasiado segura, después de todo, y las armas nunca han sido lo mío.

La navaja está fría contra mi palma sudorosa y me aseguro de agarrarla bien mientras me agacho y apuñalo una vez, justo en la goma de mi neumático. El aire sale silbando y casi puedo ver, en tiempo real, cómo el vehículo comienza a perder altura por un lado.

Es una excusa bastante plausible para explicar por qué entré en el recinto a pie en lugar de en coche. Las carreteras de Marno Bay llevan siglos sin mantenimiento. Y aunque las conozco de memoria, no sería la primera en pinchar una rueda por aquí.

La gravilla cruje bajo mis botas mientras camino hacia el recinto. El informe del forense se mueve con cada paso, noto sus bordes afilados contra la piel. El aire de la tarde huele a una mezcla de gasolina y hierba cortada, es familiar y extraño a la vez.

El guardia de la puerta, un hombre enorme llamado Mags, asiente con la cabeza al acercarme y me abre la puerta.

—¿Dónde está tu coche, chica?

Le lanzo una mirada que pretende parecer más frustrada que asustada.

—A esos políticos cabrones les gusta más meterse nuestro dinero en los bolsillos que arreglar las carreteras —le espeto—. Puede que sea guapa, Mags, pero también soy lista. Sé que no se cambia una rueda a oscuras.

—¿Llamo a alguno de los chicos para que le echen un vistazo?. —Mueve la cabeza de un lado a otro y abre los labios para llamar a un grupo de hombres que se dirigen al bar.

—¿Y que me roben? No. Lo arreglaré por la mañana.

Con eso, le doy una palmada en la espalda y sigo adelante.

Dentro, el recinto respira a su ritmo habitual. Los aspirantes están hasta los codos en los motores de las motos. Las risas se escapan por las puertas abiertas del club. Se oye a lo lejos el ladrido de un perro que persigue restos de comida.

Normal.

*Demasiado normal.*

Me quedo en las sombras. Con la espalda pegada a la madera rugosa del cobertizo de herramientas, echo un vistazo al patio. Se oyen risas que salen del club, el chirrido hueco de los grillos y el rugido lejano de las motos y los coches en la carretera.

Cuando me invade otra oleada de valentía, cruzo corriendo el espacio abierto entre el cobertizo y el viejo roble, con las botas silenciosas sobre la tierra. Cada susurro de las hojas hace que el pulso se me acelere. Cada crujido de las ramas suena como unos pasos.

Siento un cosquilleo en la nuca, como cuando estás segura de que alguien te está mirando. Echo un vistazo atrás. No hay nadie.

Me giro, pero no hay nada, solo el balanceo del sauce junto a la valla, con sus zarcillos retorciéndose como dedos en el viento.

Ya casi estoy. Ya casi estoy.

Cuento hasta tres, como si eso fuera a marcar la diferencia entre que me vean o no, y luego salgo disparada, con el viento soplándome en el pelo.

Los escalones del porche crujen bajo mi peso, es el primer ruido que hago en toda la noche. Me siento a salvo dentro de esta casa,

aunque sé lo que ha pasado aquí en el pasado.

Busco a tientas las llaves y consigo dar con la correcta a la primera. La introduzco en la cerradura y también entra con suavidad.

Entro y cierro la puerta lo más suavemente que puedo. Cierro con llave. Luego, apoyo la espalda contra la puerta y dejo que mi cuerpo se vaya inclinando lentamente hasta quedar sentado, con los pies estirados delante de mí, el corazón latiéndome a mil por hora y los pulmones ardiéndome mientras intento estabilizar la respiración.

A salvo.

Estoy a salvo.

Vuelvo a llamar al móvil de mi hermano, pero, como todas las otras veces, salta el buzón de voz. Si papá ha vuelto, los demás también deberían estar aquí.

Le envío un mensaje rápido a Shadow, pidiéndole que venga solo. No le doy más explicaciones.

Vuelvo a coger el teléfono, con los dedos ansiosos por llamar a Thomas. Su chaqueta está aquí, tirada sobre el respaldo del sofá, como si hubiera entrado y salido en un santiamén.

Una parte de mí quiere llamarlo, pero otra parte más grande sabe que esto es entre Shadow y yo. Thomas no quería que hiciera de detective y sé que, si le cuento lo que he descubierto, es posible que me prohíba contárselo a mi hermano.

Y así, por mucho que mis dedos estén deseando marcar su número, no lo hago.

Me siento y espero a que mi hermano encienda su puto móvil.

# VEINTIUNO
# VICTORIA

Los pasos me provocan pánico. Sin embargo, la llave en la puerta solo puede significar dos cosas: Shadow o Thomas.

Espero que sea el primero mientras me levanto de mi sitio en la mesa del comedor. Joder, con el pánico que siento en el pecho, quizá sea Thomas quien más deseo que aparezca, para que me abrace tan fuerte que todas las preocupaciones del mundo se desvanezcan.

Ya estoy en movimiento antes de que la puerta se abra del todo, y el alivio me inunda las venas. Hasta que deja de ser así.

La puerta se abre de par en par.

Y en lugar de Shadow ni Thomas, está mi padre. Su enorme corpulencia llena el umbral y la expresión de su rostro es la definición misma de siniestro. Su sonrisa es lenta, deliberada, de esas que no llegan a los ojos.

—Princesa —dice—, no te alegres tanto de verme.

De sus dedos cuelgan las llaves de Shadow, envueltas en el llavero que le regaló su novia del internado.

¿Cómo las ha conseguido papá? ¿Es bueno que las tenga? ¿Significa que Shadow también llegará en cualquier momento? ¿O papá se ha dado cuenta de alguna manera de que sé que Shadow no es su hijo? ¿Está aquí para proteger un secreto o dos? ¿Y qué

hay de Shadow? ¿Sabe que papá no es su verdadero padre? ¿Hasta dónde llegaría para proteger su posición en el club?

No. No. No puedo pensar así. Puede que le guarde rencor a Shadow por un millón de cosas, pero no por el tipo de hijo que fue para nuestra madre. Él la quería. La habría protegido con su reputación... con su vida, si eso fuera lo que hacía falta para mantenerla con vida.

Querría vengar su muerte si supiera que el suicidio no fue realmente un suicidio.

La forma en que papá me mira no puede significar nada bueno. Lo siento en lo más profundo de mi alma.

Mi sangre se convierte en hielo.

—Querías hablar —digo, dando un paso atrás antes de darme cuenta de que es lo peor que podría hacer. Quiero que se vaya de la casa, no que se quede aquí.

Sus botas golpean el suelo de madera antes de dar un paso atrás y cerrar la puerta. Solo se gira un milisegundo para echar el cerrojo.

—¿Dónde has estado toda la noche, Victoria?

Intento mantener la voz firme.

—Fuera.

—Fuera. —Se ríe, con una risa baja y áspera—. Qué específico.

—Nunca has sido de los que quieren saber los problemas de las mujeres, pero, si insistes, tengo la regla. Se me han acabado los tampones.

Su mirada recorre mi cuerpo: mis botas embarradas, mis manos temblorosas y la chaqueta que aún no me he quitado. El informe del forense se clava en mis costillas como una marca.

Lo sabe.

*Lo sabe.*

Alguien en ese lugar abandonado de la mano de Dios lo llamó. Probablemente la misma persona que calificó el caso como suicidio.

Papá chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Ya sabes lo que se dice de la curiosidad, ¿no, princesa?

No respondo.

Doy otro paso atrás.

Él da otro paso hacia delante.

—Mató al puto gato. Lo destrozó, lo dejó hecho trizas. Cuando la curiosidad acabó con él, ni siquiera se reconocía que fue un gato.

Mi cadera choca contra la encimera de la cocina mientras sigo retrocediendo. Pero no hay ningún sitio adónde ir. Esta casa solo tiene una salida y tendré que pasar por delante de mi padre para llegar a ella.

La sonrisa de papá se vuelve más afilada.

—¿Qué? ¿No tienes una respuesta ingeniosa?

—La verdad es que no estoy de humor.

—Las chicas suelen ser más descaradas cuando tienen la regla, ¿no?

—¿Qué es lo que no podía esperar hasta mañana, padre?

—Extrañaba a mi pequeña —dice—. ¿Un padre no puede pasarse a ver si su hija está bien? Quiero decir, no es normal que salgas en mitad de la noche. El mundo es un lugar peligroso, Victoria. Quizás estaba preocupado por ti. Te echaba de menos y estaba preocupado. Son razones perfectamente lógicas para estar aquí, ¿no?. —Mi padre extiende las manos, fingiendo inocencia—. ¿Qué tal si pasamos un rato juntos, padre e hija?

La risa que brota en mí es casi histérica.

—Déjate de tonterías, papá.

Su sonrisa se desvanece.

—Cuida tu lenguaje, princesa.

El silencio se extiende entre nosotros, tenso como una cuerda floja.

Papá exhala por la nariz, como si yo no fuera más que una rebelde que pone a prueba su paciencia.

—Dámelo.

Me pongo rígida.

—¿Que te dé qué?

—Tú misma me has dicho que me deje de tonterías, y eso es lo que estoy haciendo. Pero ahora te toca a ti. Dámelo.

Lo miro como si le faltaran dos tornillos, con el ceño fruncido y los ojos muy abiertos.

—¿Que te dé qué, papá?

—¡No te hagas la tonta conmigo, Victoria! —Su voz es como acero envuelto en azúcar, dura, pero con un dulzor letal—. El expediente. Entrégame el puto expediente.

Mi pulso suena como un martillo neumático en mis oídos. Mis ojos no se fijan en nada más que en él. Tantas emociones revolotean tan rápido que no hay posibilidad de distinguir una de otra.

Aunque no se puede pasar por alto el momento en que sus músculos se tensan y me doy cuenta de que los míos no logran despertar.

En un abrir y cerrar de ojos, ha eliminado por completo el espacio que nos separa, sus manos agarran el cuello de mi camiseta y me empujan contra la pared a mis espaldas.

Todo el aire sale de mis pulmones.

—Esta es tu última oportunidad —gruñe.

No es la falta de oxígeno en mi cerebro lo que me hace desafiarlo, sino saber que las cosas solo pueden empeorar una vez que vea la prueba que tengo.

Algo parecido al orgullo se refleja en sus ojos. Y luego su cara se endurece cuando mete la mano debajo de mi camiseta y entra en contacto con una mezcla de piel y papel.

La sonrisa de papá vuelve, cruel, mientras me arranca el expediente.

—Te pillé.

El sobre se arruga. Mi seguridad también. Con una mano, papá sujeta el sobre, y con la otra me da un puñetazo en la mandíbula. Luego se abalanza sobre mí, me agarra por el cuello y aprieta mientras sonríe como si lo único que quisiera fuera ver cómo se me escapa la vida de los ojos.

Pienso en mamá. En cómo murió. En cómo mi destino está a punto de ser tan similar al que ella sufrió.

Ahora no hay escapatoria. No con él tan cerca. No con la puerta tan lejos. Solo queda luchar, y eso es exactamente lo que hago.

Me retuerzo con fuerza y le doy un codazo en las costillas. Gruñe, pero no me suelta. Más bien al contrario, me aprieta aún más. Le

vuelvo a pegar. Y otra vez. Y otra. Apunto a las partes donde más le debe doler.

Cuando oigo un crujido y noto que afloja el agarre alrededor de mi cuello, no pienso, solo corro. No puedo pasar junto él y llegar a la puerta principal, así que corro hacia el dormitorio. Saldré de aquí, de una forma u otra.

Puede que mi habitación no tenga una puerta al exterior, pero hay una ventana. Acabar fuera cubierta de astillas podría dejarme herida, pero quedarme aquí con papá podría llevarme a la tumba. Sé cuál es la mejor opción.

La puerta del cuarto tiembla cuando la cierro de un portazo, mis dedos buscan a tientas la cerradura y trato con todas mis fuerzas de girarla, pero papá viene justo detrás de mí y su peso supera al mío.

Apoyo el hombro contra la madera, pensando y pensando, sin rendirme, mientras someto a mis músculos a un esfuerzo que nunca han conocido. Pero ni siquiera eso es suficiente. Papá da un buen empujón y el impacto de la puerta contra mi cabeza es tan fuerte que me hace castañear los dientes.

Un dolor agudo y punzante recorre mi cráneo cuando mi cabeza se golpea contra la cómoda que tengo detrás.

Las estrellas explotan tras mis ojos, pero no son tan cegadoras como para impedirme verlo ahí de pie, inclinado sobre mí.

Me levanto apresuradamente, mareada y con la cómoda como único apoyo. La habitación se inclina hacia un lado y algo húmedo y caliente me recorre el cuello.

Estoy sangrando.

Sangrando a borbotones, a decir verdad.

Pero ahora no hay tiempo para pensar en eso.

Papá aparece en la puerta, respirando con dificultad y con el informe del forense todavía en la mano. Con la otra se presiona las costillas, donde le pegué.

—¿Has terminado? —jadea.

Me limpio la sangre que me gotea en los ojos.

—Thomas volverá en cualquier momento —le advierto.

Él se carcajea con una risa grave y ronca.

—Más te vale que no. A menos, claro está, que quieras que entierren su cadáver junto al tuyo.

Entonces se mueve rápido. Demasiado rápido. Me agacho, pero no es suficiente. Me agarra del pelo y me levanta de un tirón.

—¿Crees que esto cambia algo? —gruñe, sacudiendo el informe delante de mi cara—. ¿Crees que eres la primera zorra que desentierra los huesos que he enterrado? Tengo un esqueleto lleno hasta los topes de mierda que ni siquiera Hades puede perdonar.

Escupo sangre a sus botas.

—¿Así que admites que la mataste?

Aprieta más fuerte.

—Y qué placer sentí. Debería haber matado también a Axe ya que estaba. No creas que no te vi salir de su casa. Él es quien te ha metido en esto, ¿verdad? Ese cabrón no podía aceptar que me casara con su zorra y convirtiera a su hijo en mío.

La ventana. Es mi única oportunidad. Pero está demasiado lejos.

Papá me ve observándola. Su sonrisa se vuelve cruel.

—Inténtalo, princesa. Adelante, rompe el puto cristal y tírate por ella.

Eso hago.

Lanzando todo mi peso hacia un lado, me zafo de su agarre. Los mechones de pelo que me arranca me abrasan el cráneo como si fuera lava. Pero mi cuerpo ni siquiera se acerca a la libertad. Papá sigue agarrándome y me arrastra de vuelta hasta dejarme a pocos centímetros de él.

—Buen intento —se ríe, como si todo esto fuera un juego para él.

Se ríe aún más fuerte cuando me lanza como si no pesara más que un centavo. Y lo siguiente que veo es su pie levantándose y la suela de su bota difuminándose al impactar contra mi cara.

Siento cómo todo se rompe. La nariz, los dientes, la mandíbula. Siento el sabor de la sangre y la tierra, el cobre y el acero.

Siento el sabor de papá cuando se aclara la garganta y me escupe en la cara.

Puede que haya sido capaz de hacer que la muerte de mamá pareciera un suicidio, pero si me mata, no hay forma de que no caiga.

Eso mismo le digo. Su única reacción es la misma que ha tenido hasta ahora: una risa tan malvada como el hombre que tengo delante.

La mano de papá se desliza hasta su cadera y saca el metal reluciente de su navaja. Presiona el frío acero contra mi garganta y me quedo paralizada cuando la hoja se clava lo suficiente como para dolerme.

Siento el aliento de papá caliente y entrecortado contra el cuello, su fuerza es inquebrantable. Sus ojos reflejan una crueldad que nunca había visto en ellos. Ni siquiera el día en que estuvo a punto de matar a Thomas.

Se pasa la lengua por los dientes, inmovilizándome con su siniestra trampa.

—Suplica —gruñe—. Suplica por tu vida, princesa.

—Papá —susurro. No soy lo suficientemente fuerte como para mirar a la muerte a los ojos y tentarla para que me lleve.

Debería haberlo sabido en cuanto sospeché que mi padre tramaba algo.

Debería haber escuchado a Thomas cuando dijo que algunos secretos es mejor dejarlos donde están.

No debería haber indagado. Mamá no habría querido que perdiera la vida para vengarla. Ahora lo sé, mientras le prometo a mi padre que mantendré la boca cerrada. Que desapareceré y nunca volveré a poner un pie en este lugar si eso es lo que quiere.

Pero es demasiado poco y demasiado tarde.

La navaja se clava más hondo y mi instinto de lucha se activa de nuevo porque sé que cuando me pidió que le suplicara no era porque hubiera alguna posibilidad de que me devolviera mi libertad. Es porque no es más que un cabrón sádico que disfruta sabiendo que está en posesión de ofrecer misericordia. Una misericordia que no va a conceder.

Lo agarro, buscando el arma que sé que lleva en la cintura. Pero en lugar del arma, mi mano encuentra el manojo de llaves de Shadow. Las cojo de todos modos. No es tan bueno como un arma o un cuchillo, pero es lo único que tengo...

Al igual que todos los demás intentos, este también fracasa y no consigo nada más que el llavero que Mina le dio a Shadow.

—¿Quieres saber la verdad sobre tu madre, Victoria?

No quiero. No quiero más verdades. Solo quiero irme. Huir hasta que se me desgaste la piel de las plantas de los pies. Correr y no mirar atrás nunca. Pero esa no es una opción.

Me veo obligada a escuchar cómo mi padre me escupe veneno.

—Shadow no es mi hijo, pero yo lo crie. En cuanto a Axe, maté a toda su puta banda, le quité a tu madre, le quité la vida, su orgullo... Se lo quité todo. Y tú, tú tampoco eres sangre de mi sangre. Soy tan estéril como el que más, princesa. Pero la puta de tu madre no lo sabía. Creía que podía follarse a ese cabrón de Axe a mis espaldas y que yo no me enteraría. —Se ríe, como si acabara de contar el chiste del siglo—. Oh, claro que me enteré. Pero ¿sabes qué es lo divertido de saber que otro hombre se está follando a tu mujer? Que él vea crecer a sus hijos sin que ellos le presten la más mínima atención. Para vosotros dos no era más que un camarero. No valía más que para servir whisky.

No puedo pensar.

No puedo respirar.

Quiero que pare.

Quiero que *todo* esto termine.

—Tu madre no soportaba esta vida —continúa—. Así que le di la escapatoria que se merecía. Y tú... parece que tampoco puedes soportarla.

La navaja se clava más profundamente y puedo sentir mi piel, mi carne, y cómo todo se separa mientras la arrastra. Y luego me tira sobre la cama y la navaja ya no sigue en su mano. Ha sido sustituida por otro objeto brillante. No tan afilado, pero aún más letal.

Me apunta con la pistola y entonces se oye un BANG.

Ya no estoy de verdad aquí. Todo es sombras y debilidad y no puedo... No puedo respirar. No puedo tragar. No puedo...

No puedo...

No puedo...

# VEINTIDÓS
# MINA

Thomas dijo lo que dijo, y lo dijo en serio. No hay razón para que retrase mi muerte. Está enfadado. Quizás con razón. También es increíblemente descerebrado. Pasa de odiarme a odiar a Knox. A no entender cómo pude enamorarme de un hombre que consintió el asesinato de su propia madre; o, al menos, al que no le importó. Un hombre capaz de disparar a su propia hermana, una y otra vez, solo para asegurarse de llegar a lo más alto.

Quería que hablara, pero ha sido él quien ha hablado todo el rato. Ha cambiado la pistola por la navaja. Al parecer, recibir un disparo es demasiado humano para lo que me merezco.

La navaja que me pone al cuello es más afilada que un cuchillo de mantequilla. Un movimiento en falso y estoy acabada.

—Contéstame —grita.

—Creo que te equivocas —le digo—. Knox nunca le haría daño a Victoria. La quería demasiado. —Pero Thomas también, ¿no? Excepto que Thomas ha perdido la cabeza y Knox todavía conserva todas sus facultades mentales.

Mi cerebro apunta a un comportamiento disociativo. Que Thomas no miente exactamente cuando dice que no fue él quien le quitó la vida a Victoria, porque realmente así lo *cree*.

Sin embargo, lo más probable es que sí lo hiciera. Que, en un momento de ira, perdiera el control. Que hiciera daño a la única persona en el mundo a la que quería tanto. Que su cerebro no pueda aceptar el hecho de que él es, efectivamente, el responsable y por eso le echa toda la culpa a Knox.

—Mentirosa —grita Thomas.

—Te equivocas, Thomas. Quieres hacerme daño por razones que tú te crees, pero que no son la verdad.

Debería habérmelo pensado mejor antes de hablar. Este intento desesperado por convencer a la parte de su cerebro que almacena ese recuerdo, el recuerdo verdadero, fracasa.

El brazo de Thomas se echa hacia atrás con fuerza y yo levanto el mío para detenerlo. Protegiéndome el cuello, siento cómo la punta de la hoja perfora mi palma, atravesándola hasta que veo más de la mitad de la navaja saliendo por el dorso de mi mano.

Grito, el dolor es tan intenso que me nubla la vista.

—Te he dicho que respondas a mis preguntas —gruñe—. Te he dicho que respondas a mis putas preguntas, Mina. Pero no, has decidido tratarme con condescendencia.

Aprieto los dientes con fuerza, esperando en vano que el dolor desaparezca.

—Thomas. No puedes hacer esto —susurro—. No solo me harás daño a mí.

Miro mi abdomen, muy plano, muy modesto, pero que alberga una vida en su interior. La mirada de Thomas sigue la mía, y sus labios se curvan en una sonrisa malvada.

—Ahora estamos llegando a algo —dice—. ¿Crees que soy malvado, Mina?.

Niego con la cabeza.

—Creo que estás roto —le digo.

—Lo bastante roto como para querer que sepas que *sé* que estás embarazada y que te mataré de todos modos.

El nudo que se forma en mi garganta no me permite articular palabra ni respirar. Siento que mi corazón se rompe en mil pedazos, destrozándose con cada palabra, con cada mirada.

—Tú no eres así, Thomas. Si haces esto...

Thomas vuelve a levantar la navaja, esta vez con más fuerza aún.

Cierro los ojos, sabiendo que no hay nada que pueda hacer para salvarme a mí misma ni a mi hijo. Pero el golpe no llega. Siento que he fracasado como madre incluso antes de haber tenido la oportunidad de serlo.

Un destello negro pasa por delante de mis ojos justo cuando un *estruendo* resuena en la habitación. Thomas se echa hacia atrás. El esperado pinchazo de la navaja o la bala del arma que ha sonado no llega. Entonces Thomas avanza y me encuentro en sus brazos, apretándome con fuerza el cuello con el antebrazo mientras me arrastra hacia atrás.

—Mina —susurra una voz. Una voz que llega a toda mi alma.

Una voz que me hace sentir en casa y a salvo.

Abro los ojos y el pánico, el miedo y la esperanza me inundan como las olas de un tsunami.

—Knox —susurro yo.

Me ha encontrado.

Y no está solo.

Thomas aprieta más fuerte, la hoja se clava en mi piel.

—Un movimiento —sisea Thomas—. Un solo movimiento en falso y verás cómo muere.

Los ojos de Knox se abren de par en par cuando se encuentran con los míos. Está aterrorizado. Igual que yo. Sabe que Thomas habla en serio. Igual que yo. La hoja me escuece al clavarse más hondo, y el aliento entrecortado de Thomas me roza la oreja.

Se me pone la piel de gallina y siento que no puedo respirar. Siento que no puedo moverme. Un centímetro más y habrá sangre. Un centímetro más y me rajará el cuello.

Por un segundo, la mirada de Thomas se dirige a los otros hombres de la habitación, pero luego se posa en Knox. Como si lo retara a hacer justo lo que le ha dicho que no haga. Thomas está él solo contra cinco. Sabe que no tiene salida. Tiene una única opción. Una única oportunidad de conseguir la venganza que tanto tiempo lleva deseando. Y qué mejor manera de hacer daño a Knox que

hacerle ver cómo me desangro. Que quitarme la vida mientras Knox está a un palmo de salvarme.

Knox se mueve. Hace justo lo que Thomas le dijo que no hiciera.

Mi respiración se detiene.

Mi corazón también.

Y Thomas... Thomas hace justo lo que prometió y clava la navaja un poco más hondo en mi carne...

¿Estás emocionado por saber cómo continúa la historia? Aquí encontrarás el siguiente libro de la serie en Amazon.